LE01 BOCCHINO NOVELAS 2015

COD 03b 200 COPIAS


Gobierno Bolivariano
de Venezuela
Ministerio del Poder Popular
para la Cultura

Venezuela
AHORA ES DE TODOS

los ríos profundos
Clásicos

Gargantúa

FRANÇOIS RABELAIS

Gargantúa

Centro Simón Bolívar, Torres de El Silencio.

Torre Norte, piso 21. Oeste. Esquina Pajaritos.

Parroquia Catedral.

Caracas - Venezuela, 1010

TELEFS.: (58-0212) 3772811 - 8084986

CORREOS ELECTRÓNICOS:

elperroylaranaediciones@gmail.com

comunicaciones@elperroylaranaediciones.gob.ve

editorial@elperroylaranagmail.gob.ve

PÁGINAS WEB:

http://www.elperroylarana.gob.ve

http://www.ministeriodelacultura.gob.ve

ISBN 978-980-14-0241-1
LF40220088004530

EDICIÓN AL CUIDADO DE:
Jenny Blanco

Eva Molina

Coral Pérez

Mariela Valdez

La Colección *Los ríos profundos,* haciendo homenaje a la emblemática obra del peruano José María Arguedas, supone un viaje hacia lo mítico, se concentra en esa fuerza mágica que lleva al hombre a perpetuar sus historias y dejar huella de su imaginario, compartiéndolo con sus iguales. Detrás de toda narración está un misterio que se nos revela y que permite ahondar en la búsqueda de arquetipos que definen nuestra naturaleza. Esta colección abre su espacio a los grandes representantes de la palabra latinoamericana y universal, al canto que nos resume. Cada cultura es un río navegable a través de la memoria, sus aguas arrastran las voces que suenan como piedras ancestrales, y vienen contando cosas, susurrando hechos que el olvido jamás podrá tocar. Esta colección se bifurca en dos cauces: la serie ***Clásicos*** concentra las obras que al pasar del tiempo se han mantenido como íconos claros de la narrativa universal, y ***Contemporáneos*** reúne las propuestas más frescas, textos de escritores que apuntan hacia visiones diferentes del mundo y que precisan los últimos siglos desde ángulos diversos.



Gargantúa

La vida tesorífica[1] del gran Gargantúa, padre de Pantagruel, compuesta en la antigüedad por el maestro Alcofribas Nasier[2], extractor de quintas esencias.

1 De las ediciones que tenemos a la vista, en unas está escrito la vida *très horrifique* y en otras la vida *tesorrifique*; esto es, la vida muy terrorífica y la vida *tesorífica*. La propensión del autor a duplicar letras, es de creer que haya inducido a error en la traducción de esta frase al francés moderno. A mí me parece más aceptable el adjetivo *tesorífica,* dada la naturaleza de la obra.

2 *Alcofribas Nasier.* Anagrama de François Rabelais.

A los lectores

Amigos que a leerme comencéis,
no lo hagáis por mera afección,
ni al leer os escandalicéis;
el libro no contiene infección,
si bien tampoco una gran perfección.
Si no aprender, os hará reír;
otro argumento no puedo elegir
ante ese vuestro dolor insano.
de risa y no de lágrimas quiero escribir,
ya que reír siempre es lo más humano.
Vivid alegres.

Prólogo del autor

¡Ilustrísimos bebedores! ¡Preciosísimos galicosos! (porque a vosotros dedico los frutos de mi ingenio). Alcibíades en el diálogo de Platón, que se titula *El banquete*, al elogiar a su preceptor Sócrates, príncipe, sin discusión de los filósofos, entre otras cosas dice que él se parecía a las «silenas». Las silenas eran en la antigüedad unas cajitas como las que al presente vemos en los establecimientos de los farmacéuticos, decoradas por fuera con figuras frívolas y alegres, tales como arpías, sátiros, ocas embridadas, liebres con cuernos, perros enjaezados, machos cabríos alados, cerdos coronados de rosas y otras pinturas de este género, contrahechas a placer para excitar la risa; de esta manera fue Sileno el maestro del buen Baco. Pero dentro de dichas cajas se guardaban las drogas más finas, tales como bálsamo, ámbar, almizcle, incienso, pedrerías finas y otras cosas preciosas. Así —decía— era Sócrates, porque viéndole y estimándole sólo por su exterior apariencia, no hubieseis dado por él una piel de cebolla; escuálido de cuerpo y ridículo de presencia, la nariz puntiaguda, la mirada de otro, la cara de loco, sencillo en sus costumbres, rústico en sus vestiduras, pobre de fortuna, desdichado con las mujeres, inepto para todos los oficios de la república, siempre riendo, siempre bebiendo en compañía de cualquiera, siempre burlándose y disimulando su divino saber. Pero al abrir esta caja, hubieseis encontrado dentro una celeste e inapreciable droga: entendimiento más que humano, virtudes maravillosas, valor invencible, sobriedad sin ejemplo, equilibrio, seguridad perfecta, desprecio increíble

hacia todo aquello por lo que los humanos tan valerosamente vigilan, corren, trabajan, navegan y batallan.

¿A qué propósito tiende, a nuestro juicio, este preludio? A que vosotros, mis buenos discípulos y algunos otros locos despreocupados, al leer los alegres títulos de algunos libros de nuestra invención, como *Gargantúa, Pantagruel, Fersepinte, La dignidad de las braguetas, Guisantes con tocino cum commento,* etc., no juzguéis fácilmente que en ellos no se trata más que de burlas, locuras y mentiras alegres, en vista de que la señal exterior (es decir, el título), sin averiguar más, induce a irrisión y burlonería. No conviene estimar con tal ligereza las obras humanas, pues vosotros mismos decís que el hábito no hace el monje y los hay vestidos con hábito monacal que tienen de todo menos de monjes, como los hay envueltos en una capa española, y por su valor lo que menos recuerdan es a España.

He aquí por qué es preciso abrir el libro y valorar cuidadosamente lo que contiene. Entonces comprenderéis que la droga guardada en su interior es muy diferente de lo que prometía la caja, es decir, que las materias tratadas no son locuras como anunciaba el título.

Y supuesto el caso de que encontrareis materias correspondientes al título en el sentido literal, no os detengáis en ello como seducidos por el canto de una sirena, pues suele haber un sentido oculto que apreciar en todo esto que se dice como por casualidad y en cordial alegría. ¿Descorchasteis alguna vez botellas? ¡Perros![3] Recordad la continencia que tuvisteis. ¿Os fijasteis en el perro que acaba de encontrar alguna vez un hueso con tuétano? El perro es, como dice Platón (libro II *de La Rep.),* la bestia más filósofa del mundo. Si lo habéis visto, habéis podido notar con qué devoción lo lame, con qué cuidado lo guarda, con qué cariño lo abraza y con qué diligencia lo esconde, con qué cariño lo abraza y con qué diligencia se lo lleva. ¿Quién le induce a hacer esto? ¿Qué esperanza pone en su estudio? ¿Qué bien se promete? Nada más que

3 *Perros.* En el original *casigne,* perra, del italiano *cagna.* Dicen algunos hermeneutas que Rabelais empleó esta interjección en un sentido onomatopéyico, para representar el sonido que se produce en la botella cuando se le extrae de golpe el tapón.

un poco de médula o tuétano. Bien es verdad que ese poco vale más que otros muchos porque la médula es alimento elaborado a perfección por la naturaleza, como dice Galeno, III, *Facult. nat., el XI De Usu partium.*

Siguiendo el ejemplo del perro os conviene ser prudentes para sentir, estimar y saborear estos bellos libros, graciosos superficialmente, ligeros al parecer y gratos cuando se encuentran; después, en virtud de curiosas lecciones y meditaciones frecuentes, romped el hueso y gustad la substantífica médula —he aquí como yo entiendo los símbolos pitagóricos— con esperanza cierta de llegar a ser avisados y circunspectos a favor de la lectura, porque en ella encontraréis al profundizar un gusto diferente, una doctrina más profunda, que os revelará muy altos sacramentos y misterios horríficos, tanto en lo que concierne a nuestra religión como al estado político y a la vida económica.

¿Creéis por vuestra fe que jamás Homero al escribir *La ilíada* o *La odisea* pensase las alegorías que calafatearon Plutarco, Heráclides, Ponticus, Eustaquio, Fortuno, y de la que le ha desnudado Politian? Si lo creéis no os acercáis, ni por los pies ni por las manos, a mi opinión, con arreglo a las que tanto han podido ser soñadas por Homero u Ovidio en sus *Metamorfosis,* como los sacramentos por el evangelio, según se esforzaba en demostrar un cierto hermano Lubin,[4] verdadero chupatocino, si por ventura encontraba gentes tan locas como él, cobertera digna de las calderas como dice el proverbio.

Si lo creéis, ¿por qué causa no he de hacer yo estas alegres y nuevas crónicas? Verdad es que al dictarlas no pensaba sino en lo que vosotros por ventura bebéis, como yo bebo. Porque al componer este libro señorial no he perdido ni he empleado ni otro ni más tiempo que el que permanecí sentado a la mesa para mi satisfacción corporal, esto es, comiendo y bebiendo. Tal es la mejor hora para escribir sobre estas altas materias y ciencias profundas.

4 Se refiere el autor a Thomas Walles, dominicano inglés satirizado por el poeta Masot, autor de una obra que se titula Las *«Metamorfosis» de Ovidio explicadas moralmente.*

Esto mismo sabían hacerlo muy bien Homero, parangón de todos los filósofos, y Ennio, padre de los poetas latinos, según el testimonio de Horacio, aun cuando un malandrín haya dicho que sus versos olían más a vino que a aceite.[5]

Otro tanto ha dicho de mis libros un pobre diablo;[6] pero mierda para él. El olor del vino, sobre todo si es fresco, riente y saltante, es mucho más celestial y delicioso que el del aceite. Y tendré como alta gloria el que se diga de mí que he gastado más en vino que en aceite, al revés de lo que se decía de Demóstenes. Para mí es honor y gloria el ser reputado de buen bebedor y buen compañero; a este título soy bien recibido en todas las compañías pantagruelistas.[7] A Demóstenes se le reprochaba el que sus discursos olían como los capazos de un molino aceitero. Interpretad todos mis hechos y mis dichos como libres de este defecto y tened en reverencia el cerebro caseiforme,[8] que se alimente de bellas naderías y procurad tenerme siempre contento.

Ahora divertíos, mis amados, y leed alegremente, para satisfacción del cuerpo y provecho de los riñones. Pero evitad, caras de asnos, que el muermo os ataque, y si queréis beber, venid a mí que os lo daré ahora mismo.

5 Entre los comentaristas del Renacimiento se repite mucho esto de que los versos de Homero olían a aceite y los de Ennio a vino, esto es que los primeros eran fruto de la meditación y de la técnica y los segundos de la inspiración exaltada.

6 Escribe el autor *tirelupin*, equivalente a pobre diablo, bufón, hereje, iconoclasta. En la increpación que le dirige consta *bren*, que se traduce con la palabra maloliente que llevó a Cambronne a la historia.

7 *Pantagruelistas*. Sinónimo de bebedores para el autor.

8 *Caseiforme*. De la forma de un queso.

Capítulo I

De la genealogía y antigüedad de Gargantúa

Para conocer la genealogía y antigüedad de donde nos viene Gargantúa, os remito a la gran crónica pantagruelina. En ella encontraréis más por extenso cómo los gigantes nacieron en este mundo y cómo de ellos, por línea directa, nació en Gargantúa, padre de Pantagruel; y no os enojará el que por ahora no me detenga más en este punto, que muchas veces he de rememorar y otras tantas será del agrado de vuestras señorías, si sois del parecer de Platón en *Philebo et Gorgias* y de Flaco, quienes dicen que hay cosas, como éstas sin duda, que tanto más agradan cuanto más se repiten.

Quiera Dios que alguno haya guardado ciertamente su genealogía desde el arca de Noé hasta la edad presente. Yo creo que muchos que soy hoy emperadores, reyes, duques, príncipes y papas en la tierra, descienden de traperos y gañanes, como a contrapelo, muchos que son mendigos de hospital, desdichados y miserables, descienden por sangre y línea de grandes reyes y emperadores, por efecto del admirable transporte de imperios y reinos: de los asirios a los medos; de los medos a los persas; de los persas a los macedonios; de los macedonios a los romanos; de los romanos a los griegos; de los griegos a los franceses.

En cuanto a mí, el que os habla, creo que desciende de algún opulento rey o príncipe de los tiempos antiguos, pues jamás habéis podido ver un hombre con mayores deseos de ser rey y rico, para pasarlo bien, no trabajar, vivir sin cuidados y enriquecer a mis amigos y a todos los hombres de bien y de saber. Pero me consuelo, porque en el otro mundo lo seré y seguramente

más grande de lo que ahora me atrevería a desear. Vosotros, ante tales o mejores pensamientos, reconfortaos contra vuestra desgracia y bebed de lo fresco si podéis.

Volviendo a nuestros carneros, digo que por don soberano de los cielos ha sido reservada la antigüedad y genealogía de Gargantúa, más entera que ningún otra, salvo la del mesías, del que no hablo porque no me corresponde, aun cuando en ello se

empeñen los diablos (es decir, los calumniadores y los hipócritas).

Fue encontrada por Juan Andeau en un prado que tenía cerca del arco de Gualeau, por encima de Olive, siguiendo la dirección de Narsay. Mandó hacer unas excavaciones y los trabajadores tocaron con sus azadas una gran tumba de bronce, larga sin medida, puesto que nunca encontraron su fin, pues se adentraba considerablemente en las esclusas del Vienna. Allí, abriendo por cierto sitio sellado y tapado con un cubilete, alrededor del que había escritas en letras etruscas estas palabras: *Hic bibitur*[9], encontraron nueve frascos colocados en el mismo orden que se colocan los bolos de Gascuña. El que estaba en medio, cubría un grueso, graso, grande, gris, lindo, pequeño y enmohecido librito, que olía poco más o menos como las rosas.

En él fue encontrada dicha genealogía, escrita a lo largo, con letras cancillerescas, no en papel, ni en pergamino, ni en cera, sino en agallas de olmo, tan mal tratadas por la vetustez que apenas si en muy pocas de ellas se podían conocer los rasgos y las líneas.

Yo (aunque indigno) fui allí llamado y con gran repuesto de anteojos y practicando todas las artes de leer las letras no aparentes, que enseña Aristóteles, las interpreté como podréis ver, pantagruelizando, esto es, bebiendo a discreción y leyendo los gestos honoríficos de Pantagruel.

9 *Hic bibitur:* aquí se bebe.

Al final del libro había un pequeño tratado que se titulaba *Los fanfreluches antídoros*.[10] Las ratas, los topos y (para no mentir) otras malignas bestias habían roído el principio; el resto lo transcribo a continuación.

10 *Fanfreluches:* pavesas, bagatelas. Con insistencias se ha tratado de buscar una interpretación adecuada a los fanfreluches de Rabelais; pero los comentaristas más serios convienen en que sólo se propuso aumentar la curiosidad del lector. en su forma son una burlona imitación de las profecías de Merlín. Con el adjetivo *antídoros* parece que quiso establecer, siempre a favor de su vena humorística, que podrían servir de antídoto contra las teorías de los tribunales pontificios y otros venenos análogos.

18

Capítulo II

Los fanfreluches antídotos encontrados en un monumento antiguo

O ¿ ? enviado el gran domador de los cimbros.
: : santo por el aire del miedo del fuego.
...su venida llenó los timbales
: ! . de mantequilla, cayendo por una sacudida
:... cuando la abuela se vio rociada
gritó muy alto: «señor, por favor pagadla,
» porque su barba estaba toda embadurnada,
» o por lo menos echadla en una escudilla».
Algunos decían que quitarle su pantufla
era mejor que ganar indulgencias;
pero apareció un taimado patán
que salió de los sótanos donde conservamos el pescado
y dijo: señores, guardémonos por Dios;
la anguila está allí, en el estanque corrompido
que encontraréis, si miráis con precaución,
al gran malvado bajo su muceta.
cuando estuvo a punto de leer el capítulo
no encontró allí más que los cuernos de un ternero;
«Yo —dijo— siento en el fondo de mi mitra
» cierto frío que me constipa el cerebro».
Se lo calentaron con perfume de nabos,
se vio contento de tener hogares
y dispuso que se regalara un plantón de limonero
a todos los que son adustos.
La conversación fue de si la cueva de San Patricio,

la de Gibraltar y otras mil cuevas
se podrían cicatrizar
de tal manera que no tuviesen tos.
Pero como les parecía impertinente a todos,
mirándolos bostezar a todos los vientos
dijo: «Si por ventura estuvieran colgados
»los podríamos ofrecer como rehenes».
Entonces fue pelada la clueca
por Hércules que venía de Libia.
«¿Por qué —dijo Minos— no me habéis llamado?»
Excepto a mí él convida a todo el mundo,
y después quiere que se pase mi enojo
regalándome ostras y ranas.
Al diablo se la doy en caso de que mi vida
tomada gratis le sirva para venderla por ruecas.
Para humillarlos llega Q. B. que cojea
con el salvoconducto de mixtas cancioncillas.
El tamizador, sobrino del gran cíclope,
los asesinó. Cada uno con la mosca en la nariz;
en este barbecho pocos albigenses son narigudos,
que no hay mantas sobre los molinos de casca.
Marchad todos y tocad a rebato
y conseguiréis lo que no conseguisteis antes.
Poco después, el pájaro de Júpiter
determinó parecer en el fuego;
pero al verlos desesperarse tan fuertemente
terminó que aquel necio y bajo griego humillara el imperio
y prefirió el fuego del cielo empíreo
a encantar el tronco al que dirigían sus arengas,
pues el aire sereno contra quien conspiraban
depuraría los dichos de aquellos «masones».
Todo acabado, marchó con mano armada,
a despecho de Até, la de las piernas de garza,
que allí se sentó, viendo a Pentesilea
en sus postreros años tomada por verdulera,
todos gritaron: «¡Villana carbonera!

»¿Tienes derecho a husmear en los caminos?
» Tú robaste la romana bandera
» Que se había hecho con trozos de pergamino».
No murió Juno, que bajo el arco celeste
con su guía cambiada hacia el engaño,
y fue conducida a una elevada torre
que por todas partes estaba ruinosa.
Lo sucedido fue, que a mordiscos
adquirió dos huevos de Proserpina,
y aunque jamás estuvo allí encerrada
la llevaron atada al monte de Albaespina.
Veintidós años después,
aquel que antiguamente aniquiló Cartago,
cortésmente se metió entre las dos,
requiriéndolas a que le diesen su herencia,
o al menos la partieran justamente,
según la ley que la tira a cordel,
distribuyendo un poco de sopa
a los palurdos que le dieron el título.
Pero el año vendrá, señalado por un arco turco,
cinco husos y tres fondos de marmita,
en el que la espalda de un rey muy poco cortés
se ocultará bajo un hábito de eremita.
¡Oh! ¡Piedad! Por un mojigato
¿os dejáis engañar tan torpemente?
Cesad, cesad; esa máscara a nadie engaña.
Retiraos donde el hermano de las serpientes.
Pasado este año el que está allí reinará
pacíficamente con sus buenos amigos;
ni brusco ni agrio; no dominará;
toda buena voluntad será tomada en cuenta
y el descanso que antes fue prometido
a las gentes del cielo vendrá para su regalo,
y las yeguadas que estaban aturdidas
triunfarán en real palafrén.
Y durará este tiempo de pasa pena

mientras Marte tenga las riendas.
Después vendrá otro que será para todos
delicioso, agradable, placentero sin medida.
Levantad vuestros corazones: venid a esta comida
todos mis fieles, pues cuando pase
es seguro que jamás ha de volver
y será inútil clamar por el tiempo pasado.
Finalmente, aquel que está hecho de cera
será engarzado en los goznes de la veleta.
Ya no será llamado: ¡Ciro! ¡Ciro!,
el lujurioso que tiene empuñada su méntula.
¡Quién pudiera sacar la espada bastarda!
Todo quedaría en paz. Los motines acabados;
y se podría entonces con cabos de maroma
hilvanar también el almacén de engaños.

Capítulo III

Cómo Gargantúa estuvo once meses en el vientre de su madre

Grandgousier fue muy bromista en su tiempo, tan amigo de beber como haya podido serlo el que más en el mundo y gran comedor de cosas saladas. A este fin tenía ordinariamente buena provisión de jamones de Maguncia y de Bayona, muchas lenguas de buey ahumadas, morcillas bien curadas, cecina aderezada con mostaza, huevas de pescado en vinagre y abundantes salchichas, no de Bolonia, porque temía a «los pescados de Italia», sino de Bigorre, de Longaulnay, de Brena y de Rouargue. En su edad civil se casó con Gargamella, hija del rey de los parpillones [11], hermosa y afable. Con gran frecuencia hacían entre los dos la bestia de dos espaldas y se acariciaban los lomos hasta que quedó embarazada y dio a luz un hermoso niño después de haberlo llevado once meses en sus entrañas.

Así suele ocurrir algunas veces a las mujeres, hasta cuando llevan en el vientre una obra maestra, un personaje llamado a realizar en su tiempo grandes proezas. Homero dice que el niño del que Neptuno embarazó a la ninfa, no nació hasta un año después de engendrado, esto es, en el dozavo mes, porque como dice Aulo Gelio, lib. 3, este largo tiempo convenía a la majestad de Neptuno para que el infante fuese formado con toda perfección.

Por razones parecidas, Júpiter hizo durar cuarenta y ocho horas la noche que se acostó con Alcmena, porque en menos

11 *Parpaillons*. Es el mote que en el Languedoc llevaban los protestantes. La palabra viene de *papillon*, mariposa, y la relación ideológica y fisiológica está en que, así como las mariposas revoltean en torno de la luz hasta quemarse, las hogueras del Languedoc atrajeron innumerables sectarios de Lutero y Calvino.

tiempo no hubiese podido forjar a Hércules, que limpió el mundo de monstruos y de tiranos.

Antiguos y respetables pantagruelistas han confirmado esto que yo digo y lo han declarado, no solamente posible sino que han considerado legítimo al hijo que da a luz la mujer en el undécimo mes subsiguiente a la muerte de su marido: Hipócrates, lib. *De alimento;* Plinio, lib. 7, cap. 5; Plauto, *In Cistellaria*; Marcus Varro, en su sátira titulada *El testamento,* alegando la autoridad de Artistóteles; Censorium, lib. *De die natali;* Aristóteles, lib. 7, capítulos 3 y 4 de *Natura animalium;* Gelius, lib. 3, cap. 16; Servius, *In ecl.* al exponer este verso de Virgilio: *«Matri longa decem»*, etc. Y muchos otros locos, el número de los cuales ha sido aumentado por los legistas *ff de Luis et lebit… l. intestato* & *fin y in authent de Restitut et ea quoe parit in XI mense.*

Además, con esto han embrollado también su estrafalaria ley Gallus *ff de Lib. et post l. septimo ff de Stat, homin*, y muchas otras que ahora no quiero citar.

A favor de estas leyes ya pueden las mujeres viudas jugar todos los envites y todos los restos contra la continencia hasta dos meses después de la muerte de sus maridos. Yo os pido, por favor, mis queridos pícaros, que si encontráis alguna de aquellas que valga la pena de desembraguetar, montéis sobre ella y me la traigáis. Porque si en el tercer mes quedan embarazadas, su fruto será heredero de los difuntos. Y conocido el embarazo, puede alegremente ser de otros y bogar la galera hasta que la panza quede plana.

Así Julia, la hija del emperador Octavio, no se abandonaba a los soldados sino cuando ya se sentía embarazada, del mismo modo que el navío no recibe a su piloto sino cuando está calafateado y cargado.

Y si alguien les censura el que se hagan agrandar el zapato encontrándose en tal estado, visto que las bestias en condiciones semejantes huyen del macho, contestarán que las bestias son bestias y ellas son mujeres y tienen los bellos y deliciosos pequeños derechos de superfetación, como antiguamente contestó Publia, según la referencia de Macrobio, lib. 2., *Saturnal*: «Si el diablo no

quiere que ellas conciban, será preciso acudir al tonel y clavarle la boca.

❁ **Capítulo III**

Capítulo IV

Cómo Gargamella, estando para dar a luz a Gargantúa se comió un abundante guisado de callos

La ocasión y manera como dio a luz Gargamella, fue así; si no lo creéis, que el «fundamento» se os escape[12]; el fundamento se le escapó a ella, en una sobremesa, después de haber comido una gran cantidad de callos es decir, de tripas grasientas de bueyes cebados en el pesebre y en praderas de hierba suculenta, de las que dan cosecha dos veces al año. De aquellos bueyes cebones habían hecho matar trescientos sesenta y siete mil catorce, con el fin de salarlos para el «martes graso»[13] y tener así en la primavera abundante cecina para el principio de las comidas, haciendo la debida conmemoración de las salazones para mejor entrar en vino.

Los callos fueron muchos, como comprenderéis, y estaban tan exquisitos que todos se chupaban los dedos. Pero la gran diablería de los cuatro personajes[14] dispuso que no se pudieran conservar largo tiempo por el riesgo de que se pudrieran. Por esta razón convidaron a todos los ciudadanos de Sainais, de Suillé de la Roche Clermaud, de Vaugaudry, sin omitir a los de Coudray

12 *Fundamento.* El píloro. Y en su doble sentido, alegato jurídico.

13 Lo que traducimos *martes graso*, es en Francia el martes de Carnaval o día de las morcillas. La fiesta era parecida a nuestro *entierro de la sardina.* Hay curiosas obras antiguas apologéticas de *Mardi-gras*, chispeantes de gracia todas ellas, especialmente la titulada *Oration funebre du Mardi-gras*, que es anónima y data de 1615.

14 *La gran diablería de los cuatro personajes.* Alusión a los misterios escénicos o a los autos sacramentales, en los que, alrededor de los antiguos misterios, danzaban diablos en cantidad proporcionada con la importancia del escenario.

y, Montpensier, Gué de Veade y otros vecinos, todos buenos bebedores, buenos compañeros y hábiles jugadores de bolos.

Grandgousier, el buen hombre, estaba contentísimo, y disponía que a todos se repartiesen escudillas. A su mujer le decía con frecuencia que comiese menos, en vista de que se acercaba el término de su embarazo y aquella comida era demasiado pesada.

—Esta mujer —decía— es capaz de comer mierda con tal de llenar la tripa.

No obstante estas reconvenciones, se comió dieciséis moyos, doscientas dieciséis pintas, seis potes. ¡Qué hermosa materia fecal se debió de elaborar en su vientre!

Después de comer todos, tambaleándose, marcharon a la pradera y allí, sobre la blanda hierba, danzaron al son de las alegres flautas y de las dulces cornamusas, tan asnalmente, que era celestial pasatiempo el verlos retozar.

Capítulo V

La conversación de los bebedores

Después determinaron merendar en aquel mismo sitio y comenzaron a andar los frascos, a trotar los jamones, a volar los vasos y a tintinear las copas.

—Tira, baila, torna, enreda.

—Quita de mí el agua.

—¿Así, amigo mío?

—Azótame con ese vaso galantemente.

—Échame clarete hasta que el vaso llore.

—Trasudas de sed.

—Estás un poco febril, mi amiga.

—¡Por el vientre de San Quenet, hablemos de beber!

—Yo sólo bebo a mis horas, como la mula del Papa. Yo no bebo más que en mi breviario,[15] como un buen padre guardián.

—¿Qué fue lo primero, la sed o la bebida?

—La sed, porque, ¿quién hubiera bebido sin sed en el tiempo de la inocencia?

—La bebida, porque ¿quién *privatio poesuponit habitum.* Yo soy clérigo. *Foecundi calices quem non fecere disertum?*

—Nosotros, inocentes, no bebemos sino cuando no tenemos sed.

—No; yo pecador, cuando bebo sin sed, no lo hago para el presente, sino para el futuro, para el porvenir, como comprenderéis. Bebo para la sed venidera.

15 No *bebo más que en mi brevario.* Alude el autor a unos frascos, muy en uso en su tiempo, que tenían la forma de libros de oraciones.

—Yo bebo eternamente. Es mi eternidad beber y beber eternamente. Cantemos. Bebamos. Entonemos un motete.

—Entonemos.

—¿En dónde está mi entonador? ¿No he de beber yo sino bajo su tutela?

—¿Os mojáis para secaros u os secáis para mojaros?

—Yo no entiendo de retórica. De la práctica suelo ayudarme

algo.

—Basta; yo me mojo, me humedezco y bebo; todo por miedo a morir.

—Bebed siempre y jamás moriréis. Si yo no bebo me quedo seco. Vedme muerto. Mi alma se escapará a cualquier criadero de ranas. Las almas jamás habitan en parte seca.

—Soñadores y creadores de nuevas formas: no me privéis de beber. Bebamos. Que sea eterno el enrojecimiento de nuestros rostros nerviosos y secos.

—Para no beber, dejad de sentir. Para llevar orines en las venas, vale más no llevar nada.

—Quiero lavar las tripas de esa vaca que enjaecé esta mañana. Ya he llenado bien mi estómago.

—Si el papel de mis pagarés bebiera como yo bebo, mis acreedores olerían bien a vino cuando vinieran a presentármelos. Esa mano os molesta en la nariz.

—¡Cuántos otros entrarán antes de que éste salga!

—Arroyo en donde el vado es pequeño, es para romperse el pecho. Este se llama atrapafrascos.

—¿Qué diferencia hay entre el frasco y la botella?

—Grande, porque la botella se cierra con un tapón y el frasco a tornillo.

—Bien. Nuestros padres bebieron bien y vaciaron las ollas.

—¿Tenéis que enviar algo a la ribera? Este va a lavar las tripas.

—Yo bebo menos que una esponja.

—Yo bebo como un templario.

—Y yo *tanquam sponsus*[16].

—Y yo *sicut terra sine aqua*.

—¿Quién dice un sinónimo de jamón?

—Una rodadera de toneles: por ella desciende el vino a la cueva, y por el jamón el estómago.

—Ahora a beber, a beber aquí. Ya no hay más carga. *Respire personam pone pro duo; bus nom est in usu.*[17]

—Si yo me remontara tan bien como bebo, estaría ya en el aire hace mucho tiempo.

—Así se hizo rico Jacobo Corazón;
así fecundizan los arroyos el yermo;
así conquistó Baco la India;
así filosofaba Melinda[18].

—Las lluvias pequeñas abaten los grandes vientos. Las lluvias copiosas alejan el rayo.

—Si mi amante meara orines a éstos, ¡cómo os gustaría beberlos!

—Yo me reservo para después.

—Diviértete, baila; te cedo mi nombre y mi turno.

—Sorbe, Guillote,
que aún queda un pote.

—Yo voy a llamar la sed como para engañarla. Diviértete. Toma de hecho mi nombre.

—¡Este tacaño! Yo antes solía beber de todo, hasta no dejar nada.

—No nos hartemos y acumulemos de todo mucho.

16 Como una esponja. Como tierra de secano.

17 *Mira la persona y pide para dos.* Lo otro es un juego de palabras que no tiene correspondencia adecuada.

18 Alude a la conversión al cristianismo de los indígenas de Melinda (África), obtenida por los portugueses.

—He aquí las tripas del juego, las morcillas desnudas de la vaca leonada, con raya negra.

—¡Oh, por Dios! Aprovechemos algo para casa.

—Bebed, o yo os… No, no, bebed, yo os lo ruego. Los pajarillos no comen sino lo que tapan sus colas. Yo no bebo sino lo que me agrada.

—*Lagona edatera.*[19] No hay gazapera en todo mi cuerpo en donde este vino no me excite la sed.

—También a mí me la enciende bien.

—Pues a mí me la despierta por completo.

—Toquemos la cornamusa, llevando el compás con los frascos y las botellas, que cuando alguno haya perdido la sed, no tenga que ir muy lejos a buscarla.

—Grandes mezclas de bebida nos harán ver cerca lo que está lejos.

—El gran Dios hizo los planetas y nosotros los platos «netos».[20]

—Yo tengo la palabra de Dios en la boca: «Sitio».[21]

—La piedra llamada asbesto[22] no es tan inextinguible como la sed de mi paternidad.

—El apetito viene comiendo, decía Angestos; pero la sed se va bebiendo.

—El remedio contra la sed es contrario al que se da contra la mordedura del perro: corre siempre detrás del perro y jamás os morderá; bebed siempre antes de la sed y jamás os llegará.

—Os cojo la palabra. Os replico.

—Sueño eterno: tú harás que dejemos de soñar. Argos tenía cien ojos para ver; cien manos le serían precisas a un escanciador para escanciar infatigablemente, como las tenía Briareo.

—Mojémonos, que luego es grato secarse.

---

19 *Lagona edatera.* Compañeros a beber.

20 *Planétes: plats nets.* Juego de palabras.

21 *Sí tio:* Sed tengo. Las palabras de Cristo en la cruz.

22 *Asbestos:* amianto.

—De lo blanco vierte todo: viértelo, por el diablo; hasta que todo esté lleno. La lengua arde.

—Compañero, choca el vaso. Contigo, compañero, vaya, vaya.

—La... la... la, éste está resfriado.

—*¡Oh lachryma Christi!* Esto es de la divinidad. Es vino de tafetán.

—No, no; es una caperuza bien forrada y de buena lana.

—Compañero, valor. En este sitio no robamos más, porque ya hicimos nuestra rapiña.

—*Ex hoc in hoc.*[23] Aquí no hay magia. Todos lo habéis visto.

—Yo soy maestro viejo, no, no prebis... prebis... presbítero, canónigo.

—¡Oh bebedores! ¡Oh sedientos! Diviértete, amigo mío; ven aquí y hazle corona al vino, yo te lo ruego, a estilo de cardenal. *Natura abhorret vacum.*[24]

—¿Dirías que una mosca se lo ha bebido?

—A la moda de Bretaña,[25] limpio, limpio es el vinillo. Bebed, que es infusión de hierbas.

23 De aquí, aquí; esto es, del vaso del estómago, como un prestímano.

24 La naturaleza odia el vacío. Principio físico de la época.

25 En Bretaña, como en Andalucía, y a diferencia de Madrid, los bebedores dejan el vaso completamente vacío.

Capítulo VI

Cómo nació Gargantúa de un modo bien extraño

Mientras sostenían ellos estas triviales conversaciones de borracherías, Gargamella comenzó a sentir dolores en el bajo vientre; entonces Grandgousier se levantó de la hierba y acudió a socorrerla honestamente, temiendo que se tratara ya del parto, y diciéndole que se tumbase en la saucera, pues pronto iba a tener unos pies nuevos. En cuanto a él, también le convenía armarse de valor para asistir al advenimiento de su muñeco. Verdad es que el dolor no debía preocuparles mucho, pues, además de ser breve, el gozo que experimentarían después los libraría de todo enojo, así que sólo debiera preocuparles el acontecimiento.

—Yo lo pruebo —decía él—. Nuestro salvador dice en el evangelio de San Juan, XVI: «La mujer, en la hora del parto, siente tristeza; pero después que ha dado a luz, ningún recuerdo conserva de su angustia.»

—¡Sí! —exclamó ella—. Tú dices bien y me gusta mucho más oír esas frases del evangelio que la vida de Santa Margarita o cualquier otra beatería.

—¡Bravura de oveja![26] —replicaba él—. Salgamos de éste y en seguida comenzaremos con otro.

—¡Ah, sí! Para vosotros, los hombres, muy bien. Me contendré cuanto queráis pero quiera Dios que os lo encontréis cortado.

—¿El que?

—Como no sois torpe, ya me entendéis.

---

26 Es decir: más cobardes son las ovejas y soportan valerosas este trance.

—¡Mi miembro!... Por la sangre de las cabras[27], si queréis, haced que traigan el cuchillo.

—¡Oh! Dios no lo quiera. Dios me perdone. No lo dije de corazón. No toméis en cuenta mis palabras. Bastantes trabajos estoy pasando hoy y todos a causa de vuestro miembro, que Dios conserve ante todo.

—Valor, tened valor y no os cuidéis de lo demás; dejad obrar a los cuatro bueyes delanteros. Yo me voy a beber algunos tragos más. Si os ocurre algo malo, vengo en seguida; tocad palmas o silbad con los dedos.

Poco tiempo después comenzó ella a suspirar, lamentase y gritar. De pronto comenzaron a salir comadronas de todas partes, y tocándola en el bajo vientre encontraron algunos repugnantes rollos de piel y creyeron que fuera el niño; pero el fundamento que se le escapaba por efecto de la distensión del intestino recto ¿al que vosotros llamáis la morcilla cular? a causa de haber comido callos con gran exceso, como ya hemos dicho anteriormente.

Entonces una horrible vieja de la reunión, que tenía fama de gran médica y había llegado de Brisepaile, cerca de Saint Genou, y había cumplido ya los sesenta años, le dio con tal fuerza, que la hizo expulsar la mayor parte de aquellas pieles; después tiró con los dientes de las que asomaban, y de este horrible modo le desopiló los intestinos.

Por el mismo procedimiento relajó los cotiledones de la matriz y por ellos saltó el niño; pero no al exterior, sino que ascendió por la vena aorta, y perforando el diafragma, se encaminó por la izquierda y vino a salir por la oreja de este lado. Al nacer, no gritó como otros niños: «¡Mi, mi, mi!», sino que gritó en voz alta: «¡A beber! ¡A beber! ¡A beber!», como invitando todo el mundo. Sus voces se oyeron en todo el país de Bausse y Bibarois.

Dudo que creáis tan extraño nacimiento. Si no lo creéis, no me preocupa; pero un hombre de bien, un hombre de buen

27 Juramento gascón.

sentido, debe creer siempre lo que encuentra escrito. ¿No dice Salomón, *Proverbiorum,* XIV: «*Innocens credit omni verbo*», etc., y san Pablo, prim. *Corinthior,* XIII: «*Charitas omnia crédit?*» Pues, entonces, ¿por qué no habéis de creerlo?

Diréis que porque no tiene apariencia de verdad, y yo os digo que por esta misma causa debéis otorgarle la más perfecta fe, puesto que los sorbonistas dicen que la fe es el principal argu-

mento a favor de las cosas que no tienen apariencia de verdad.

¿Va esto contra nuestra ley, nuestra fe, nuestra razón o contra la sagrada escritura? Por mi parte, nada encontré en la santa Biblia que vaya contra ello. Y si Dios hubiese querido hacerlo así, ¿me diréis que no hubiera podido? Por favor, no embarulléis vuestros espíritus jamás con estos vanos pensamientos, porque yo os digo que para Dios nada hay imposible, y si él quiere, en lo sucesivo todas las mujeres darían a luz sus hijos por las orejas.

¿No engendró Júpiter a Baco con el muslo? ¿No nació Roquetaillade por el talón de su madre, y Croquemouche por la zapatilla de su nodriza? ¿No nació Minerva del cerebro de Júpiter por una de sus orejas, y Adonis por la corteza de un árbol de mirra, y Cástor y Pólux del cascarón de un huevo puesto y empollado por Leda?

Mucho más asombrados y admirados quedaríais si os transcribiese aquí todo aquel capítulo de Plinio en el que habla de los alumbramientos extraños y contranaturales. Pero yo no soy un embustero tan ponderado como él lo fue. Leed el prontuario de su *Historia natural,* capítulo III, y no me corrompáis más las oraciones.

Capítulo VII
De cómo le fue impuesto el nombre a Gargantúa y cómo pidió vino

Cuando Grandgousier, el buen hombre, estaba bebiendo y divirtiéndose con sus amigos, oyó el horrible grito que su hijo había lanzado al vislumbrar la luz de este mundo, pues bramó pidiendo de beber. Entonces dijo:

—Grande lo tienes —refiriéndose al gaznate.

Al oír esto los allí presentes, dijeron que debía llamarse Gargantúa, por ser ésta la primera frase que pronunció su padre al verlo nacer, siguiendo así el ejemplo de los antiguos hebreos. Grandgousier consintió, y a la madre también le satisfizo.

Para calmarlo le dieron de beber a chorro y luego lo llevaron a las fuentes, y allí lo bautizaron siguiendo las costumbres de los buenos cristianos.

Se le prepararon diecisiete mil novecientas tres vacas de Pautilla y de Brehemond para su ordinaria lactancia, porque no hubiera sido posible encontrar una nodriza suficiente en todo el país, dada la gran cantidad de leche que necesitaba para su alimentación.

Aunque algunos doctores escotistas[28] hayan afirmado que su madre lo lactó, puesto que podía extraer de sus pechos mil cuatrocientas dos pipas y nueve potes de cada día, esto no es verosímil, y la proposición ha sido declarada mamariamente

28 *Escotistas.* Epíteto formado satíricamente con el nombre de Juan Duns Scot, a quien llamaban en su tiempo el Doctor Sutil. En otros pasajes le llama también Rabelais Juan de Escocia y es el mismo a quien los antiguos eruditos españoles llaman Scotto.

escandalosa para las orejas sensibles y se ha visto en ella un lejano perfume de herejía.

En este estado permaneció un año y diez meses; entonces, por consejo de los médicos, se comenzó a pasearlo, y al efecto se construyó una bella carreta de bueyes, invención de Juan Denyeau. Dentro de ella lo llevaban por aquí y por allá gozosamente. Esto le sentaba bien, pues criaba buen tipo, tenía buena

cara, echó más de diez sotabarbas y gritaba poco. Casi siempre estaba tumbado, pues era maravillosamente flemático de las asentaderas, tanto por su complexión natural como por la accidental predisposición que le había sobrevenido a causa de gustar demasiado del puré setembrino.[29]

Pero no bebía gota sin causa justificada, porque si se encontraba enfadado, disgustado, irritado, marrido, si gemía, lloraba o gritaba, le daban de beber a discreción y volvía repentinamente a su estado natural, poniéndose bullicioso.

Una de sus gobernantas me dijo, jurándomelo por su fe, que tan acostumbrado estaba a estas cosas, que con sólo oír el sonido de las pintas y de los frascos, caía en éxtasis como si gustara las delicias del paraíso; así que ellas, atentas a esta complexión divina, para procurarle el buen humor hacían sonar ante él los vasos con un cuchillo, o los frascos con sus tapones, o los toneles con sus tapas. Ante estos sonidos salvajeaba, se estremecía, él mismo se cuneaba balanceando la cabeza, tecleando con los dedos y baritoneando con el culo.

29 *El puré setembrino*. El vino.

Capítulo VIII

Cómo fue vestido Gargantúa

En esa misma edad su padre ordenó que le hiciesen vestidos con los colores de su librea, que era blanca y azul. Encargáronse y fueron hechos, cortados y cosidos de acuerdo con la moda de entonces.

Por los antiguos registros que hay en el palacio de los condes de Monstsoreau, he logrado averiguar que fue vestido del modo siguiente:

Para su camisa se trajeron novecientas varas de tela de Chastleraud y doscientas para las mangas, que se encuadraron sobre las axilas. No se hicieron fruncidas, porque el fruncimiento de las camisas no se inventó hasta después que fueron establecidas las lencerías.

Cuando se les rompían las agujas por la punta, trabajaban con el extremo opuesto.

Para su jubón se trajeron ochocientas trece varas de satén blanco. Para la esclavina, mil quinientas nueve pieles y media de perro. Por entonces comenzó la gente a atacarse las calzas al jubón y no el jubón a las calzas, porque esto es cosa contra natura, como ampliamente ha declarado Ockam sobre los exponibles de Mr. Haute-Chaussade.

Para sus calzas se trajeron mil ciento cinco varas y una tercia de tela de estambre blanca, y se las rodearon en forma de columnas estriadas y dentadas en su terminación para que no lastimasen los riñones. Por las junturas se veían franjas de damasco azul cuidadosamente dispuestas. Es de notar que tenía las piernas muy hermosas y proporcionadas al resto de su figura.

Para su bragueta se trajeron dieciséis varas y una cuarta de la misma tela y se hizo en forma de arco botarel, bien y lujosamente atacada con dos hebillas de oro, de las que pendían dos corchetes de esmalte; en cada uno de ellos había engarzada una hermosa esmeralda del tamaño de un gajo de naranja, porque como dicen Orpheus *(Libro de lapidibus)* y Plinio *(libro último)*, esta piedra tiene la virtud erectiva y confortativa del miembro natural. La abertura de la bragueta, de la longitud de una caña de pescador, estaba decorada, lo mismo que las calzas, de blanco sobre damasco azul.

Pero al ver los bellos bordados de canutillo y las agradables lazadas de orfebrería guarnecidas de finos diamantes, finas turquesas, finas esmeraldas, finos rubíes y finas perlas, la hubieseis comparado con un hermoso cuerno de la abundancia, como los que veis entre las antigüedades y como el que dio Rhea a las dos ninfas Adrastea e Ida, nodrizas de Júpiter. Siempre galante, suculenta, resudante, verdeante, floreciente, fructificante, llena de humores, llena de flores, llena de frutos, llena de todas las delicias, por Dios os aseguro que él la mostraba a todas horas con orgullo. Pero ya os hablaré de esto con mayor detenimiento en el libro que he compuesto sobre *La dignidad de las braguetas*. En todo caso, os anticiparé que si era bien larga y bien amplia, estaba por dentro bien guarnecida y bien avituallada y en nada se parecían a las hipócritas braguetas de un montón de afeminados, que no están llenas sino de viento, por desgracia para el sexo femenino.

Para sus zapatos se trajeron cuatrocientas seis varas de terciopelo azul carmesí[30] y fueron acuchilladas cuidadosamente en la forma de barbas de cangrejo con líneas paralelas y cilindros uniformes. Para los chanclos se trajeron cien mil pieles de vaca morena cortadas en picos de dos puntas, esto es, en forma de cola de merluza.

Para su sayo se trajeron mil ochocientas varas de terciopelo azul teñido de grana, bordado alrededor con bellas viñetas y por

30 *Carmesí* no es un color determinado. Quiere decir bien teñido.

en medio con lentejuelas y abalorios de plata entre franjas de oro con muchas perlas, con lo que se quería significar que sería en su tiempo un buen azota-jarros.

Su cinturón se hizo con trescientas varas y media de sarga de seda, mitad blanca y mitad azul, si yo no estoy equivocado.

Su espada no fue valenciana, ni su puñal zaragozano[31]; porque su padre odiaba a todos esos hidalgos borrachos y descendientes de los moros como los diablos; pero, en cambio, tuvo su buena espada de madera y su buen puñal de cuero cocido, pintados y dorados que no había más que pedir.

La bolsa se hizo con la bolsa testicular de un elefante que le regaló *herr* Pracontal, procónsul de Libia.

Para su ropilla se emplearon nueve mil seiscientas varas menos dos tercios de terciopelo azul perfilado de oro en figura diagonal, que por justa perspectiva daba un color innominado, tal como el que se ve en el cuello de las tórtolas, que tan maravillosamente grato resulta para los espectadores.

Para su bonete se invirtieron trescientas dos varas y una cuarta de terciopelo blanco y se hizo de forma ancha y redonda a la medida de la cabeza, porque, como decía su padre, esos bonetes a la turca como crestas de pato traerán cualquier día graves disgustos a los tonsurados.

Para su airón se trajo una bella pluma azul, muy grande, arrancada a un onocrótalo del país de Hircania la salvaje y se la colocaron graciosamente caída sobre la oreja derecha.

Como amuleto llevaba una plancha de oro, de sesenta y ocho marcos de peso, con una figura de esmalte proporcionada a su extensión, que representaba un cuerpo humano con dos cabezas, una frente a otra, cuatro brazos, cuatro pies y dos cuellos, tal y como dice Platón *In Symposio* que fue la figura humana en su comienzo místico.

Alrededor del esmalte se puso de letras jónicas esta inscripción: «*Agape on zetei te eautes*»[32].

31 Así en el original, porque el temple español de estas armas gozaba de gran reputación en aquel tiempo.

32 La caridad nunca labora en provecho propio. San Pablo. Epístola a los Corintios, 2. 13.

La llevaba colgada al cuello por una cadena de oro que pesaba veinticinco mil sesenta y tres marcos, tallada en forma de gruesas bayas, en las que había engastados gruesos trozos de jaspe verde, en los que grabaron o tallaron dragones, rodeados de rayos y centellas, como los llevó antiguamente el rey Necepsos. Le llegaba hasta la boca del estómago, en donde toda la vida llevó un *reparo*,[33] como aconsejaban los médicos griegos.

40 Para sus guantes se trabajaron dieciséis pieles de lobezno, y tres de lobo grande para las costuras y los bordes. Le fueron hechos de esta materia por consejo de los cabalistas de Sainlouand.

Para sus anillos, pues su padre dispuso que los llevase para conservar el antiguo signo de nobleza, se le impuso en el dedo índice de la mano izquierda un diamante, grueso como un huevo de avestruz, engarzado muy hábilmente en oro de Seraphis. En el dedo «cirujano», un anillo de cuatro metales, aleados en la forma más maravillosa, sin que el acero quitase su brillo al oro, ni la plata al cobre. Fue construido por el capitán Chappuis y Alcofribas, su bienhechor.

En el dedo cirujano de la diestra se le puso un anillo en forma espiral, que tenía engarzados un rubí perfecto, un diamante en punta y una esmeralda de Physon, de precio inestimable. Hans Caruel, gran lapidario del rey de Melinda, los estimó en el valor de sesenta y nueve millones ochocientos noventa y cuatro mil carneros de buena lana.

---

33 No se ha extinguido la costumbre del reparo. Se usa mucho en los pueblos de las dos Castillas y suele consistir en un trapo de algodón o de lana impregnado de vino añejo. Aunque generalmente se aplica sobre el estómago, según la medicina empírica sirve contra todas las dolecias.

Si te duelen las muelas
ponte un reparo;
si no te hace provecho
tampoco daño.

Capítulo IX

Los colores y la librea de Gargantúa

Ya os he dicho que los colores de Gargantúa fueron blancos y azul. Con ellos su padre quiso presentarlo como una joya celestial, porque lo blanco significaba para él alegría, placeres, delicias y regocijos, y lo azul, cosas celestiales. Tengo para mí que al leer estas palabras os burlaréis del viejo bebedor, y diréis acaso que esta interpretación de los colores es impropia y antipática, puesto que lo blanco significa fe y lo azul firmeza; pero sin inquietaros, sin alteraros, sin enfadaros ni acaloraros (porque los tiempos son peligrosos), haced el favor de contestarme. De lo contrario, no me atrevería a dirigirme a vosotros; únicamente me atrevería a deciros una palabra de la botella.

¿Quién os amedrenta? ¿Quién os hiere? ¿Quién os dice que blanco significa fe y azul firmeza? Un libro, diréis, muy poco leído, que venden los baratijeros y buhoneros con el título *El blasón de los colores...*[34] ¿Quién lo ha hecho? Quienquiera que haya sido ha tenido la prudencia de no darse nombre. Por lo demás, yo no sé qué admirar más en él, si su atrevimiento o su necedad.

Su atrevimiento, porque sin razón, sin causa y sin apariencia ha osado prescribir por su particular autoridad los significados de los colores; así hacen los tiranos al colocar su arbitrio en el lugar de la razón; pero no los prudentes ni los sabios, que con manifiestas razones satisfacen a sus lectores.

---

34 Original de Sicilia, rey de armas de Alfonso de Aragón.

Su necedad, porque ha estimado que sin otras demostraciones ni otros argumentos valederos, el mundo habría de arreglar sus divisas por sus necias imposiciones.

Sin duda (pues, como dice el proverbio, en el culo del disentérico siempre se encuentra mierda), ha encontrado algún grupo de necios del tiempo de los altos bonetes[35] que ha dado fe a sus escritos, pero ellos fueron los que dieron las reglas para tallar los apotegmas y los refranes, para encabestrar las mulas, para vestir los pajes, para aderezar las calzas, bordar los guantes, franquear los lechos, pintar insignias, componer canciones y, lo que es peor, imaginar imposturas y lanzarlas clandestinamente contra las púdicas matronas. En parecidas tinieblas se pierden los cantores de las glorias de la corte y los trastrocadores de nombres, pues cuando quieren en sus divisas significar esperanza, hacen pintar una esfera, penachos y aves para las penas, flores para la melancolía, la luna bicorne para la vida en creciente, un banco quebrado para la bancarrota, un «no» y una armadura de hierro para significar la carencia de duros hábitos, un lecho al descubierto para la licencia. Homonimias todas tan ineptas, tan bárbaras, tan rústicas y tan insípidas que merece se les cuelgue del cuello una cola de zorro y se les ponga en careta un buche de vaca a todos los que las quieren emplear en Francia, después de la restauración de las buenas letras.

Por tales razones, si razones se les ha de llamar y no pesadillas, debería yo pintar un cesto para decir que se me hace penar y un bote de mostaza como lema del que tarda mucho. Un orinal debe ser un oficiante y el fondo de mis calzas debe ser el bajel de mis pedos y mi bragueta la escribanía de mis decretos, etc.[36]

De manera bien distinta procedían antiguamente los sabios de Egipto cuando escribían aquellas letras llamadas jeroglíficas, las que no eran entendidas sino por aquellos que comprendían la virtud, propiedad y naturaleza de las cosas por ellas

35 Moda de Luis XIII que precedió a la de los sombreros anchos.

36 Decimos: *cesto,* en francés *panier,* y de aquí el equívoco que Rabelais emplea. Mostaza, de *moutarde: mou tarde,* etc.

representadas. Orus Apollon compuso en griego dos libros y Polibio en el suyo, *Sueño de amor,* expone sobre el mismo tema cosas interesantes. En Francia tenéis algún trasunto de éste en el blasón de Amiral, que quien primero lo usó fue Octavio Augusto.

Pero mi esquife no volverá a darse a la vela en estos golfos ingratos. Vuelvo para hacer escala en el puerto de donde salí.

Sin embargo, tengo esperanza de escribir algún día sobre 43
esto más extensamente y demostrar, tanto por razones filosóficas como por autoridades reconocidas y probadas, de gran antigüedad, cuáles y cuántos colores hay en la naturaleza y lo que por cada uno de ellos puede ser representado, si Dios me conserva la médula del bonete, esto es, el jarro de vino, como le llamaba mi abuela.

Capítulo X

De lo que significan los colores blanco y azul

Blanco, pues, significa gozo, solaz y alegría; pero no a tuerto, sino a derecho y con justo título, como podréis comprobar si, dando de lado a vuestras predilecciones, queréis comprender lo que ahora mismo voy a exponeros.

Aristóteles dice que, suponiendo dos cosas contrarias en su especie, como bien y mal, virtud y vicio, frío y calor, blanco y negro, voluptuosidad y dolor, gozo y duelo, y así por el estilo, si las acopláis de tal manera que lo contrario de una especie convenga razonablemente con el contrario de la otra, convendrán consecuentemente los demás términos. Ejemplo: virtud y vicio son contrarios en una especie como lo son bien y mal. Si uno de los contrarios de la primera especie conviene con uno de los de la segunda, como virtud y bien (porque no hay duda de que la virtud es buena), convendrán los demás, como mal y vicio, porque no hay duda de que el vicio es malo.

Admitida esta regla de lógica, tomad estos dos contrarios: alegría y tristeza, y luego estos otros dos: blanco y negro, pues no hay duda de que lo son físicamente. Si es así que negro significa duelo, evidentemente blanco habrá de significar alegría.

Y no debe esta significación a una imposición humana, instituida o promulgada, sino que nace del consentimiento de todo el mundo, como lo que los filósofos llaman *jus gentium,* vigente en todas las comarcas, pues demasiado sabéis que todos los pueblos, todas las naciones, excepto los antiguos siracusanos y algunos

argivos, que tenían el alma al revés,[37] cuando quieren demostrar exteriormente su tristeza, llevan ropa negra y todos los duelos se representan por el color negro. El consentimiento universal, que no es hijo de un acuerdo y para el que la naturaleza no da argumento ni razón, pero que cada uno de pronto puede comprenderlo por sí mismo, sin ser instruido en ello por tercera persona, lo llamamos derecho natural.

Con lo blanco, por las mismas indicaciones de la naturaleza,
todo el mundo representa lo que es gozo, alegría, solaz, placer y delectación.

Antiguamente los tracios y los cretenses señalaban sus días afortunados y alegres con piedras blancas, y los tristes e infortunados con piedras negras. ¿No es la noche funesta, triste y melancólica? Pues es negra y oscura por privación. La claridad, ¿no alegra toda la naturaleza? Pues es blanca sobre todo. No es necesario aducir pruebas; os remitiría al libro de Laurens Valle contra Bartola; pero el testimonio evangélico os satisfará mejor. En *Mat.* XVII se dice que la transfiguración del señor «*Vestimenta ejes facta sunt alba sicut lux*» («Sus vestidos se hicieron blancos como la luz»), con cuya blancura luminosa daba a entender a sus tres apóstoles la idea y figura de los goces eternos, pues la claridad es regocijo de todos los humanos.

Tenéis también el dicho de aquella vieja, sin dientes en la boca, que todavía saludaba diciendo: «*Bona lux*».

Y Tobías, cuando se quedó ciego, y Rafael le saludó, hubo de contestar: «¡Qué alegría podré yo tener, si no veo la luz del cielo!»

Con este color representan los ángeles la alegría de todo el universo por la resurrección del señor (*Juan*, XX) y por su ascensión (Act. 1). De esta misma manera vio san Juan el evangelista (*Apoc;* 4 y 7) vestidos a los fieles en la celestial y beatífica Jerusalén.

37 Según Plutarco, los siracusanos en los funerales de Timoleón ostentaban sus mejores galas, y los habitantes de Argos vistieron túnicas blancas en señal de duelo.

Leed las antiguas historias, tanto griegas como romanas, y encontraréis que la villa de Alba, primer patrón de Roma, debió su construcción y su nombre a la aparición de una loba blanca. Así mismo encontraréis que si alguien, después de haber vencido a los enemigos, obtenía el derecho a entrar en Roma triunfalmente, debía entrar en un carro tirado por caballos blancos, y lo mismo al que obtenía la ovación, porque no se podía expresar con más certeza la alegría de tan faustos sucesos que por el color blanco. Sabréis también que Pericles, jefe de los atenienses, dispuso que a aquellos de sus soldados a quienes por suerte hubieran correspondido habas blancas pasaran en solaz y reposo toda la jornada mientras batallaban los demás.

Mil otros ejemplos y pasajes os podrían citar, pero no es éste el lugar más adecuado.

En esta inteligencia podréis resolver un problema que Alejandro Afrodisio ha reputado insoluble. ¿Por qué el león, que con su rugido y sus gritos pone espanto en todos los animales, solamente acata y reverencia al gallo blanco? Porque, como dice Proclus, libro *Sacrificio y magia,* la presencia de la virtud del sol, que es el órgano y prontuario de toda la luz terrestre y sideral, está mejor simbolizada y representada en el gallo blanco, tanto en su color como en su propiedad y orden específico, que en el león. Añadiremos que han aparecido diablos en forma leonina, y al encontrarse con un gallo blanco se esfumaron repentinamente.

Por esta razón los galos (es decir, los franceses, así llamados porque son naturalmente blancos como la leche, que se llamó en griego *gala*) llevan corrientemente plumas blancas sobre sus bonetes y por naturaleza son alegres, cándidos y robustos, y por insignia tienen la flor más blanca de todas: la flor de lis.

Si me preguntáis cómo por el color blanco la naturaleza nos enseña a entender el gozo y la alegría, yo os contestaré que la analogía es perfecta, porque como lo blanco, exteriormente, disgrega y esparce la vista, repartiendo manifiestamente la potencia visiva, según opinión de Aristóteles en su *Problemas,* al tratar de las perspectivas, como observaréis además cuando paséis por montes cubiertos de nieve, pues os quejaréis de que no podéis

ver bien, y así dice Jenofonte que aconteció a sus gentes, y como Galeno expone ampliamente en el libro X de *Usu partium*. Así el corazón, por el gozo interno, se esparce interiormente y expansiona los espíritus vitales, lo que puede hacer hasta que salga de su sitio, rompa el pericardio y con ello cese la vida, como dice Galeno, lib. XII, *Metod.;* lib. V, *De locis affectis,* y lib. II, *De Sinptomaton causis*. El que casos de éstos acaecieron en la antigüedad lo atestiguan Marco Tulio, lib. I *Quest. Trucul;* verrius y
Aristóteles; Tito Livio, al describir la batalla de cannas; Plinio, lib. VII, capítulos 32 y 53; Aulo Gelio, lib. III, y otros; Diágoras rodiense, Chilon, Sófocles, Dionisio, tirano de Sicilia, Filipides, Filemón, Polícrates, M. Juventi y otros, que murieron de alegría.

Avicena, *In 2 canone et libro de Viribus cortis*, dice que el azafrán tiene la propiedad de ensanchar el corazón hasta quitar la vida si se toma con exceso. Ved lo que dice Alejandro Afrodisio, libro primero, *Problemas*, cap. 19. Pero ¿para qué? He avanzado en esta materia más de lo que al principio me propuse. Así, pues, recogeré mis velas y dejaré lo demás para el libro donde trataré de todo extensamente. Sólo quiero añadir que lo azul significa de un modo preciso el cielo y las cosas celestiales, por los mismos símbolos y razones que lo blanco significa alegría y placer.

Capítulo XI

De la adolescencia de Gargantúa

Siguiendo lo dispuesto por su padre, Gargantúa, desde los tres a los cinco años, fue alimentado y fue instituido con arreglo a la más conveniente disciplina y aquel tiempo lo pasó, como todos los niños del país, a saber: bebiendo, comiendo y durmiendo; comiendo, durmiendo, comiendo y bebiendo.

Continuamente se revolcaba en los charcos, se tiznaba la nariz, se churreteaba la cara, se enfangaba los zapatos, resbalaba siguiendo a los moscardones, y corría voluntarioso detrás de las mariposas, cuyo imperio tenía su padre.

Se orinaba en sus zapatos y se ensuciaba en su camisa, se desmocaba con las mangas, metía las manos en la sopa, chapoteaba por todas partes, bebía en sus zapatillas y ordinariamente se rascaba la tripa con el cesto del pan.

Se afilaba los dientes en un zueco, se lavaba las manos en el caldo, se peinaba con un haz de leña, se sentaba entre dos sillas con las posaderas en tierra, se cubría con un saco mojado, bebía al comer la sopa, comía la grasa sin pan, mordía riendo, reía mordiendo, escupía en las campanas,[38] peía fuerte, orinaba contra el sol, se guarecía de la lluvia en el agua, desafiaba al frío, abría hoyos, se hacía el tonto, vomitaba, decía el *Padrenuestro* del mono, volvía a sus carneros, cambiaba contra sí mismo la catapulta, azuzaba al perro contra el león, ponía la carretera delante de los bueyes, se metía en donde nadie le llamaba, sacaba los secretos a la fuerza, muy embarazado y poco comprimido comía

38 Frases hechas que aún están en uso en muchas comarcas francesas, principalmente en Gascuña.

su pan blanco antes que nadie, herraba las cigarras, se cosquilleaba para hacerse reír, se tiznaba de hollín en la cocina, hacía y colocaba gavillas de paja en todas partes, pedía que le cantaran el *Magnificat* a la hora de maitines y lo encontraba muy a propósito, comía coles y tronchos podridos, colocaba moscas en la leche, les arrancaba las patas a las moscas, roía el papel, calentaba el pergamino, saltaba en un pie, tiraba del carretón, contaba sin la huésped, golpeaba los bojes sin coger los pájaros, creía
que las nubes eran píldoras de alquimia y las vejigas linternas, hacía de un costal dos monteras, rebuznaba para hacer gracia, convertía sus puños en martillos, cogía las grullas de un salto, quería que le hicieran las morcillas golpe a golpe, le miraba el ojo al caballo regalado, saltaba del gallo al asno y metía entre dos verdes una madura, cavaba en la tierra su fosa y defendía la luna de los lobos.

Si bajaban las nubes, esperaba coger las alondras, hacía de necesidad virtud, y del pan ajeno sopas, y se cuidaba tan poco de los reyes como de los tonsurados.

Todas las mañanas vomitaba; los cachorros de su padre comían en su escudilla, y él comía con ellos; los mordía en las orejas y le arañaban en la nariz; les soplaba el culo y le lamían los morros.[39]

¿Queréis saber más? ¿Qué mal de pipa os trastorna?[40]

Pues sabed que este libidinosuelo saboteaba a sus gobernantas por delante y por detrás, y arre borrica, pues ya en su bragueta se notaban señales de vida. Un día se la adornaron con bellos ramilletes, bellas cintas, bellas flores y bellas vedijas, y se regocijaban pasando por ella las manos como si fuera un rodillo de hacer ungüentos. Luego se retorcían de risa cuando *levantaba las orejas*, pues el juego les gustaba. Una la llamaba mi espita, otra mi tallito de coral, otra mi morcilla, otra mi tapón, otra mi taladro, mi agitador, mi flauta, mi colgante, mi tormento, mi colita.

---

39 *Badigoinces* dice el autor donde traducimos *morros*. Casi todo este capítulo está escrito en patios del Mediodía de Francia.

40 Mal de pipa, de tonel: borrachera

—Es mía decía una.

—No, que es mía decía otra.

—Y para mí ¿no hay nada? decía otra. Pues se la cortaré.

—¡Ah! ¡Cortar! Harías muy mal decía otra. ¡Cortar la cosa a un niño para que luego sea un señor sin cola!

Y para que se distrajera como los niños del país, le hicieron un juguete como uno de los molinos de viento de Mirebalais.

Capítulo XII

De los caballos hechos a placer para Gargantúa

Algún tiempo después, con el fin de que toda su vida fuese un buen jinete, se le construyó un gran caballo de madera al que hacía manotear, saltar, voltejear, rodar y danzar, todo a la vez; caminar al paso, al trote al paso de andadura, al galope, al pasitrote, de costado, recular y encabritarse. Le hacía cambiar de pelo como cambian los monjes de color de la dalmática, según las fiestas, de bajo oscuro a alazán, a gris aborregado, de pelo de rata a pelo de ciervo, a pelo algodonado, de buey, de cebra, rojo, pardo o blanco.

Él mismo, con una gruesa alfarjía, se hizo un caballo para la caza; otro con una viga de lagar para uso diario, y de un gran tronco de encina, una mula con gualdrapas para andar por casa. Llegó a tener, además, diez o doce de regalo y siete para la posta. A todos los acostaba con él.

Un día, el señor de Painensac visitó a su padre con gran tren y aparato, pues probablemente en aquel mismo día debían visitarle también al duque de Francrepas y al conde de Movillevent.

A fe mía que la casa era demasiado pequeña para tanta gente y más pequeños resultaban aún los establos. El mayordomo y el caballerizo de dicho señor de Painensac, con el fin de averiguar si en otra parte de la casa había más establos vacíos, se dirigieron a Gargantúa, el alegre muchachote, y le preguntaron por las cuadras de los grandes caballos, seguros de obtener de su ingenuidad la adecuada respuesta, pues que los chicos lo dicen todo.

Los condujo a la escalera principal del castillo; pasaron por la segunda sala a una galería por la que entraron en una gran

torre, y cuando subían por otra escalera, dijo el caballerizo al mayordomo:

—Este chico nos engaña, porque los establos nunca están en los pisos altos de las casas.

—No estáis muy bien enterados —repuso al mayordomo—, porque yo conozco sitios en Lyon, en Basmette, en Chaisnon y en otras partes en donde los establos ocupan la parte más alta

de las casas; puede ser que aquí por los pisos altos haya también una salida al campo; pero se lo preguntaré para mayor seguridad y añadió, dirigiéndose a Gargantúa—: ¿Adónde nos llevas, querido?

—Al establo de mis grandes caballos —repuso—. Ya estamos cerca; sólo nos falta subir estos escalones.

Después le hizo atravesar otra gran sala, los llevó a su cuarto y dijo, abriendo la puerta:

—He aquí los establos que buscáis: ahí tenéis a mi jinete mi húngaro, mi lavedán, mi pasitrote... —y añadió, cargándolos con un grueso madero—: Os regalo este frisón; lo he traído de Francfort, pero ya es vuestro; un buen caballito, pequeño y de gran alzada. Os daré, además, éste, ligero y bien cuidado, media docena de españoles y dos lebreros. Ya sois los reyes de las liebres y de las perdices para todo el invierno.

—¡Por San Juan! —dijeron los huéspedes—; no habíamos pensado vernos a estas horas en un juego de zuecos.

Y al oírle no sabían qué hacer, si ocultar el rostro avergonzado, o reír para pasar el tiempo.

Cuando bajaban, confundidos y cargados con el leño, les preguntó de pronto:

—¿Queréis una rienda?

—¿Cómo?

—¿Queréis, además, cinco ganchos para hacer un bozal?

—Por hoy —repuso el mayordomo— ya estamos socarrados; si hay fuego, no nos levantará ampollas; estamos mechados en

punto, al menos yo, por mi parte. Querido, nos han dado heno en cuerno.[41] Tú llegarás a ser papa.

—Así la espero —dijo Gargantúa—; pero entonces vosotros seréis mariposas[42] y este gentil papagayo será un santurrón hecho y derecho.

—Explica, explícate dijo el caballerizo.

—Adivinad antes cuántas puntadas de aguja tiene la camisa de mi madre.

—Dieciséis.

—No dices el evangelio, amigo; porque tiene cien delante y cien detrás.[43] Mira qué mal las has contado.

—¿Cuándo las he contado yo?

—Cuando se hizo de tu nariz una espita para sacar un moyo de mierda y de tu garganta un embudo para echarla en otro vaso porque tenías los fondos rotos.

—¡Vive Dios —dijo el mayordomo— que hemos encontrado un gracioso! Señor gracioso, que Dios os libre de todo mal y os conserve la boca tan fresca.

Así llegaron al gran patio, en donde dejaron caer el leño que les había cargado Gargantúa, con lo que éste dijo:

—¡Qué malos jinetes sois y qué mal tratáis a mi colín! ¿Qué os gustaría más, si desde aquí tuvierais que ir a Cahusae, cabalgar sobre una oca o cazar jabalíes por el rastro?

—Yo prefiero beber —dijo el escudero.

Y entraron en la sala baja, en donde estaba toda la brigada, a la que contaron esta historia, y rieron todos de tal modo, que parecía que se les iban a caer los bigotes.

---

41 Dar heno en cuerno: engañar. Tiene la frase su origen en un proverbio romano que a su vez procede de la costumbre que en Roma había de atar un poco de heno a un cuerno del toro bravo para advertir del peligro.

42 Seréis mariposas, seréis protestantes.

43 Cien. *Calembourg:* De *cent ciento,* y *sent,* huele.

Capítulo XIII

Cómo Grandgousier conoció el ingenio maravilloso de Gargantúa por la invención que éste hizo de un limpiaculos

Hacia el final del quinto año, Grandgousier, de regreso de la derrota de los canarienses, visitó a su hijo Gargantúa, y mientras lo abrazaba y lo besaba, le preguntó trivialmente sobre varias cosas pueriles.

Bebió con él y con sus ayas, a las que le preguntó que si lo habían tenido siempre bien limpio.

A esto repuso Gargantúa que él también había puesto en ello el mayor cuidado, y seguramente en todo el país no había muchacho más limpio que él.

—¿Cómo es eso? —preguntó Grandgousier.

—Por larga y curiosa experiencia —dijo Gargantúa— he inventado un medio de limpiarme en culo, el más señorial, el más excelente y el más expeditivo que jamás se haya visto.

—¿Cuál?

—El que voy a explicaros. Una vez me limpié con un antifaz de terciopelo, de una señorita, y lo encontré bueno, porque la molicie de la seda me causaba en el fundamento una voluptuosidad muy grande. Otra vez con un sombrero de señora y me ocurrió lo mismo; otra vez con una pañoleta; otra con unas orejas de satén carmesí; pero unos bordados con abalorios de mierda que tenían, con su dureza, me desollaron el trasero; ¡que el fuego de san Antonio[44] encienda la morcilla cular del orfebre que los hizo y de la señorita que los llevó! El mal se me curó frotándome

44 Véase la nota 75.

con un bonete de paje bien emplumando a la suiza. Después, al cagar detrás de unas hojas, encontré un cachorro de marta y me limpié con él; pero con sus uñas me ulceró todo el periné; para curarme me limpie al día siguiente con los guantes de mi madre bien perfumados de benjuí. Después me limpié con sauce, hinojo, aneta, mejorana, rosas, hojas de col, trozos de ladrillos, pámpanos, altea, verdasco, que es la escarlata del culo lactuario, y espinacas. Con todo esto me gustaba restregarme las posaderas. Hierba mercurial, persicaria, ortigas, consuelda; todo esto me ocasionó un flujo de sangre, del que me curé limpiándome con mi bragueta, con las sábanas, con la colcha, con las cortinas, con un cojín, con un tapiz, con un mantel, con una servilleta, con un pañuelo, con un peinador. Con todo esto sentí tanto placer como sienten los que sufren de roña cuando se les rasca.

—Pero, veamos —le interrogó Grandgousier—, ¿cuál es el mejor limpiaculos?

—En ello estoy y bien pronto sabrás el *Tu autem.*[45] Me he limpiado con heno, con paja, con estopa, con borra de lana, de papel; pero

quien el culo se limpia con papeles
de la basura se dejará caireles.

—¡Cómo, hijo mío! exclamó Grandgousier—. ¿Estás borracho? ¿Sabes ya rimar?

—Sí, mi rey; por Dios que rimo así y mejor, y con frecuencia me acatarro.[46] Escuchad lo que dice nuestro retrete a los que van allí a cagar:

Cagar.
Diarrear.
Peer.
Merdosa

45 *Tu autem.* El fin, puesto que las lecciones del breviario concluyen con la frase *Tu autem Dómine.*

46 Otro *calembourg: rimer, s'enrumer.*

tu grasa,
como una capa
se extiende
sobre nosotros.
Cochinos.
Merdosos.
¿Os gusta?
¡Que el fuego de san Antonio te abrase
si todos
tus agujeros
no te limpias antes de marchar!

¿Queréis más todavía?
—Sí por cierto —repuso Grandgousier.
Y recitó Gargantúa este rondó:

—*Al cagar olí anteayer*
el tributo que mi culo pagaba;
y el olor me hizo temer
que allí mismo me asfixiaba.
¡Quién me hubiera podido traer
una mujer que yo esperaba
cagando!
¡Qué bien le hubiera sazonado
su mingitorio a mi manera lerda,
si ella me hubiese ayudado
con sus dedos a desalojar mi mierda
cagando!

Decid ahora que yo no sé nada. Por la mierda que los versos no los hice yo; se los oí recitar a una gran dama y los he retenido en el bolsón de mi memoria.

—Volvamos —dijo Grandgousier— a nuestro tema.

—¿Cuál? dijo Gargantúa— ¿Cagar?

—No; limpiarse el culo.

—¿Te apuestas media pipa de vino de Bretaña a que no aciertas mi invención?

—La pago y me doy por vencido —dijo Grandgousier.

—Pues, verás; no hay necesidad de limpiarse el culo sino cuando se tiene sucio. No se puede tener sucio si no se ha cagado. Lo primero y lo mejor es, pues, para limpiarse el culo haber cagado bien.

¡Oh, qué buen sentido tienes, hijo mío! En estos primeros días haré que te gradúen de doctor en la Sorbona. ¡Por Dios que tienes más razón que edad! Ahora prosigue tu conversación limpiaculativa, yo te lo ruego, y tendrás, por mi barba, no media, sino sesenta pipas de ese buen vino bretón que no se cría en Bretaña, sino en el gran país de Verron.

—Me limpié luego —prosiguió Gargantúa— con una cofia, con un almohadón, con una zapatilla, con un cesto, ¡desagradable limpiaculos!, con un sombrero; notad que los sombreros son: unos, lisos; otros, peludos; otros, aterciopelados; otros tafetanizados, y otros, satinados; los mejores son los peludos, porque hacen muy bien la abstersión de la materia fecal. Después me limpié con una gallina, con un gallo, con un pollo, con la piel de una ternera, de una liebre, con un pichón, con un cuervo marino, con el ropón de un letrado, con un dominó, con una toca, con un señuelo. Para concluir, yo digo y sostengo que el mejor limpiaculos es un pollo de oca con muchas plumas, cogiéndole la cabeza entre las piernas. Creédmelo por mi honor: se siente en el culo una voluptuosidad mirífica, tanto por la dulzura del plumón como por el calor templado del animalito, que fácilmente se comunica a la morcilla cular y a los otros intestinos hasta llegar a las regiones del corazón y del cerebro. Y no penséis que la felicidad de los héroes y semidioses que viven en los Campos Elíseos esté en el asfódelo, en la ambrosía o en el néctar, como dicen aquí las viejas. Está, según mi opinión, en que se limpian el culo con un pollo de oca. Tal es también la opinión del maestro Juan de Escocia.

58

Capítulo XIV

Cómo Gargantúa fue educado en las letras latinas por un sofista

Después de aquella conversación, el bueno de Grandgousier quedó admiradísimo, deslumbrado por el alto sentido y el maravilloso entendimiento de su hijo Gargantúa, y dijo así a su servidumbre.

—Filipo, rey de Macedonia, conoció el buen sentido de su hijo Alejandro al verlo manejar un caballo, pues era éste tan terrible y desenfrenado, que nadie se atrevía a montarlo; había derribado a todos sus jinetes, rompiendo a uno el cuello, a otros las piernas, a otro el cráneo, a otro las mandíbulas. Al observarlo Alejandro en el hipódromo, que es el lugar en donde se hace pasear y saltar a los caballos, advirtió que su furor no provenía sino del espanto que le producía su propia sombra. Entonces lo montó y lo hizo correr contra el sol, de forma que la sombra cayera detrás, y por este medio consiguió que el caballo se mostrara dócil y se dejara dominar perfectamente. En esto conoció su padre el divino entendimiento que tenía y lo hizo educar bien por Aristóteles, estimado entonces como el más grande de los filósofos griegos. Y yo os digo que, por la conversación que acabo de tener ante vosotros con mi hijo Gargantúa, he reconocido que en su entendimiento hay cierta divinidad; tal lo he visto de agudo, sutil, profundo y sereno. Llegará a un grado supremo de sabiduría si lo educamos bien. Quiero, por tanto, entregarlo a un hombre sabio que lo adoctrine según su capacidad. Para ello no ahorraré ningún gasto.

Comenzó a educarlo un gran doctor sofista llamado el maestro Túbal Holofernes, que le enseño la cartilla,[47] y llegó a decirla de corrido, al derecho y al revés, cuando tenía cinco años y tres meses. Después le hizo leer el *Donato,* el *Faceto,* el *Teodeleto* y el *Alanus in parabolis*[48], y así llegó a los trece años, seis meses y dos semanas.

Considerad que durante este tiempo se le enseño además a escribir góticamente y escribió todos sus libros, pues el arte de la imprenta no estaba en uso aún.

Llevaba ordinariamente un gran cartapacio que pesaba más de siete mil quintales; su pluma era tan gruesa como los gruesos pilares de Enay,[49] y el tintero, colgado de fuertes cadenas de hierro, tenía la capacidad de un tonel de almacén.

Le hizo leer luego el *De modis significandi* con los comentarios de Hurtebise, de Fasquin, de Tropditeux, de Gualehault, de Juan de Veau, de Billonio, de Brelinguandus y de otros muchos. Así pasó hasta los dieciocho años y once meses.

Los aprendió tan bién que en los exámenes los decía al derecho y al revés y probó palmariamente a su madre que *De modis significand non erat scientia.*

Después leyó el *Cómputo,* y cuando tuvo dieciséis años y dos meses, su preceptor murió.

En mil cuatrocientos veinte murió
del mal venéreo que le entró

Después tuvo otro maestro catarroso llamado Jobelin Bridé, que le hizo leer el *Hugutio,* el *Herbrad Grecismo,* el *Doctrinal,* las *Partes,* el *Quid est,* el *Supplementum,* el *Mamotreto de Moribus ni mensa Servandi,* el *Séneca de quatour virtutibus cardinalis, Passavantus com comento* y el *Dormi Secure,* en los días festivos. Y muchos otros de la misma calidad. Después de tales lecturas, quedó tan sabio como antes de comenzarlas.

---

47 En el original *charte*, que significa eso: cartilla, abecedario.

48 Estos libros forman parte de lo que se llamó *Los ocho autores morales* —precursores de « Juanito »—, libro impreso en Lyon en 1410. El menos absurdo es el de Alano, que data de mediados del siglo XII.

49 Restos de un templo romano que se llamó *Ateneum* y que aún se conserva.

Capítulo XV

Cómo Gargantúa fue recomendado a otros pedagogos

Por fin su padre se enteró de que aun cuando verdaderamente estudiaba mucho y en ello empleaba todo su tiempo, aprovechaba muy poco, y lo que era peor, se iba volviendo necio, pedante y vanidoso. De ello se quejó a don Felipe de Marais, virrey de Papeligosia, de quién oyó que mejor le hubiera sido no estudiar que aprender en tales libros y con tales preceptores, pues su saber no era más que necedad, y su ciencia tonterías bastardeadoras de los buenos y nobles espíritus y corrompedores de toda la flor de la juventud.

—Para probar que así es —añadió— tomad cualquiera de esos jóvenes de los tiempos presentes, que solamente hayan estudiado un par de años; en el caso de que no tenga mucho juicio, mejores palabras, mejor conversación que vuestro hijo, mejor ingenio y mejor trato de gentes, consideradme para siempre como un carnicero de Brena.

El consejo agradó a Grandgousier y dispuso que inmediatamente se llevase a la práctica.

Por la noche, al cenar, el señor de Marais presentó un pajecillo suyo de Ville-Gongis, llamado Eudemón, tan bien peinado, vestido y aderezado, tan comedido en su trato, que más bien parecía un angelote que un hombre. Y dijo a Grandgousier:

—¿Veis este jovencito? Todavía no tiene doce años; veamos si os parece bien la diferencia que hay entre el saber de vuestros

sesudos mateólogos[50] del tiempo viejo y el de los jóvenes de la edad presente.

El proyecto agrado a Grandgousier y mandó al paje que hablara.

Entonces Eudemón pidió permiso al virrey, su amo, para hacerlo. Con el bonete en la mano, la frente despejada, la boca bermeja, la vista segura y fija la mirada sobre Gargantúa, con modestia juvenil se puso en pie y comenzó a alabar y magnificar
primeramente sus virtudes y buenas costumbres, luego su saber, después su nobleza y, por último, su belleza corporal. Después, dulcemente, le exhortó a reverenciar a su padre y a obedecerle, puesto que tanto se afanaba por procurarle bienes y educarlo, y le rogó que se dignara aceptarlo como el último de sus servidores, pues el único don que por entonces solicitaba de los cielos era la gracia de complacerle y prestarle algún agradable servicio.

Todo esto lo dijo acompañándose de gestos tan propios, con pronunciación tan clara, con voz tan elocuente y lenguaje tan adornado, y en un latín tan puro, que más bien parecía un Graco, un Cicerón o un Emilio de la antigüedad, que un jovenzuelo de este siglo. Pero toda la continencia de Gargantúa fue romper a llorar como un becerro; se ocultó el rostro con su bonete y fue tan imposible sacar de él una palabra como un pedo de un asno muerto.

Su padre se encolerizó tanto, que quiso matar al maestro Jobelin; pero el señor de Marais lo contuvo con una afortunada observación, logrando así moderar su ira, con lo que mandó que se le pagaran sus gajes, se le diese de beber teologalmente y que se fuera con todos los diablos. Al menos, decía, desde hoy no comerá más a mi costa, y si por ventura se muere, que su muerte sea como la del inglés.[51]

Una vez que Jobelin hubo salido de la casa, consultó Grandgousier con el virrey qué preceptor debía elegir, y se convino

50 Mateólogos, instructores de cosas triviales.

51 Se refiere a Jorge de Clarencie, que, condenado a morir, se le invitó a elegir la forma y resolvió morir ahogado en un tonel de malvasía.

entre ellos que se confiara esta misión a Ponócrates, pedagogo de Eudemón, y que todos juntos irían a París para enterarse de cuáles eran los estudios de los muchachos de Francia en aquel tiempo.

Capítulo XVI

Cómo Gargantúa fue enviado a París, del enorme jumento que lo llevó y cómo se espantaba las moscas bovinas de la Beauce

Fayoles IV, rey de Numidia, envió en aquella misma estación desde aquel país africano a Grandgousier el jumento más enorme y grande que jamás se hubo visto y el más monstruoso, pues, como sabéis demasiado, de África vienen todos los días cosas nuevas. Era grande como seis elefantes y tenía los pies hendidos en dedo, como el caballo de Julio César; las orejas tan colgantes como la calza de Languegoth, y un cuernecillo en el testuz. En cuanto a lo demás, su pelo era alazán tostado, entreverado de crenchas grises. Tenía, sobre todo, una cola terrible, pues era tan gruesa poco más o menos, como el pilar de San Marcos, que hay cerca de Lances, cuadrada, con las cerdas punzantes y dispuestas como las raspas en las espigas del trigo.[52]

Si de esto os maravilláis, maravillaos también de la cola de los corderos de Escitia, que pesaba más de treinta libras, y de los carneros de Suria, a los que fue preciso, si Tenaud dice la verdad, ajustarle una carreta al culo para que pudieran llevarla; tal era de larga y pesada. Seguramente no la tenéis así vosotros, libidinosuelos rústicos.

---

52 La enorme borrica de Gargantúa. Se pretende que Rabelais quiso caracterizar en este fantástico animal a la duquesa de Estampes, Ana de Pisselu, y antes de su matrimonio señorita Heilli, amante de Francisco I, que se cuenta que este rey le regaló el bosque de la Beauce y ella lo hizo talar y que habiéndose negado los vecinos de París a construir para comprarle un collar de precio enorme, les amenazó con quitarle las campanas de nuestra señora. Otros aseguran que la borrica quiso representar a Diana de Poitiers.

Fue traída por mar en tres galeras y un bergantín hasta el puerto de Olona, en Talmondois. Cuando Grandgousier la vio, dijo:

—He aquí lo más a propósito para llevar a mi hijo a París. Montado en ella, con ayuda de Dios irá divinamente y en su tiempo será un gran clérigo. Si no fuera por las señoras bestias, todos viviríamos como clérigos.[53]

Al día siguiente, después de beber (como comprenderéis) tomaron su camino Gargantúa, su preceptor Porióocrates y su servidumbre, entre la que iba Eudemón, el pajecillo. Como el tiempo estaba sereno y seco, su padre les hizo calzar botas blancas de piel de ternera, de las que llama Babin brodequines.

Así, alegremente, siempre de buen humor, recorrieron la mayor parte del camino hasta pasar Orleáns. En aquel sitio había un gran bosque de treinta y cinco leguas de largo y diecisiete de ancho aproximadamente, horriblemente fértil y abundante en moscas bovinas y moscardones, que fueron un verdadero tormento para las pobres bestias.

Pero la borrica de Gargantúa vengó honradamente todos los ultrajes hasta entonces inferidos a ella y a todas las bestias de su especie por un procedimiento contra el que no había posible precaución.

Tan pronto como entraron en el bosque y los moscardones les libraron el asalto, enarboló su cola y tan bien la esgrimió, que abatió todo el bosque; por derecho, de través, aquí, allá, a lo largo, a lo ancho, arriba y abajo tumbaba los árboles como un segador las hierbas, de forma que allí ni quedó bosque ni quedaron moscardones, y el país se vio reducido a campo raso. Al contemplarlo Gargantúa sintió un gran placer, y dijo a sus gentes:

—Encuentro muy bien esto.

Y de tales palabras tomó el nombre aquella comarca.[54]

53 El proverbio francés, traducido a la letra, dice así: *Si no fuera por los señores curas todos viviríamos como bestias.* Como se ve, Rabelais hace de él una transposición digna de su humorismo.

54 En francés son estas palabras: *Beau ce.*

Luego se desayunaron con un bostezo, y en memoria de ello, todavía en estos tiempos los gentiles hombres del país se desayunan con bostezos, con lo cual se encuentran muy bien y escupen mucho.

Finalmente, llegaron a París. Descansó Gargantúa dos o tres días, divirtiéndose con su acompañamiento, y después se dedicaron a averiguar qué sabios estaban por entonces en la villa y qué clases de vino se bebía.

Capítulo XVII

Cómo Gargantúa pagó su bienvenida a los parisienses y cómo robó las enormes campanas de Nuestra Señora

Algunos días después, cuando ya hubieron descansado, visitó la villa y fue visto por todos con gran admiración pues el pueblo de París es tan necio, tan bobo, tan naturalmente inepto, que un titiritero, un santero, una mula con campanillas, una vieja astrosa en medio de una calle reunirán más gente que reuniría un buen predicador evangélico. Y tan molestamente le persiguieron que viose compelido a refugiarse en las torres de la iglesia de Nuestra Señora. En aquel lugar estaba, cuando al ver tanta gente a su alrededor, dijo con toda claridad:

—Creo que estos bribones vienen a que yo les pague aquí mi bienvenida y mi *proficiat*. Es de razón. Les voy a dar el vino; pero no será sino para risa.[55]

Y sonriendo destacó su bragueta, sacó al aire su méntula y los meó tan copiosamente que ahogó a doscientos sesenta mil cuatrocientos dieciocho, sin contar en esta cifra las mujeres ni los niños.

Un buen número de ellos se evadió de la «riada» gracias a la ligereza de sus piernas, y cuando se vieron en lo más alto de la universidad, sudando, tosiendo, gargajeando y sin aliento, comenzaron a renegar y a jurar las plagas de Dios, unos encolerizados y otros «para risa»:

—¡Carymarí! ¡Carymará! ¡Nos ha fastidiado! ¿Queréis ver el mar, compañeros? ¡Vaya un oleaje! *Das dich gott leyden*

55 *Calembourg: Par ris.*

send. ¡Cómo sube la marea! ¡Por el vientre de san Quenet, que es vientre alegre! ¡Por san Fiaco de Bríe y san Treiñan! ¡Voto a san Thibald! Oremos a Dios, que siempre es bueno rogar a Dios. ¡El diablo me lleve! ¡Carymarí, carymará! ¡Por la santa Morcilla! ¡Por san Godepín, que fue martirizado con patatas cocidas! ¡Por la salvación de Foutín el apóstol! ¡*Nedie madia,* por mi santa amiga, que nos ha bañado «para sisa»!

Desde entonces la villa se llamó París; antes se había llamado Lutecia, como dice Estrabón, libro IV, es decir, en griego «Blancura», por la blancura de los muslos de las mujeres en dicho lugar. Después de esta nueva imposición de nombre, siguió jurando cada uno de los asistentes por los santos de su parroquia. Los parisienses, que se componen de gentes de todos los países, y están hechos de piezas de todas las procedencias, son por naturaleza buenos jugadores, buenos juristas y un poco despreocupados. De donde deduce, Joanninos de Barranco, libro de *Copiositate reverentiarum,* que se llama *Parhesienses* en griego, puesto que esta palabra quiere decir fieros para hablar.

Después se fijó en las enormes campanas que había en las torres y las hizo sonar muy armoniosamente, con lo que se le ocurrió que estarían muy bien de campanillas en el cuello de su borrica, pues trataba de devolvérsela a su padre cargada de quesos de Brie y de arenques frescos.[56] Resueltamente se las llevó a su alojamiento; de allí se las quiso llevar furtivamente un demandadero jamonero de San Antonio para hacer con ellas su cuestación, y tocándolas desde lejos conseguir que temblaran los lomos en el secadero, pero por pudor las dejó, no porque estuvieran calientes, sino porque eran un poco pesadas. No era el demandadero de Bourg, que es muy amigo mío.

Toda la villa se alzó de sedición; ya sabéis que a esto los parisienses son tan propensos que las naciones extranjeras se asombran de la paciencia de los reyes franceses, quienes por compasión no refrenan ni castigan, con lo que los motines se reproducen todos los días. ¡Si yo supiera en qué oficina se forjan estos

56 Otro *calembourg,* en el que el autor juega con las palabras *arenque y arenga.*

cismas y algaradas, ya pondría en evidencia a las cofradías de mi parroquia!

El lugar en donde se reunió el pueblo impaciente y furioso fue Nesle, pues por entonces —hoy ya no— estaba allí el oráculo de Leucéce.[57] Allí se propuso la cuestión y se discutió el pro y el contra de las campanas transportadas.

Después, como digo, de haber argüido bien sobre *pro et contra,* se concluyó en *Baralipton* que fueran enviados los más viejos y suficientes doctores de la facultad a Gargantúa para representarle los horribles inconvenientes de la pérdida de aquellas campanas. No obstante las protestas de algunos de la universidad, a juicio de quienes el encargo era más para un orador que para un sofista, fue elegido para este negocio nuestro maestro Janotus de Bragmardo.

57 En Nesle estuvo antiguamente el oráculo de la diosa Isis, que era la divinidad principal de los parisienses.

Capítulo XVIII

Cómo Janotus de Bragmardo fue enviado para recobrar de Gargantúa las campanas

Janotus el maestro, rapado a la cesariana, tocado con un chaperón a la antigua y bien antidotado el estómago por carne de membrillo y agua bendita «de cueva», se transportó a la habitación de Gargantúa, llevando delante tres bedeles con rojas dalmáticas y detrás de cinco o seis doctores rígidos,[58] bien recortados y elegidos a propósito para el caso.

Cuando entraban, los encontró Ponócrates y sintió miedo, pues, al verlos disfrazados de aquel modo, creyó que fueran locos enmascarados.

Un poco repuesto, preguntó a uno de los doctores rígidos qué es lo que pretendía aquella mascarada. Le contestó que pedían la devolución de las campanas. Enterado Ponócrates, corrió a comunicar a Gargantúa la noticia con el fin de que preparase la respuesta y resolviese lo que había de hacer.

Impuesto Gargantúa del caso, llamó aparte a Ponócrates su preceptor, Filotimo su mayordomo, Gymnasta su escudero y a Eudemón, y sucesivamente conferenció con ellos sobre lo que debía contestar y hacer.

Todos estuvieron de acuerdo en que se los llevase a la bodega y se les hiciera beber rústicamente, y con el fin de que aquel catarroso no pudiera vanagloriarse de haber obtenido las campanas por su requerimiento, mientras bebía, se mandase

---

58 *Maestros inertes*; *Calembourg*: del latín artibus, en francés *des arts*, dice el autor *inertz*, con la ortografía de su tiempo.

buscar al preboste de la villa, al rector de la facultad y al vicario de la iglesia, a quienes antes de que el sofista hubiese expuesto su proposición entregaría las campanas.

Después de esto, ante todos los presentes, escucharía su bella arenga, y así se hizo.

Cuando llegaron los citados, se introdujo en la sala al sofista y, después de toser, comenzó como sigue:

Capítulo XIX

La arenga que el maestro Janotus de Bragmardo dirigió a Gargantúa para recobrar las campanas

—¡Ejem..., ejem..., ejem...! *Mna dies,* señor *mna dies*[59] *Et vobis,* señores. No sería sino una cosa buena el que nos devolvieseis nuestras campanas, porque nos hacen buena falta. ¡Ejem... *eechen..., hasche!...* Por ellas hemos rehusado muy buen dinero de los de Londres en Cahors; si hubiésemos complacido a los de Burdeos en Brie, que las querían comprar... por la substantífica cualidad de la complexión elementaria que está introducificada en la terrestridad de su naturaleza individuativa, para extrañar los halos y las trombas que nos sobrevengan, no a nosotros, sino a nuestras viñas; pero así se dice, no estaríamos aquí ahora. Y se dice así, porque en perdiendo el mosto, lo perderemos todo, el sentido y la ley. Si nos las devolvéis por mi requerimiento, yo con ello ganaré diez sartas de salchichas y un buen par de calzas que le harán mucho bien a mis piernas, si no me faltan a la promesa. ¡Por Dios, que un buen par de calzas es cosa buena! *Et vir sapiens non abhorrebit eam.* ¡Ay, ay, ay, ay! Sospecho que no hay par de calzas que valga, aun cuando estoy haciendo todo lo que puedo. Sabed, *domine,* que desde hace dieciocho días estoy metagrobelizando esta arenga. *Reddite quoe sunt Coesaris Coesaris et quoe sunt Dei Deo, Ibi jacet lepus.* Por mi fe, *domine,* si queréis cenar conmigo *in camera,* por el cuerpo de Dios *Chariatatis nos faciemus bonun chembin. Ego occidi unum porcum et ego habet bonum vino.*

59 Pronunciación afectada y pedante de las palabras latinas *bona dies.*

Pero de buen vino, nadie puede hacer mal latín. Ahora, pues de parte *Dei date vobis clochas nostras.* Tomad, yo os doy en nombre de la facultad un *Sermone de Utino,* que *utinam* nos devolveréis las campanas. *¿Vultis etian pardonnos? Per diem vos habitis et nihil payabitis.* ¿Oh, señor! *Domine campana donnaminor nobis.* Diosa, *est bonum urbis.* Todo el mundo se sirve de ellas. Si vuestra borrica se encuentra bien, lo mismo le ocurre a nuestra facultad *quoe comparata es jumentis* insioientibus *et similis fecta eis est. Psalmo neseio quo,* si no me equivoqué al tomar la nota. ¿Ejem..., ejm..., ejem..., *hasche!* Ya; ya os he probado que debéis dármela. *Ego sie argumentor. Ovnis campana campanabilis in campanario campanando, campans campanativo campanare facit campanabiliter campanantes. Parisius habet campanas Ergo gluc. ¡A... ja...já!* Esto está dicho. Está *intertío primoe en Darii* o alrededor. Por mi alma, que no hago más que resudar. Ya no estoy más que para buen vino, buen lecho, la espalda al fuego, el vientre a la mesa y la escudilla bien honda. ¡Ay, *domine*! Yo os ruego *in nomine patris et filii et spiritus sancti, amén,* que nos devolváis nuestras campanas. Y Dios os guarde de todo mal, y nuestra señora os dé salud *qui vivit et regnat per omnia secula seculorum. Amén.* ¡Ejem..., *hachs..., chare.. greanuhasch! Verum enim vero, quando quidem dubio procul, Edepot quoniam, ita certe meus Deus filius.* Una villa sin campanas es como un ciego sin báculo, un burro sin cabezada, una vaca sin cencerro. Hasta que nos hayáis devuelto, no cesaremos de gritar ante vos como un ciego que ha perdido el báculo, de rebuznar como un burro sin cabezada o de bramar como una vaca sin cencerro. Un quídam latinizador, que vivía cerca del hospital, dijo una vez, alegando la autoridad de Taponus, digo Pontanus, poeta secular,[60] que quería que las campanas fuesen de plumas y tuvieran por debajo la cola de un zorro, porque ellas le engendraban las crónicas en las tripas del cerebro cuando componía

60 *Pontanus,* poeta secular. Los doctores sorbonistas, en su orgullo desmedido, llamaban poetas seculares a los grandes maestros de la lengua latina, como Virgilio, Horacio, Ovidio, etc., *porque no se habían graduado de doctores.*

sus versos carminiformes. Pero nada, patatín, patatán, tira, torna, vuelve, fue declarado hereje. Nosotros las hacemos como de cera.

Y nada más dijo el deponente *¡Valete et plaudite. Calepinus recensui!*

Capítulo XX

Cómo el sofista llevó su paño y cómo pleiteó con los demás profesores

No bien hubo terminado el sofista, cuando Ponócrates y Eudemón se desclavijaron de risa en tal forma que temieron rendir su alma a Dios, ni más ni menos que Crassus, al ver un burro gualdrapado que comía cardos, y como Filemón, que al ver otro burro comerse unos higos dispuestos para su postre en una bandeja de plata, se murió de risa. Al compás de ellos, comenzó a reír el maestro Janotus, a la vez que se le llenaban los ojos de lágrimas por la vehemente compresión hecha en su masa cerebral, pues así fueron exprimidas estas humedades lacrimales que se deslizaron a lo largo del nervio óptico. A causa de éste representaba a Demócrito heraclitizando, o a Heráclito democratizando.

Calmadas las risas, consultó Gargantúa con sus familiares lo que debía de hacer, y Ponócrates opinó que debían volver a dar de beber al bello orador. Y visto que les había procurado pasatiempo y además hecho reír más que Songecreux, procedía que se le diesen las diez palmas de salchicha mencionadas en la famosa arenga, con el par de calzas, trescientos gruesos leños, veinticinco medios de vino, un lecho con tres colchones de pluma de ánsar y una escudilla ancha y honda, cosa que, según había dicho, le eran necesarias para la vejez.

Todo se hizo como acababa de ser propuesto, salvo que Gargantúa, dudando de que en el acto se encontraran calzas cómodas para sus piernas y vacilando asimismo de qué forma estarían mejor al orador, si a la martingala que tienen un puente

levadizo sobre el culo para defecar cómodamente; si a la marinera, que abrigan mejor los riñones; o a la suiza, para que tuviese la barriga caliente; o en forma de cola de merluza, por si tenía miedo de que le aplastaran los riñones, hizo que se le rieran siete varas de paño negro, y tres de blanco para las costuras y los dobladillos. Los ganapanes llevaron la leña; los doctores la salchicha y la escudilla; el maestro Janotus quiso llevar el paño, pero uno de los profesores, llamado José Bandouille, le demostró que aquello no era digno ni conveniente para su dignidad y que debía entregárselo a uno de ellos.

—¡Ah! —exclamó Janotus—. ¡Tontito, tontito! Tú no concluyes *in modo et figura.*

—He aquí de lo que sirven las proposiciones y *parva logicalia. ¿Pánnus, pro quo supponit? Confuse* —dijo Bandouille— *et distributive.*

—Yo no te pregunto, tonto —dijo Janotus— *quomodo supponit,* sino *pro quo*; esto es, tonto *pro tibiis meis.* Pues por esto lo llevaré *egomet sicut suppositum portat adpositum.* Y así se llevó oculto su paño como Patelín.[61]

Lo más notable fue cuando el asmático, reunidos los mathurinos[62] en plena sesión, les pidió sus calzas y sus salchichas, que resueltamente le fueron denegadas por haberlas obtenido de Gargantúa, según las informaciones que al efecto se practicaron.

Les representó que las había obtenido de su liberalidad a título gratuito, por cuyo motivo no podían quedar absueltos de sus promesas, y le replicaron que se conformara con tener razón, ya que no habría de obtener otra cosa.

—¿Razón? —decía Janotus—. Nosotros nunca las usamos. Traidores, desgraciados, no valéis para nada. La tierra no soporta hombres tan malvados como vosotros. Yo lo sé muy bien: quien anda entre cojos, a cojear aprende. Yo he ejercitado la maldad

61 *Patelín* o *Pathelin,* como con frecuencia se escribe, es en su origen el personaje central de una comedia de Pierre Blanchert que se titula *La farce de Pathelin.* Es el hombre que se afana en conseguir que otro lo engañe. Aun en el francés de hoy emplean las palabras *pathelinage, patheliner,* etc., para dominar vicios, manías o gestos característicos de aquel personaje. Esta obra se representó por primera vez en 1488.

62 *Mathurinos:* Los invitados a las asambleas solemnes de la universidad.

al lado vuestro. Por mi nombre, que he de dar cuenta al rey de los enormes engaños que aquí se forjan y que vosotros mismos manejáis. Y que yo sea un ladrón si no os hace quemar a todos como judaizantes, traidores, heréticos y embaucadores, enemigos de Dios y de la virtud.

Contestando a estas palabras, pronunciaron artículos, contra él; replicó, se elevó el proceso al tribunal, y allí está

todavía. Los profesores hicieron voto de no volverse a ocupar del asunto; el maestro Janotus, con sus partidarios, hizo voto de no disgustarse por ello hasta que se dictara la sentencia definitiva.

Estos votos están aún en pie y en plena eficacia porque el tribunal todavía no ha tomado bien a peso todas las piezas. Darán la sentencia en las próximas calendas griegas; es decir, jamás, pues ya sabéis que serán después de que haya el mundo desaparecido. Los artículos de París cantan que sólo Dios puede hacer cosas infinitas. La naturaleza nada hace inmortal porque pone fin y período a todas las cosas que produce, pues *omnia orta cadunt,* etc.

Estos devoradores de futesas hacen que los pleitos entre ellos pendientes sean infinitos e inmortales. Al hacer esto, han dado lugar y verdad al dicho de Chilon el lacedemonio, consagrado con Delfos: «La miseria es la compañera de los pleitos, y los pleitistas son unos miserables. Casi siempre alcanzan antes el fin de la vida que su pretendido derecho».

Capítulo XXI

El estudio de Gargantúa según la disciplina de sus preceptores los sofistas

Transcurridos los primeros días y devueltas las campanas a su lugar los habitantes de París, reconocidos a tanta honradez, se ofrecieron a mantener y alimentar su borrica en la forma que él quisiera.

Esto a Gargantúa le agradó mucho y le enviaron a vivir a los bosques de Bierre, en donde creo que ya no está.

Hecho esto, quiso estudiar con todos sus sentidos, como dispusiera Ponócrates; pero éste dijo que al principio lo hiciera como tuviese por costumbre, con el fin de enterarse de los medios que habían empleado sus antiguos preceptores para hacerlo tan fatuo, tan necio y tan ignorante.

Invertía su tiempo de tal manera, que se despertaba ordinariamente entre ocho y nueve, fuera o no de día. Así lo habían ordenado sus antiguos regentes, alegando el dicho de David: «*Vanum est vobis ante lucem surgere.*» Después se estiraba, se revolvía y pataleaba en la cama durante algún tiempo para sacudir la pereza animal, y se vestía según la estación; pero lo que más le gustaba era ponerse un ropón de lana gruesa forrado de pieles de zorro; después se peinaba con el peine de Alemania, que consta de cuatro dedos y el pulgar, pues sus preceptores le habían dicho que peinarse, lavarse y asearse de otro modo, era perder el tiempo en este mundo.

Después cagaba, meaba, hacía gárgaras, eructaba, peía, bostezaba, escupía, tosía, suspiraba y estornudaba; se desmocaba

a lo archidiácono,[63] y desayunaba para abatir el rocío y los malos vientos, bellas tripas frititas, bellas chuletas asadas, bellos jamones, bellas aves y suculentas sopas de prima.[64] Ponócrates le indicó que no debía comer tan pronto, al saltar del lecho y sin haber hecho ningún ejercicio, y Gargantúa contestó:

—¿Qué no hice bastante ejercicio? He dado seis o siete vueltas en la cama antes de levantarme. ¿No es esto bastante? El papa Alejandro quinto hacía así por consejo de un médico judío y vivió hasta la hora de su muerte a despecho de los envidiosos. Mis primeros maestros me han acostumbrado a esto diciéndome que el desayuno conserva bien la memoria, y ellos mismos comenzaban el día bebiendo. Yo me encuentro muy bien, aunque como mucho. Me decía mi maestro Túbal, que se licenció en París, que no hay ventaja en correr mucho, sino en empezar pronto la jornada. Así la salud total de la humanidad no radica en beber deprisa como los perros, sino en comenzar a beber temprano, *unde versus:*

Si bien el madrugar no es conveniente
el beber de mañana es excelente.

Luego de haber desayunado bien, iba a la iglesia, llevando en un gran cesto un gran breviario encuadernado, que entre la grasa, los cierres y el pergamino, pesaba poco más o menos de once quintales y seis libras, oía veintiséis o treinta misas mientras llegaba su repetidor de horas de turno, empaletocado como una oca y con el aliento bien antidotado a fuerza de jarabe de viñas.

Con él mascullaba todos los *kiries*, manejándolos tan curiosamente, que ni un solo grano se dejaba caer en tierra. Al salir de la iglesia le llevaban en una carreta de bueyes un haz de *paternosters* de san Claudio, gruesos como médulas de bonete, y se paseaba por los claustros, las galerías y el jardín y en las dieciséis ermitas.

63 *Desmocarse a lo archidiácono:* Con los dedos haciendo ruido con la nariz.

64 Sopas de prima: Las que toman los frailes para el desayuno después de haber rezado a la hora de prima. Como estaban hechas por el primer caldo eran muy suculentas.

Después estudiaba una menguada media hora, con los ojos puestos en el libro, pero como dice el cómico, su alma estaba en la cocina.

Meando antes un orinal lleno, se sentaba a la mesa.

Como era naturalmente flemático, empezaba su comida con algunas docenas de jamones, de lenguas de buey ahumadas, botargas morcillas y otras agujas de enhebrar vino. Mientras tanto, cuatro de sus criados le echaban en la boca continuamente, uno detrás de otro, paladas de mostaza; bebía un enorme vaso de vino blanco para confortarse los riñones, y luego comía según la estación, los manjares de su agrado, hasta que no podía con el vientre. Para beber no tenía punto fin, ni canon, pues decía que las metas y los límites del beber llegan cuando la persona bebiente nota que la suela de sus zapatillas alcanza un grosor de medio pie.

Capítulo XXII

Los juegos de Gargantúa

Luego murmurando pesadamente una buena ración de gracias, se lavaba las manos en vino fresco, se limpiaba los dientes con una pata de cerdo y charloteaba alegremente con su servidumbre. Luego extendido el tapete sobre la mesa, le traían muchas cartas, muchos dados y muchos tableros, pues allí se jugaba:

A la berlanga.
A la prima.
A la vela.
Al robo.
Al triunfo.
A la picardía.
Al ciento.
A la espinela.
A la desgraciada.
A escudriñar.
Al matrimonio.
Al alegre.
A la opinión.
A quien hace lo uno y lo otro.
A la secuencia.
A la campanilla.
Al taró.
A la gatada o pierde-gana.
Al valido.
A trescientos.
Al desgraciado.
A la condenada.
A la carta virada.
Al descontento.
Al sacanete.
Al cabrón.
A quién habló así.
A roba, nada juego fuera.
A ñiquiñaque.
Al taladro.
Al pujavante.
Al barrenillo.
Al triquitraque.
A todas tablas.
A las respuestas.
A juego vivo, juego muerto.
A sacar hierros del horno.
Al falso rústico.

Al tormento.
Al no diez.
A la treinta y una.
A par y secuencia.
Al palo de los oros francos.
A las tablas elegidas.
Al forzado.
A las damas.
Al mono.
A *primus secundus*.
A punto de cuchillo.
A las llaves.
Al palo de oros franco.
A pares o nones.
A cruz o pila.
A las cuartas.
A los ruines.
A la billa.
Al zapatero.
Al búho.
Al ronquido.
A la dicha.
A los honores.
A la morra.
Al jaque.
Al zorro.
Al tres en raya.
A las vacas.
A la blanca.
A la chanza.
A los tres dados.
A las tablas.
A la cola de carnero.
Al salta dentro.
A las codornices.
Al oidor jorobado.
Al santo aparecido
A pellizca setas.
A peral.
Al *pimpompet*.
A agrandar el agujero.
A despellejar el zorro.
A recoger.
A madama coja.
A vender la avena.
A soplar el carbón.
A la danza bretona.
Al círculo.
Al gazapo de liebre.
A la tirelitantaina.
Al cochinillo va delante.
A las pegas.
Al cuerno.
Al buey violáceo.
Al zoquete.
Al yo te pellizco sin reír.
Al insultarse.
A desherrar el asno.
A la jaotín.
Al monje, monje soy.
Al yo me tiento.
A la *barbe d'oribus*.
A la basquiña
A tira el asador.
A salta fuera.
A compadre, préstame tu saco.
A mi talento.
A la pirueta.

A los higos de Marsella.
A la mosca.
A la cabriola.
Al escondite.
Al pique.
A la blanca.
Al hurón.
Al martingala.
Al castillete.
Al reenganche.
A la trompa.
Al fraile.
A la cerda.
A vientre contra vientre.
A la comba.
Al cepillo.
Al tejo.
A ya estoy aquí.
A la gallina ciega.
A los bolos.
A las bolas.
A la calva.
A la flecha.
Al pico romo.
Al toca un…
Al amasijo.
A la bola corta.
Al volante.
A enroscarse.
A rompe ollas.
A Colín embridado.
A la grulla.
Al penacho de gallo.
A la gallina ciega.
A los palillos.
Al bastón corto
A mírame y no me toques.
A los espías.
Al sapo.
Al cachero.
Al pistón.
Au billebouquet.
A las reinas.
A las menestralas.
A cabeza con cabeza.
A la pinocha.
A la mala muerte.
A los papirotazos.
A las tinieblas.
Al distraído.
Al borracho.
A la naveta.
Al azotado.
A la escoba.
A san Cosme, yo te adoro.
Al escarabajo negro.
A yo te cojo sin verte.
A buena y bella se va la cuaresma.
A la cola del lobo.
Al pie en la garganta.
A Guillermito, dame mi lanza.
A la ramita.
Al trenzado.
Al bocado.
A la ternerita.
A la conversación.
A nueve manos.
A la máscara.

Al puente caído.
Al higo.
A las pedorreras.
A roba mostaza.
A cambos.
A la recaída.
Al volante.
A lavar la cofia, señora.
A los cedazos.
A sembrar avena.
A los novicios.
Al molinete.
A «defendo».
Al picadero.
Al báculo.
Al labrador.
A esconde… cucas.
A la bestia muerta.
A sube la escalinata.
Al cerdo cebado.
A culo salado.
Al piñón.
Al tercio.
Al baile de Auvernia.
A salto de mata.
A cruzarse.
Al navío oculto.
A la maleta colgada del culo.
Al nido de milanos.
Al pasavante.
Al rompecabezas.
A la grúa.
A para el golpe.
A los papirotazos.
A las calandrias.
A tirarse migas.[65]

65 *Los juegos de Gargantúa.* Existe sobre ellos una bibliografía copiosísima. Casi todos los comentaristas, señaladamente Lefranc y Michel Poichari, afirman que Rabelais siguió un método determinado para hacer este catálogo.
Muchos estos juegos están designados por sus nombres peculiares y tienen fiel y fácil correspondencia en nuestro idioma; otros se designan con la frase inicial de algún recitado que les acompaña, y otros, por último, son satíricas alusiones a cosas, personas o costumbres de la época.
Aquellos que no tienen adecuada correspondencia entre los juegos infantiles de España, los hemos transcrito con los nombres que el autor les asigna y de ellos daremos aquí la interpretación o explicación más generalmente admitida.
Barbe d'oribus. Barba de papel dorado. consistía el juego en vendar a uno de los ojos o tiznarle la cara con pretexto de dorarle la barba.
Pimponet, pimpopet o pimpompet. De estas tres maneras aparece escrito en las diversas ediciones que tenemos a la vista. Ninguno de los eruditos rabelesianos explica este juego. A juzgar por la etimología de su denominación, que encontramos en *pimpre* (según la ortografía de la época), decir necedades, creemos que era algo así como nuestro juego a los despropósitos.
Billebouquet, bilboquel. Sin duda es el juego que se llama del doble o dominguillo.
Los *novicios.* Sin explicar el porqué, las modernas ediciones de Rabelais llaman así al juego que él denominó *biffault.* De él da Emm. Philpot la siguiente explicación:
Los amigos de un poeta, muy interesado por casarlo, habían descubierto una viuda muy rica que podía ser para él excelente partido. La presentación debía ser hecha en una comida, y como el poeta tenía la cabeza a pájaros, mientras a los postres hablaban de cosas interesantes y serias, entreteníase el poeta en colocar sobre su mano izquierda tres o cuatro pedacitos de pan, hacerlos saltar dándose golpecitos en ella con la diestra y tomarlos con la boca diciendo: *Brifaut* (glotón), pagarás prenda si no aciertas. Lo que como es de suponer, frustró el matrimonio.

Después de haber jugado, paseado y saltado durante mucho tiempo era conveniente beber un poco, y así preparaban once jarros para cada uno; después «banquetear», esto es tenderse sobre un hermoso banco o en suelo y dormir dos o tres horas sin pensar mal ni mal decir.

Cuando se despertaba se sacudía un poco las orejas y si le daban vino fresco lo bebía con mejor gusto que nunca.

Ponócrates le advertía que no era bueno beber al despertarse.

—Esta es —replicaba Gargantúa— la verdadera vida de los padres[66]. Por mi naturaleza tengo un dormir salado, y así el dormir para mí es como tomar jamón.

Comenzaba luego a estudiar un poco y a decir *paternosters* arriba colocados del mejor modo, montaba en una vieja mula que había ya servido a nueve reyes, y así, rezongando y meneando la cabeza, marchaba a ver si se le ofrecía la caza de algún conejo entre faldas.

Al regresar se metía en la cocina para ver qué carne había en el asador.

Y cenaba muy bien, a fe mía, convidando de buen grado a varios bebedores de su vecindad y bebiendo todos de sobremesa, se contaban desde lo más viejo a lo más nuevo.

Entre otros, tenía por compañeros a los señores de Fou, de Gourville, de Grignaut y de Marigny.

Después de cenar, salían a plaza los lindos evangelios de madera,[67] y allí, entre envites, apuestas, tragos y pequeñas colaciones, pasaban con él la velada aquellas bolsas flojas.

Después dormía sin despertar hasta el día siguiente a las ocho.

---

66 *La verdadera vida de los padres:* La vida que hacían y enseñaban a hacer los frailes en sus conventos

67 *Evangelio de madera:* Los tableros para los diferentes juegos de que el autor hace mención en diversos pasajes.

Capítulo XXIII

Cómo Gargantúa fue sometido por Ponócrates a una disciplina que le hacía aprovechar todas las horas del día

Cuando Ponócrates conoció la viciosa manera de vivir de Gargantúa, decidió educarlo de otra manera; pero durante los primeros días todo se lo toleró, considerando que la naturaleza no admite sino con gran violencia las mutaciones repentinas. Para comenzar su labor con más acierto suplicó a un sabio médico de aquellos tiempos, llamado Teodo, que le indicara, a ser posible, lo mejor para llevar a Gargantúa al nuevo camino.

El médico lo purgó canónicamente con eléboro de Antierya, y a favor de este medicamento lo limpió de todas las alteraciones y perversas costumbres del cerebro. Por este medio, también, Ponócrates le hizo olvidar cuanto había aprendido con sus antiguos preceptores, como hacía Timoteo con aquellos de sus discípulos que habían estudiado antes con otros maestros de música.

Con el fin de lograr mejor su propósito, le proporcionó la compañía de gentes cultas, que aguijaban su ingenio y le estimulaban el amor al estudio.

Después le hizo tal plan de trabajo, que no le permitía dejar de aprovechar ni una sola hora del día. Todo su tiempo lo dedicaba a las letras y al honesto saber.

Se despertaba Gargantúa hacia las cuatro de la mañana. Mientras se aseaba, le leían alguna página de la sagrada escritura en voz alta y clara, con pronunciación adecuada a la materia, trabajo que estaba encomendado a un pajecillo de Basché, llamado Anagnostes. De conformidad con el tema y argumento de esta lección, muchas veces se entregaba a reverenciar, adorar, rogar

y suplicar al buen Dios, de que la lectura le había mostrado la majestad y los juicios maravillosos.

Iba después a los lugares excusados para hacer la excreción de las digestiones naturales, y allí su preceptor le repetía lo que le habían leído, aclarándole los puntos más oscuros y difíciles.

Al volver miraba si el estado del cielo había cambiado desde la tarde anterior, y comprobaban en qué signos iban a entrar en

aquel día el sol y la luna.

Hecho esto se vestía, peinaba, aderezaba y perfumaba y mientras hacía estas operaciones, le repetían las lecciones del día anterior. Él mismo las decía de corrido y presentaba casos prácticos, cuya discusión duraba a veces dos o tres horas, pero ordinariamente terminaba cuando su tocado.

Después le hacían escuchar lecturas durante tres cumplidas horas y luego salían conversando y discutiendo sobre lo que había oído: se iban a Bracqué[68] o a los prados, y allí jugaban a la pelota, a la palma o a la billa, ejercitando gallardamente el cuerpo como antes habían ejercitado el alma. Todos sus juegos los presidía la más amplia libertad, pues dejaban la partida cuando lo tenía por conveniente y cesaban de ordinario cuando comenzaban a sudar o a cansarse. Luego se enjugaban bien, cambiaban de camisa, y paseando despacio, se encaminaban a ver si la comida estaba dispuesta.

Mientras preparaban la mesa, recitaban con claridad y elocuencia las sentencias aprendidas en las lecciones.

Entre tanto, llegaba nuestro señor el apetito, y con tal plausible oportunidad, sentábanse a la mesa.

A los comienzos se leían gratas historias de antiguas proezas, hasta que llegaba el momento de beber vino; entonces, si les parecía bien, continuaba la lectura, y si no, discutían alegremente sobre la virtud, propiedad, eficacia y naturaleza de todo lo que les iban sirviendo: el pan, el vino, el agua, la sal, las carnes, los pescados, las frutas, las verduras, las uvas y las composiciones

68 *Bracqué:* juego de pelota que había en el arrabal de Saint Marceau, así llamado porque tenía como divisa un perro de muestra *(bracqué)*.

de todo ello. Por este medio aprendió en poco tiempo los pasajes con esto relacionado de Plinio, Ateneo, Dioscórides, Julio Pólux, Galeno, Porfiro, Oppiano, Polibio, Heliodoro, Aristóteles, Elian y otros. Luego hacían traer a la mesa, con frecuencia, para mayor seguridad, los libros y comprobaban las citas, aun cuando su memoria retenía perfectamente estas nociones, con tal precisión, que ningún médico de entonces le hubiese igualado.

Repasaban luego las lecciones leídas por la mañana, y con- 87
cluida la comida con alguna confitura de naranja, se limpiaban los dientes con un trozo de lentisco, se lavaban las manos y los ojos con agua clara y fresca y daban las gracias a Dios con bellos cánticos hechos en alabanza de la munificencia y benignidad divinas.

Luego traían las cartas, no para jugar, sino para aprender mil gentilezas y nuevas invenciones, que tenían todas por base la aritmética. Por este procedimiento le nació la afición a aquella ciencia numeral y todos los días, después de comer y de cenar, pasaba un rato agradable con los dados y la baraja, llegando a adquirir tal dominio de la teoría y de la práctica, que Tunstal, el inglés que de esto tan ampliamente había escrito, confesó que se sentía un niño de pecho comparado con él en estas cosas.

Y no solamente en aquello, sino en las demás ciencias matemáticas, como la geometría, la astronomía y la música, porque mientras hacían la digestión de sus comidas, construían mil alegres instrumentos y figuras geométricas y a la vez practicaban los cánones astronómicos.

Después se recreaban cantando musicalmente cuatro o cinco partituras o un tema improvisado. En cuanto a los instrumentos musicales, aprendió a tocar el laúd, la espinela, el arpa, la flauta alemana de nueve llaves y el trombón.

Empleadas así estas horas y concluida la digestión, eliminaba los excrementos naturales y volvía a su principal estudio durante tres horas o más, tanto a repetir la lectura matutina como a proseguir en el libro comenzado, como a escribir, componer y formar pasajes de literatura latina.

Salían luego de la casa con un joven gentilhombre de Turena, llamado Gymnasta el escudero, que le enseñaba el arte de montar a caballo. Cambiaba para ello de vestidos y montaba sobre un corcel, sobre un rocín, sobre una yegua, sobre un caballo ligero y le daba cien carreras, le hacía voltejear en el aire, saltar las empalizadas y correr en un círculo a la derecha o a la izquierda. Allí rompía no una lanza, porque es la mayor tontería del mundo el

decir «yo he roto diez lanzas en el torneo o en la batalla». Esto un carpintero lo haría muy bien; la gloria más laudable es la de haber roto con una lanza diez de las del enemigo. Con su lanza, pues, acerada, flexible y fuerte, rompía un muro, atravesaba un arnés, abatía un árbol, pasaba un anillo, levantaba una silla de armas o quitaba un guantelete. Todo esto lo hacía armado de punta en blanco.

Si se trataba de caracolear y de hacer monerías sobre un caballo, nadie podía igualarle; el voltejiador de Ferrara no era más que un simio a su lado.

Aprendió especialmente a saltar con destreza de un caballo a otro sin tomar tierra (a éstos los llamaban caballeros «desultorios»[69]; montaba sin estribos por cualquier lado con la lanza en la mano y sin brida, guiaba los caballos a su antojo, pues todas estas cosas estaban puestas en práctica por la disciplina militar.

Otros días ejercitábase con el hacha; tan bien la blandía en todos los sentidos, tan bien y limpiamente y hendía y cortaba en redondo, que fue reconocido como campeón de este arma.

Blandía luego la pica, tajaba con la espada en dos manos (mandoble); la bastarda, la española, la daga o el puñal; armado y desarmado, con peto, con rodela o con capa era un perfecto esgrimidor.

Corría ciervos, jabalíes, osos, gamos, lobos, liebres, perdices, faisanes y avutardas.

---

69 *Caballos desultorios:* Caballos que se llevaban del diestro para recambio en las guerras. Séneca refiere que Quintus Dellius, partidario de Marco Antonio, que después lo abandonó, fue desde entonces apodado caballo desultorio.

Jugaba al balón y lo elevaba tan diestramente con los pies como con las manos.

Luchaba, corría y saltaba, no a tres pasos, ni a paticojuelo, ni como el alemán[70], porque según decía Gymnasta, tales saltos son inútiles y de ningún provecho para la guerra. De un salto salvaba un foso, volaba por encima de un roble, se elevaba seis pasos sobre una muralla y trepaba hasta una ventana a la altura de una lanza.

Nadaba en aguas profundas con la corriente o contra ella, de costado, con todo el cuerpo, con sólo los pies; con una mano al aire, en la que llevaba un libro abierto, recorrió toda la orilla del Sena sin que aquél se mojara, arrastrando con los dientes su paca, como hacía Julio César.

Después, con una mano se unía con fuerza a un bajel, montaba, y desde él se tiraba al agua de cabeza, sondeaba las profundidades, reconocía las rocas, se sumergía en los abismos y en los golfos, volvía al bajel, lo dirigía, lo llevaba con cuidado siguiendo la corriente o contra ella, lo detenía en las esclusas, llevaba el timón con una mano y con la otra movía un gran remo, tendía las velas, subía a los mástiles por las cuerdas, corría sobre las bandas, ajustaba la brújula y contrarrestaba las bolinas.

Saliendo del agua de un salto, trepaba sin fatiga a la cumbre de las montañas, subía a los árboles como un gato, saltaba de uno a otro como una ardilla, abatiendo las más gruesas ramas como un nuevo Milón.

Con los pañales afilados y dos agudos punzones subía a los tejados de las casas como una rata, bajaba luego de un salto, preparando para ello los miembros de tal modo, que ningún mal pudiera sufrir en la caída.

Lanzaba el dardo, la piedra, la barra, la jabalina, el disco y la alabarda; manejaba el arco; doblaba con las manos las ballestas más fuertes, enfilaba con la vista el arcabuz, afustaba el cañón y tiraba al blanco o a los papagayos por encima de la cabeza, por

70 *Saltar como el alemán:* Saltar torpemente. En todo pasaje para expresar que una persona no entiende, dice el autor que *entiende* como el alemán.

la espalda, de alto en bajo, de bajo en alto, o de costado como los partos.

Se le ataba un cable desde lo alto de una torre al suelo, y por él subía con las manos, y bajaba tan limpiamente y con tal seguridad como si caminase por un prado.

Se le colocaba una gruesa percha entre dos árboles y se colgaba de ella con las manos yendo y viniendo sin poner pies en tierra, con extraordinaria velocidad.

Para desarrollar el tórax y el pulmón, gritaba como todos los diablos. Yo le oí una vez llamar a Eudemón desde la puerta de San Víctor hasta el Montmatre. Stentor no dio un grito tan fuerte en la batalla de Troya.

Para que atemperase los nervios se le construyeron dos gruesos salmones de plomo, que pesaban cada uno ocho mil setecientos quintales, a los que llamaba «mis juguetes». Tomaba cada uno en una mano y los levantaba sobre su cabeza, teniéndolos así inmóvil tres cuartos de hora o más, pues su fuerza era inimitable.

Jugaba a la barra con los más fuertes, y cuando le atacaban se mantenía sobre sus pies tan fuertemente, que nadie podía vencerle, como se cuenta que hacía Milón y, asimismo, imitándole, cerraba en su mano una pepita de granada y se la ofrecía a quien pudiera quitársela.

Invertido así este tiempo, se enjugaba, se frotaba, se refrescaba y se cambiaba de vestidos; volvían paseando muy despacio, pisando las hierbas y examinando los árboles y las plantas para comprobar las observaciones de los que sobre esto han escrito en la antigüedad, como Teofrasto, Dioscórides, Marino, Plinio, Nicandro, Macer y Galeno.

Cogían plantas y ramas a brazadas y las llevaba a la casa un pajecillo llamado Rizótomo, juntamente con las hoces, tijeras, azadones, palas y los demás instrumentos necesarios para herborizar.

Cuando llegaban, mientras se disponía la cena, repetían algunos pasajes de lo que habían leído y sentábanse a la mesa.

Sabed que la anterior comida era sobria y frugal, pues tan solamente comían para calmar los ladridos del estómago; pero la

cena era copiosa y larga, puesto que tenían necesidad de reponer fuerzas y de nutrirse. Esta es la buena dieta prescrita por el arte de la seria medicina, aunque una bandada de badulaques médicos, enloquecidos en la oficina de los sofistas, aconsejaban lo contrario.

Durante esta comida continuaban las lecturas de la anterior hasta que les cansaban. Después sostenían gratas conversaciones sobre cosas útiles o sobre temas literarios.

Luego de dar gracias se dedicaban a cantar musicalmente o a tocar instrumentos armoniosos o a estos pequeños pasatiempos que se obtienen con las cartas o con los dados, y así permanecían alegres y contentos, muchas veces hasta la hora de dormir. En otras ocasiones salían a visitar a los literatos o a los extranjeros de cuya llegada tuviesen noticia.

En plena noche, antes de retirarse, salían al lugar más descubierto para examinar el cielo; veían los cometas, si los había, y las figuras, situaciones, aspectos, oposiciones y conjunciones de los astros.

Después, con su preceptor, recapitulaba brevemente, a la manera de los antiguos pitagóricos, cuanto había leído, aprendido, hecho y escuchado durante todo el día.

Por último, rogaba a Dios creador, adorándole, ratificándole su fe y glorificándole por su inmensa bondad; y dándole gracias por todo lo pasado, se recomendaban a su divina clemencia para el porvenir.

Hecho esto se entregaban al reposo.

Capítulo XXIV

Cómo invertía sus horas Gargantúa en los días lluviosos

Si los días eran destemplados o lluviosos invertían la mañana como de costumbre, salvo que se hacía encender un buen fuego para templar el aire. Pero después de comer, en lugar de ir a hacer ejercicios al aire libre, permanecían en casa dedicados a ejercicios higiénicos (apoterapia); agavillaban el heno, hendían y serraban la madera y segaban las hierbas de la granja. Después estudiaban las artes de pintura y escultura o evocaban al uso el antiguo juego del astrágalo, y tal como lo describe Leonicus y como lo practica nuestro buen amigo Lascaris. Al jugarlo recordaban los pasajes antiguos que lo mencionan o ideaban sobre él alguna metáfora.

Otras veces iban a ver cómo fundían los metales o cómo se forjaba la artillería, o a ver trabajar a los lapidarios, a los orfebres, a los pulimentadotes de pedrería, a los alquimistas, a los monederos, a los tejedores de seda y terciopelo, a los vidrieros, a los impresores, a los organistas, a los tintoreros y a otras clases de artesanos; obsequiaban a todos con vino y aprendían y consideraban las industrias, los oficios y las invenciones.

Acudían también a oír las lecciones públicas, a los actos solemnes, a las conferencias, a las declaraciones, a las vistas de pleitos en que intervenían famosos abogados y a los sermones de los predicadores evangélicos.

Acudían a las salas de esgrima, y allí, sirviéndose de bastones tiraban con los maestros y les demostraban de un modo experimental que sabían más que ellos.

En lugar de herborizar visitaban las tiendas de los drogueros, herboristas y boticarios y examinaban cuidadosamente

los frutos, las raíces, las hojas, las gomas, las semillas y las esencias volátiles, y a la vez aprendían cómo las mixtificaban.

Iban a ver a los tamborileros, los escamoteadores y los juglares, y estudiaban sus gestos, sus ardides, sus destrezas y su facilidad de palabra, cualidades que sobresalían en los de Chaunys de Picardía, que son por naturaleza grandes fulleros e inventores de divertidas mentiras en materia de monos verdes.[71]

De regreso cenaban con mayor sobriedad que los demás
días y manjares más desecativos y extenuantes, con el fin de que la húmeda intemperie del aire comunicada al cuerpo por el necesario contacto, fuese por este medio corregida y no les resultara incómoda a causa de no haberse ejercitado como tenían por costumbre.

Así fue dirigido Gargantúa y continuó su plan diariamente, aprovechando, como comprenderéis que puede hacer un joven de su edad, dotado de buen sentido, con la representación de tales ejercicios, que aún cuando al principio le pareciesen difíciles o molestos, con la continuidad se le hicieron tan dulces, ligeros y deleitosos que más bien parecían pasatiempos de un rey que estudios de un escolar.

Sin embargo, Ponócrates, para no sostener continuamente esta tensión de espíritu, elegía todos los meses un día claro a Gentily, a Bolonia, a Montrouge, al puente de Charenton, a Vauves o a Saint-Cloud. Allí pasaban todo el día divirtiéndose todo lo que podían, bromeando, bebiendo, jugando, cantando y danzando, revolcándose en los prados, cazando pájaros y grillos y pescando ranas y cangrejos.

Pero aunque aquel día lo pasaban sin libros ni lecturas, no lo pasaban sin provecho, pues en aquellos hermosos prados recitaban los gratísimos versos de las poesías bucólicas de Virgilio, de Hesíodo, de Rustico y de Polityan; recitaban gratos epigramas en latín y los traducían a romances y baladas de la poética francesa.

Al banquetear, del vino aguado separaban el agua como enseña Catón *(De ré rust.)* y Plinio: con un cubilete de hiedra.

---

71 *Materia de monos verdes:* Cosas imaginarias.

Llevaban así el vino en un barreño de agua, lo recogían con un embudo y hacían correr agua de un vaso a otro y construían muchos juguetes automáticos, es decir, de los que se mueven por sí mismos.

Capítulo XXV

Cómo se produjo entre los pasteleros de Lerné y los del país de Gargantúa un gran debate, del que se derivaron grandes guerras

Iniciábase entonces la estación de las vendimias, en los comienzos de otoño, y los pastores de la comarca estaban dedicados a guardar las viñas para impedir que los estorninos se comiesen las uvas. Acertaron a pasar por allí los pasteleros de Lerné, que llevaban a París diez o doce cargas de tortas. Los pastores le requirieron cortésmente para que por su dinero y al precio usual les vendiesen algunas, porque son bocado celestial para el desayuno las uvas con algunos de estos pasteles tiernos, bien se trate de moscateles, de garnachas o de cualquiera otra clase de ellas, para quienes padecen de estreñimiento, pues les hace andar ligeros como flechas hasta el extremo de que muchas veces cuando se quieren peer se cagan, y por esto a dichos pasteles se los llama los médicos de los vendimiadores.

Lejos de acceder los pasteleros a la demanda los ultrajaron grandemente, llamándoles habladores, desdentados, negruchos, presumidos, holgazanes, catasalsas, barrigudos, fanfarrones, cobardes, rústicos, chalanes, galopines, tragapanes, pelaires, monos, dormilones, haraposos, tramposos, tontos, pobres diablos, bocazas, borrachones, destrozones, guardadores de mierda y dirigiéndoles otros muchos epítetos difamatorios, añadieron que ninguno de ellos era digno de comer pan de suelo[72] o borona.

72 *Pan de suelo:* Pan tirado diría la traducción literal. Muchos comentaristas aseguran que el autor con esta frase quiso decir piedras. Sin embargo, se sabe que los antiguos llamaban pan tirado al que se hace con la harina sin cocer, esto es, el pan integral de los naturistas contemporáneos.

A tal ultraje, uno llamado Forgier, hombre honrado y cuidadoso de su persona y notable bachiller, contestó dulcemente.

—¿De cuándo acá os han salido cuernos para que os mostréis tan bravos? Por Dios que muchas veces venís a ofrecérnoslos y ahora nos los rehusáis. Esto no es propio de buenos vecinos, y nosotros no os lo hacemos cuando venís aquí a comprar nuestro buen trigo, con el que hacéis vuestros pasteles y vuestras tortas; ahora mismo por su precio os hubiéramos vendido nuestras uvas; pero, por la mierda, que algún día os habéis de arrepentir cuando necesitéis comerciar con nosotros; entonces haremos como vosotros ahora, tenedlo presente.

Marquet, gran prioste de la cofradía de los pasteleros, le replicó:

—Verdaderamente que estás agrio esta mañana; sin duda anoche te hartaste de mijo. Ven, ven aquí; yo te daré mis tortas.

Forgier, cándidamente, se aproximó, sacando un onceno[73] de su faltriquera, en la creencia de que Marquet le vendería algunas de sus tortas; pero le cruzó las piernas con su látigo tan rudamente que le dejó los nudos señalados en ellas; después quiso huir; pero Forgier pidió auxilio a grandes voces y al mismo tiempo con un cayado que llevaba lo agarró por la juntura coronal de la cabeza sobre la arteria crotánica del lado derecho, de tal suerte que Marquet cayó de su jumento y más parecía muerto que vivo.

Mientras tanto, los campesinos que cerca de allí vareaban los nogales acudieron con sus garrotes, y como quien maja almorta apalearon a los torteros.

Los demás pastores y pastoras, al oír los gritos de Forgier, también acudieron con sus hondas y sus cayados y los persiguieron a pedradas tan copiosas, que aquello parecía una granizada.

Finalmente, les atacaron y les quitaron cuatro o cinco docenas de tortas, que les pagaron allí mismo al precio acostumbrado y les regalaron un ciento de nueces y tres cestos de uvas blancas.

73 *Onceno o gran blanco,* moneda que durante tiempo valió diez dineros y después fue elevado a once.

Luego los pasteleros ayudaron a montar a Marquet, que estaba herido de consideración, y volvieron a Lerné, sin proseguir el camino de Pareille, amenazando fieramente a los bueyeros, pastores y campesinos de Sivillé y de Sinays.

Campesinos y pastores se deleitaron con las tortas y con los más hermosos racimos y comenzaron a bailar al son de la cornamusa, burlándose de los vanidosos torteros, que habían tenido un mal encuentro a causa sin duda de haberse persignado con mala mano por la mañana.

Pusieron a Forgier cataplasmas de uvas en las piernas, le atendieron cuidadosamente y muy en breve estuvo curado.

Capítulo XXVI

Cómo los habitantes de Lerné, por disposición de su rey Picrochole, acometieron de improviso a los pastores de Grandgousier

Cuando llegaron los torteros a Lerné, rápidamente, antes de beber ni de comer, dirigiéronse al capitolio, y allí, ante su rey, llamado Picrochole, tercero de su nombre, expusieron su queja mostrando los cestos rotos, los bonetes apabullados, las ropas destrozadas y las tortas desechas, y presentando a Marquet gravemente herido y alegando que los daños habían sido causados por los labradores y los pastores de Grandgousier, junto al camino real de Sevillé.

El rey montó en cólera, y furioso, sin preguntar más, sin averiguar más, hizo publicar por todo el país bandos y llamamientos para que todos, bajo pena de horca, armados de todas armas, acudieran a la gran plaza delantera del castillo a la hora de mediodía.

Para confirmar mejor su empresa, hizo batir tambores alrededor de la villa, y él en persona, mientras le preparaban la comida, marchó a disponer que ajustasen la artillería, que desplegaran su insignia y su bandera y que se acopiasen grandes cantidades de municiones de boca y guerra.

Después de comer repartió las comisiones; por su decreto fue nombrado el señor Tripet para mandar, la vanguardia constituida por diez y seis mil catorce arcabuces y treinta mil once aventureros.

La artillería se encomendó al gran escudero Toucquedillon y estaba formada por novecientas catorce gruesas piezas de bronce:

cañones, dobles cañones, basiliscos, serpentinas, culebrillas, bombardas, porteros, pasavolantes, espirales y otras piezas.

La retaguardia se sometió al mando del duque Raquedenare.

En el centro se colocaron el rey y los príncipes del reino.

Así formados y dispuestos, antes de ponerse en camino, enviaron trescientos caballos ligeros dirigidos por el capitán Engoulevent para explorar el país y comprobar si había alguna emboscada en la comarca.

Poco después de haber rebuscado diligentemente, encontraron todo en paz y silencio, sin asambleas de ninguna clase.

Al saber esto Picrochole, dispuso que cada uno marchase con su bandera rápidamente.

Entonces, sin orden ni continencia, invadieron los campos destruyendo y devastando cuando encontraban a su paso, sin distinguir pobres ni ricos, vacas, toros, terneros, gallinas, capones, pollos, ocas, puercos y patos. Derribaban los árboles, vendimiaban las viñas, demolían los setos y se apoderaban de todos los frutos del campo en medio de un desorden incompatible.

No encontraban persona que les opusiera resistencia; si alguno se encomendaba a su gracia suplicando ser tratado con benevolencia, en consideración a que siempre han sido buenos vecinos y amigos y que jamás cometieron excesos ni ultrajes, por los que merecieran ser vejados de aquel modo, por lo que Dios los castigaría en breve, nada contestaban, sino que querían enseñarles a comer tortas.

Capítulo XXVII

Cómo un monje de Sevillé salvó el claustro de la abadía del saqueo de los enemigos

Rompiendo y tronchando y ladroneando, llegaron a Sevillé y allí atropellaron hombres y mujeres, y cargaron con cuanto pudieron. Nada encontraron demasiado caliente ni demasiado pesado.

Aunque por entonces había peste en la mayoría de las casas, entraron en todas, lo registraron todo, se llevaron lo que quisieron y ninguno se contagió, cosa maravillosa, porque los curas, vicarios, predicadores, médicos, cirujanos y boticarios que iban a visitar, predicar y amonestar a los enfermos, todos habían muerto de infección, y en cambio aquellos diablos destrozadores y ladrones salieron, como digo, ilesos. ¿A qué se debió esto, señores? Yo les ruego que penséis en ello.

Saqueada la ciudad se marcharon a la abadía en horrible tumulto; pero la encontraron cerrada y atracada; entonces el grueso de la fuerza se marchó al vado de Veda, quedaron sólo siete banderas de infantería y doscientos lanceros que rompieron las murallas del claustro para hacer allí su vendimia.

Los pobres diablos de los monjes no sabían a cuál de sus santos encomendarse. Por toda determinación tocaron *ad capitulum capitulantes* y acordaron hacer una bella procesión, entonando hermosas preces *contra hostiam insidiam* y sonoros responsos *pro pace*.

Había por entonces en el convento un monje claustrado, el hermano Juan de los Entomeures,[74] joven, gallardo, fresco, alto, ambidextro, sonriente, determinado, musculoso, con buena sotabarba, con buena nariz, gran despachador de horas, gran desbriznador de misas, gran descortezador de vigilias, para decirlo pronto, verdadero monje, si esto puede ser después de que el mundo monjeando se monjeó de los monjerías; en cuanto a lo demás, clérigo hasta los dientes, sobre todo manejando el «breviario».

Oyó el ruido que hacían los enemigos en la viña del convento y salió a enterarse. Al observar que también saqueaban la despensa en donde tenían el vino para todo el año y las demás provisiones, volvió desolado al coro de la iglesia, en donde estaban los demás monjes en sus rezos, aturdidos como fundidores de campanas, y al oírlos cantar «im-impe-e-e-e-e-e-trum-um-in-i-mi-co-o-o-o-o-o-rum-sun», les dijo.

—¡Bien, bien cagado! ¡Bien cantado! ¿Por qué no cantáis «Adiós nuestros manjares, adiós nuestras vendimias»? ¡Que me lleve el diablo si ya no está en nuestro claustro! ¡Por Dios, que además de los racimos han cortado las cepas y nos han condenado para más de cuatro años a jarabe de ranas! ¡Por el vientre de san Jacobo! ¿Qué vamos a beber, pobres diablos de nosotros? ¡Señor Dios, *da mihi potum!*

Entonces dijo el prior claustral:

—¿Qué tiene aquel borracho? ¡Llevadlo a un calabozo por haber venido a interrumpir el servicio divino!

—¡El servicio «di vino»! Hagamos todos porque no sea turbado, porque vos mismo, señor prior, gustáis de beber de lo bueno como todo hombre de bien. Jamás el hombre noble aborreció el buen vino. Este es un apotegma monacal. Por Dios que esos responsos que cantáis ahora no están en sazón. ¿Por qué son cortos vuestros rezos en los tiempos de la siega y de la vendimia y largos en el invierno? El hermano Macé Pelose, de gratísima memoria, verdadero celador de nuestra religión (o que el diablo

74 *Entomeures: De entamer,* comenzar a romper. El que corta en pedazos. El propio hermano Juan en el capítulo LXVI del libro V, habla de hacerle *entomeures* el cerebro a un personaje. Se pretende que en este tipo ha querido representar el autor el cardenal de Lorena.

me lleve), me dijo muchas veces, lo recuerdo bien, que en esta estación debíamos recolectar la uva y hacer el vino y en invierno bebérnoslo. Escuchad, señores, los que amáis el vino, la sangre de Dios: que me abrase el fuego de san Antonio[75] si no nos están dejando sin vino y hasta sin viñas. ¡Por el vientre de Dios! ¡Los bienes de la iglesia! ¡No, diablo, no! Santo Tomás el inglés[76] quiso morir por ellos, y si yo por ellos muero, seré tanto como él. Pero no quiero morir. No moriré. Mataré a los demás.

Al decir esto, tiró al suelo sus hábitos y agarró el palo de la cruz, que era de corazón de serbal, largo como una lanza y redondo, labrado de flores de lis ya borrosas. Y así salió flotando el sayo y puesto de escarapela su escapulario. Con el palo de la cruz cayó bruscamente sobre los enemigos que, sin orden, ni banderas, ni trompetas, ni tambores, talaban la viña del convento, porque los portaguiones y los portaenseñas habían dejado sus guiones y sus enseñas junto al muro. Los tamborileros habían roto la piel de sus tambores por un lado para llenarlos de racimos y las trompetas estaban también llenas de granos. Cada uno estaba en su faena.

Cayó rudamente sobre ellos sin decir palabra y los apaleó como a puercos, sacudiendo por derecho y al través con arreglo a la vieja esgrima. A unos les rompía el cráneo, a otros los brazos o las piernas, a otros les dislocaba los espondillos del cuello, a otros les molía los riñones, les hundía la nariz, les sepultaba los ojos, les hendía las mandíbulas, les hacía tragarse los dientes, les descoyuntaba los omoplatos, les tronchaba las rodillas, les partía la pelvis o les fracturaba las muñecas. Si alguno trataba de esconderse entre los setos le asestaba un palo a lo largo de la espalda y lo deslomaba como a un perro.

Si alguno trataba de salvarse huyendo, le hacía volar en piezas la cabeza partiéndosela por la comisura lamboidea.

---

75 *El fuego de San Antonio* era una erupción herpética, endémica en aquel tiempo, que atacaba a la parte interior de las piernas. Las gentes crédulas la reputaban como un castigo enviado por dicho santo.

76 *Santo Tomás el inglés:* Tomás Becket, arzobispo de Canterbury.

Si alguno trataba de huir trepando a un árbol, cuando se creía más seguro le metía el palo por el «fundamento».

Si alguno de su pueblo lo conocía y le gritaba: «¡Hermano Juan, amigo mío, me rindo, me rindo!», le contestaba: «No tienes más remedio, pero antes entregarás tu alma a los diablos», y seguía dándole golpes.

Si alguno, con extraordinaria temeridad, quería hacerle frente, allí mostraba él la fuerza de sus músculos, porque le tras-
pasaba el pecho por el mediastino y por el corazón. A otros, atacándoles por las costillas falsas, les subvertía el estómago y morían de repente, y a otros los golpeaba tan fieramente por el ombligo que les echaba fuera las tripas. A otros les retorcía los testículos y les arrancaba la morcilla cular.

Creed que jamás se ha visto espectáculo tan horrible.

Unos clamaban por santa Bárbara, otros por san Jorge, otros por santa Nituche, otros por nuestra señora de Cunault de Loreto, de la Buena Nueva, de Genou o de Revière. Los unos se ofrecían a Santiago, los otros al santo sudario de Chambery (pero como se había quemado tres meses antes, no podía salvar ni una brizna), otros a Cadonín, otros a san Juan de Angely, otros a san Eutropio de Xaintes, a san Mesure de Chinon, a san Martín de Caudes, a san Clodoveo de Sinay, a las reliquias de Lovrezay y a otros muchos santirulicos. Unos morían sin hablar y otros hablaban sin morir. Unos se morían hablando y otros hablaban muriendo. Otros gritaban: «¡Confesión, confesión! *Confitior: Miserere. In maus.»* Tan grande era el griterío de los heridos, que acudieron el prior de la abadía y todos los monjes, y cuando vieron aquellas pobres gentes, tendidas entre la viña y heridas de muerte, confesaron a los que pudieron. Pero mientras los presbíteros se entretenían en confesar, los legos corrieron a preguntar al hermano Juan si quería que le ayudasen, a lo que les contestó que «desgorguetaran» a los que estaban en tierra. Y dejando sus amplias capas colgadas de una parra cercana, comenzaron a desgorguetar y a rematar a los que ya estaban medio muertos.

¿Sabéis con qué herramienta? Pues con unos lindos cuchillitos que llevan los niños de nuestro país para partir las nueces.

Después, sin abandonar el palo de la cruz, se dirigió a la brecha que habían abierto los enemigos. Algunos legos y novicios se llevaron las banderas a sus celdas para hacerse ligas. Y cuando algunos de los que se habían confesado quisieron salir por la brecha, el hermano Juan los molió a golpes, diciéndoles:

—Los que se han confesado y arrepentido ya ganaron la salvación y deben ir al paraíso derechos como una hoz y como el camino de Faye.

Así, por su proeza, fueron aniquilados todos los del ejército que entró en el claustro, hasta el número de trece mil seiscientos veintidós, sin contar niños ni mujeres, como se hace siempre.

Jamás el eremita Mangis se portó tan valientemente contra los sarracenos, según está escrito en las gestas de los cuatro jóvenes de Arymon, como el hermano Juan con el palo de la cruz.

Capítulo XXVIII

Cómo Picrochole tomó por asalto la Roche-Clermauld y la pena y las dificultades que sufrió Grandgousier al emprender la guerra

Mientras el monje se batía, como hemos dicho, contra todos los que habían entrado en el claustro, Picrochole, desplegando una gran actividad, pasó el vado de Vede con sus gentes y asaltó la Roche-Clermauld, que ninguna resistencia le opuso; como ya era de noche, determinó alojarse allí con sus tropas y dar un poco de paz a su cólera primitiva.

De mañana tomó por asalto los caminos y el castillo y los fortificó bien, aprovisionándolos con las municiones requisadas, proponiéndose hacer allí su centro de resistencia si le atacaban, pues era una plaza fuerte, merced a la naturaleza y al arte, a causa de su situación topográfica.

Dejémoslos ahora allí y volvamos a nuestro buen Gargantúa, que sigue en París, muy entregado al estudio de las buenas letras y a sus ejercicios atléticos, y al excelente viejo Grandgousier, su padre, que después de cenar se calienta los cojones junto a una resplandeciente llamarada, mientras asa castañas, para lo que tiene adscripto al fogón un palo chamuscado por una punta, con el que escarba las brasas, y relata a su mujer y a su familia cuentos de tiempo viejo.

Uno de los pastores que racimaban las viñas, llamado Pillot, llegó hasta él apresurado y le contó puntualmente los excesos y las rapiñas de Picrochole, rey de Lerné, en las tierras de sus dominios, y cómo había devastado y saqueado y robado en todo el país, excepto en la abadía de Sevillé, que el hermano Juan de los Entomeures había salvado para honor suyo; y que al presente

estaba dicho rey en la Roche-Clermauld acuartelado con todas sus fuerzas.

—¡Hola, hola! —exclamó Grandgousier—. ¿Qué es esto, buenas gentes? ¿Estoy soñando o es verdad lo que me dicen? ¡Picrochole, mi gran amigo de todos los tiempos, de raza y de alianza, viene a asaltarme! ¡Quién lo mueve? ¿Quién lo empuja? ¿Quién lo conduce? ¿Quién le aconsejó de este modo? ¡Oh, oh, oh, oh! ¡Dios mío, mi salvador, ayúdame, inspírame, dime lo que debo hacer! Ante ti protesto y juro que siempre procuré no desagradarle, ni a sus gentes hice daño, ni sus tierras invadí. Al contrario, lo he socorrido con soldados, con dinero, con favores y consejos, siempre que se vio en necesidad. El que de esa manera me haya ultrajado ahora, no puede menos de ser obra de espíritu maligno. Buen Dios, tú conoces mi valor, porque para ti nada puede estar oculto. Si acaso se hubiera vuelto loco, y me has elegido para rehabilitar su cerebro, dame poder y saber para volverlo al grupo de tu santa voluntad por buena disciplina. ¡Oh, oh, oh! Mis buenas gentes, amigos míos y fieles servidores, ¡será preciso el que os ruegue que me ayudéis? Ya mi vejez sólo pide reposo, y durante toda mi vida no he procurado más que la paz, pero ahora es preciso, bien claro lo veo, que cargue con el arnés mi pobre espalda, cansada y débil, y en mi temblorosa mano tome la lanza y la maza para socorrer y garantizar a mis pobres súbditos. La razón lo quiere así, puesto que de su trabajo me sustento y de su sudor vivimos no sólo yo, sino mis hijos y mis deudos. No obstante, no emprenderé la guerra sin haber ensayado antes todas las artes y todos los medios para obtener la paz. Así lo resuelvo.

Hizo entonces convocar su consejo y le propuso el conflicto tal y como era. Y acordaron enviar algún hombre prudente junto a Picrochole para saber de él por qué había abandonado tan repentinamente su reposo, invadiendo tierras sobre las que ningún derecho tenía. Se acordó también llamar a Gargantúa y a su séquito para la defensa del país en caso necesario.

Los acuerdos satisficieron a Grandgousier y mandó que al punto se cumplieran. Envió a su lacayo a buscar inmediatamente a Gargantúa y le dirigió la carta que sigue.

Capítulo XXIX

Contenido de la carta que Grandgousier escribió a Gargantúa

«El fervor de tus estudios exigía que durante largo tiempo no interrumpiera yo tu filosófico reposo, si el comportamiento de nuestros amigos y antiguos confederados no hubiera venido a frustrar la tranquilidad de mi vejez. Pero, puesto que tal es mi fatal destino y por ello me veo inquietado, aunque el hacerlo así me repugne, es fuerza que te llame para que vengas en compañía de los que por derecho natural te obedecen. Así como son débiles las armas por fuera cuando la cordura no las guía desde el cerebro, vano es también el estudio cuando no se practica en tiempo oportuno, no se hace con voluntad y no se dirige a su objeto verdadero.

»Mi determinación no es provocar, sino apaciguar; no es desafiar, sino defender; no es conquistar, sino guardar a mis fieles súbditos y mis tierras hereditarias, en las que ha entrado Picrochole hostilmente sin causa ni ocasión; y de día en día aumenta su furiosa guerra, con excesos no tolerables entre gente noble.

»Obligado a hacer lo posible para moderar su cólera tiránica, le he ofrecido todo lo que a mi entender pudiera serle grato; muchas veces le he enviado a preguntar afablemente de qué, por quién y en qué forma se sentía ultrajado; pero en respuesta no he obtenido más que provocaciones y la certeza de que en mi reino sólo pretende el derecho de botín. De aquí deduzco que Dios eterno lo ha dejado de su mano, encomendado al timón de su propio albedrío y su propio sentido, que no pueden sugerir más que perversidades cuando la gracia divina no los guía continuamente; y para reducirlo a la calma y devolverle su conocimiento me lo envía en provocadora actitud.

»Por tanto, mi querido hijo, cuando recibas esta carta, y lo antes que puedas, vuelve diligente a socorrer, no tanto a mí, que éste, por la piedad filial, es naturalmente tu deber, como a los tuyos, a quienes por derecho debes guardar y salvar. Realizaremos la hazaña procurando la menor efusión de sangre, y si es posible, por medio de ingeniosos expedientes, cautelosas prevenciones y ardides de guerra, salvaremos a todos nuestros soldados y los reintegraremos gloriosos a sus hogares.

»Queridísimo hijo: la paz de Cristo nuestro redentor sea contigo. Saluda a Ponócrates, Gymnasta y Eudemón en mi nombre. Veinte de septiembre. Tu padre, Grandgousier».

Capítulo XXX

Cómo Ulrich Guallet fue enviado ante Picrochole

Firmadas y escritas las cartas, Grandgousier dispuso que Ulrich Guallet, jefe de su secretaría, hombre discreto y sabio, de quien en diversos y difíciles asuntos se había servido probando así sus virtudes y su buen sentido, fuese ante Picrochole para notificarle los acuerdos tomados. En seguida partió el buen Guallet, y cuando hubo vadeado el río encontró un molinero del reino de Picrochole, quien le dijo que sus paisanos no habían dejado con vida ni gallina, ni gallo, y a la sazón estaban encerrados en la Roche-Clermauld; que le aconsejaba no pasara adelante por miedo a las patrullas, cuyo furor era inaudito; todo lo creyó sin escrúpulos y pernoctó con el molinero.

De madrugada llegó con una trompeta a la puerta del castillo y pidió a los guardias que le guiasen a la presencia del rey, con quien tenía que hablar en provecho de todos.

No consiguió que le abrieran la puerta; pero Picrochole se asomó por entre las almenas, y dijo al embajador:

—¿Qué hay de nuevo? ¿Qué queréis decirme? Entonces Guallet habló como se transcribe en el capítulo siguiente.

Capítulo XXXI

La arenga que Gaullet dirigió a Picrochole

—Nada hay para los hombres tan doloroso como recibir directamente, de donde esperan gracia y benevolencia, enojos y agravios. Sin causa y sin razón, muchos caéis sobre nosotros, sometiéndonos a indignidades menos tolerables que la muerte, y sin apelar al ingenio, si algo teníais que corregir, sembráis por todas partes unas y otras. En atención a esto, no es maravilla que el rey Grandgousier, mi amo, se haya puesto furioso y resueltamente hostil contra ti, esté a estas horas lleno de disgusto y tenga perturbado su entendimiento. Maravilla sería el que no se le hubieran soliviantado los excesos incomparables que en sus tierras y sus súbditos tú y los tuyos habéis cometido, en ellos no habéis omitido ningún ejemplo de inhumanidad, pues ya sabes que él es por su natural afable, y ha profesado a los tuyos siempre tan cordial afecto como de ello no hay ejemplo entre los mortales. Es para él mucho más desagradable el entuerto que tú y los tuyos habéis cometido, porque desde muy antiguo, desde tiempo inmemorial, tuvisteis tú y tus padres, con él y sus antecesores, gran amistad y permanente alianza que, hasta estos momentos, como sagrada de los dos habéis inviolablemente mantenido, defendido y sostenido, hasta el extremo de que, no ya él ni los tuyos, sino hasta las naciones bárbaras de Pitou, Bretaña, islas canarienses e isabelinas, hubieran considerado mucho más fácil demoler el firmamento que romper vuestra alianza, tan afirmada y reconocida en las guerras, que nadie hubiera osado provocar, irritar ni agraviar al uno por miedo al otro. Hay más: esta alianza sagrada tanto se ha extendido por la tierra, que hoy son contados los que

gobiernan el continente y las islas del océano, y no han aspirado ambiciosamente a ser recibidos en ella, sometiéndose a cuantas condiciones les impusierais, pues estimaban más vuestra confederación que sus dominios; de modo que, desde los tiempos más remotos, no ha habido príncipe ni ejército que haya osado pisar sobre, no diré vuestras tierras, sino todas las de vuestros aliados. Y si con notoria imprevisión atentaron contra alguien y llegó a sus oídos el nombre de vuestra alianza repentinamente desistieron 111
de su intento. ¿Qué furor, pues, te impulsa ahora para romper toda amistad, conculcar toda alianza, transgredir todo derecho y allanar sus tierras hostilmente sin haber sido provocado, irritado ni agraviado por él ni los suyos en lo más mínimo? ¿Dónde está el furor? ¿Dónde está la ley? ¿Dónde está la razón? ¡Dónde está el temor de Dios? ¿Crees acaso que esos ultrajes puede perdonarlos a tu alma el Dios soberano, que es el más justo director de nuestras empresas? Sí así lo crees, te engañas, porque todas las cosas han de ser sometidas a su justo juicio. ¿Son los fatales destinos o la influencia de los astros quienes han querido poner fin a tus satisfacciones y a tu reposo? Así tiene todo el mundo su fin y su término. Cuando las cosas llegan a su tiempo superlativo, se vienen abajo en ruinas, porque en tal estado no pueden permanecer mucho tiempo. Este es el fin también de aquellos cuya fortuna y prosperidad no moderan y sostienen la razón y la templanza. Pero si el sino la había dispuesto así y terminó poner fin a tu tranquilidad, ¿debía ser incomodando a mi rey, por quien tú estás sostenido? Si tu casa debía hundirse, ¿era preciso que cayera sobre las que estaban junto a ella y la habían adornado? La cosa está tan fuera de los dictados de la razón, es tan contraria al sentido común, que ningún entendimiento humano hubiera podido concebirla, y hasta a los extranjeros, cuyo salvajismo está probado y testimoniado, es fácil hacer comprender que nada puede ser sagrado ni santo en aquellos que se han emancipado de Dios y de la razón para seguir sus instintos perversos. Si algún desafuero habíamos cometido en tus súbditos o dominios, si hubiéramos dado lugar a la expansión de tus iras, si en tus apuros no te hubiéramos socorrido, si habíamos ofendido

tu honor o tu nombre, o, para mejor decir, si el espíritu calumniador ha tenido por maligno deseo tentarte, y con falaces especies y fantasmas deslumbrantes ha hecho cosa indigna de vuestra inveterada amistad, primero debías haber esclarecido la verdad y después dirigirnos tus amonestaciones. Entonces, nosotros te hubiéramos dado toda clase de satisfacciones hasta contentarte. Pero, ¡Oh Dios eterno! ¿Cuál es tu propósito? ¿Quieres acaso, como pérfido tirano, robar y devastar el reino de mi amo y señor? ¿Lo has juzgado tan ignaro y estúpido que no habría de oponerse? ¿Tan falto de hombres, dinero, razón y arte militar, que no pudiera resistir tus inicuos asaltos? Sal de aquí ahora mismo, y durante todo el día de mañana reingresa en tus tierras sin provocar tumulto ni hacer fuerza por el camino, y paga mil onzas de oro por el daño que has hecho. La mitad pagarás mañana mismo; la otra mitad para los idus de mayo próximo. Nosotros encomendamos esta pendencia al arbitraje de los duques de Tournemoule, Basdefessos y de Menuali, el príncipe de Gratelles y el vizconde de Morphiaille.

Capítulo XXXII

Grandgousier, para procurar la paz, hace devolver las tortas

Dicho lo que antecede, se calló el bueno de Guallet; pero Picrochole, a todas sus frases, sólo contestaba:

—¡Venidnos a buscar! ¡Venidnos a buscar! Tienen hermosos y gordos testículos y os embraguetarán las tortas.

En vista de esto, volvió a casa de Grandgousier, al que encontró con la cabeza descubierta y de rodillas en su gabinete sobre un cojín, rogando a Dios que aplacase la cólera de Picrochole y le volviera a la razón sin tener que hacer uso de la fuerza. Cuando vio de vuelta al embajador le preguntó:

—¡Ay, mi amigo! ¡Mi buen amigo! ¿Qué nuevas me traéis?

—No hay medio —dijo Guallet—. Ese hombre ha perdido el juicio y está abandonado de Dios.

—Veamos. ¿En qué funda sus excesos?

—Ninguna causa me ha expuesto, sólo entendí que en medio de su cólera hablaba de tortas. No sé si habrán recibido algún ultraje sus pasteleros.

—Quiero enterarme bien antes de disponer lo que ha de hacerse.

Y mandó indagar lo que de este asunto hubiera, llegando a saber que se les habían tomado por la fuerza a sus gentes algunas tortas, y que Marquet había recibido un garrotazo en la cabeza, si bien habían pagado religiosamente la mercancía, y el mismo Marquet había herido antes a Forgier en las piernas. El consejo acordó que procedía ponerse sobre las armas.

—Sin embargo —dijo Grandgousier—, puesto que sólo es cuestión de unas tortas, probaré a contentarle, porque me desagrada mucho emprender la guerra.

Preguntó que cuántas tortas habían cogido y le dijeron que cuatro o cinco docenas, entonces mandó que aquella misma noche se hiciesen cinco carretas de ellas, una con buena manteca de vaca, almendras, dulces, azafrán y especias, para Marquet; de su bolsillo particular le enviaba también setecientos mil y tres filipos de oro para indemnizarle y además le concedía el aprovechamiento de la Pomardière a perpetuidad y libre de cargas para él y los suyos.

Para conducirlo todo fue designado Gualllet, quien por el camino, antes de llegar a la Saucera, hizo cortar muchos ramos de hiedra y olivo, que se colocaron sobre las carretas y en manos de los carreteros; él mismo tomó uno, para dar a entender por este medio que no querían más que paz y que iban a tratar de ella.

Llegados a la puerta, manifestaron que querían hablar a Picrochole de parte de Grandgousier. Picrochole no quiso dejarles entrar, ni salir a hablar con ellos, y les mandó a decir que se entendieran con el capitán Toucquedillon, que estaba afustando un cañón sobre las murallas. Gualllet le dijo:

—Señor, para evitar esta contienda y para que, vencida toda esta excusa, volvamos a nuestra inveterada alianza, os traemos aquí las tortas que son objeto del disgusto. Cinco docenas tomaron nuestras gentes y las pagaron bien; nosotros deseamos tanto la paz, que os traemos cinco carretas, de las cuales ésta será para Marquet, el más ofendido. Además; para satisfacerle por completo, he aquí setecientos mil y tres filipos de oro que le regalamos, y por si alguno más deseara, yo le entrego el aprovechamiento de la Pomardière a perpetuidad y libre de cargas para él y los suyos, según la escritura de donación que aquí traigo. Vivamos, por Dios, en paz en lo sucesivo; retiraos tranquilamente a vuestras tierras, cedednos esta plaza, sobre la que, como comprenderéis, no tenéis ningún derecho, y tan amigos como antes.

Toucquedillon dio cuenta de la embajada a Picrochole, y éste se enfureció más todavía.

—Estos rústicos —dijo el capitán— tienen mucho miedo. Grandgousier, el pobre bebedor, se asusta; no es su arte el de la guerra, sino el de vaciar botellas. Soy de opinión de que tomemos el dinero y las tortas; en cuanto a lo demás, nos sostendremos aquí y proseguiremos nuestra fortuna. ¿Piensan acaso engañarnos con la pasta de sus tortas? El buen trato y la buena amistad que siempre les hemos dispensado no lo quieren pagar con un obsequio tan despreciable. Acariciad al villano, y os pegará; pegadle, y os acariciará.

—Eso, eso es, —dijo Picrochole—. ¡Por san Jacobo que ha hecho lo que vos decís!

—De una cosa debo advertiros: estamos muy escasos de provisiones de boca; si Grandgousier nos sitiara, me haría arrancar todos los dientes, excepto tres, y lo mismo debíais hacer vos y todos los nuestros, porque con ellos tendríamos bastante para comer lo que nos queda.

—Tenemos demasiado. ¿Estamos aquí para comer o para batallar?

—Para batallar, ciertamente; pero de la panza sale la danza, y en donde el hambre reina, la fuerza huye.

—Tanto mejor para tomar lo que me han traído.

Dicho esto, tomaron el dinero, las tortas, los bueyes y las carretas, y los despidieron, sin decirles otra cosa sino que se retirasen y otro día les enterarían de su resolución.

Entonces, sin protestar, el embajador y sus acompañantes volvieron a Grandgousier y le contaron lo ocurrido, añadiendo que no les veían inclinados a la paz, sino, por el contrario, a una guerra viva y fuerte.

Capítulo XXXIII

Cómo algunos gobernadores de Picrochole, por consejo precipitado, le pusieron en gran peligro

Luego de haberse comido las tortas, comparecieron ante Picrochole el duque de Menuail, el conde Espadachín y el capitán Mardaille, y le dijeron:

—*Ciro*,[77] desde hoy los tenemos por el más feliz y el más caballeroso príncipe que ha nacido después de la muerte de Alejandro macedónico.

—Cubríos, cubríos —dijo Picrochole.

—¡Gran honor! cumplimos con nuestro deber, *ciro*. Debemos permanecer cubiertos. Dejaréis aquí a cualquier capitán con unos pocos hombres para guardar la plaza que nos parece bastante fuerte, tanto por su situación natural, como por las obras que bajo vuestra dirección se han hecho. Dividiremos en dos partes vuestra fuerza. Una irá a rodar sobre Grandgousier y sus gentes, que serán arrollados a la primera acometida. La cargaréis de plata, porque el villano en ella cifra todo su contento. Villano decimos porque un noble nunca tiene un solo sueldo. Atesorar es tarea de villanos. La otra parte marchará hacia Gascuña, Onay, Angomois, Sainetonge, junto a Perigord, Medoc y Eslannes. Sin resistencia, tomará villas, castillos y fortalezas. En Bayona, san Juan de Luz y Fuenterrabía, se apoderará de todos los navíos, y costeando Galicia y Portugal, saqueará todos los lugares marítimos, hasta Lisboa, en donde se proveerán de todo el equipaje, necesario a un conquistador. España

77 *Ciro:* Unas ediciones dicen *ciro* y otras *sire*. En las dos formas era el tratamiento que se daba a los soberanos de aquel tiempo.

se rendirá en seguida, porque allí no hay más que moros. Pasaréis por el estrecho de Sevilla, y allí erigiréis dos columnas más magníficas que las de Hércules para perpetua memoria de vuestro nombre, y se llamará el estrecho del mar Picrocholino.

Pasado el mar Picrocholino, encontraréis a Barbarroja, que se rendirá vuestro esclavo.

—Lo tendré a gran honra.

—Perdonadle la vida, si se deja bautizar. Después atacaréis los recintos de Túnez, Argelia, Cinera, Hippés y Bone; a continuación toda la Berbería, y luego ya tendréis en vuestra mano Mallorca, Menorca, Cerdeña, Córcega y otras islas, Ligusticas y Baleares; cortando a la izquierda, dominaréis toda la Galia narbónica, Provenza, Allabrogues, Génova, Florencia, Luca, y con Dios quede Roma. El pobre señor papa se morirá de miedo.

—Por mi fe que besaré la sandalia.

—Y en Italia, he aquí Nápoles, Calabria y Sicilia, todas saqueadas, así como Malta. Quisiera que los simpáticos caballeros llamados rodienses os chistasen, para beber de sus orines.

—Yo iría de buena gana a Loreto.

—Nada, nada; eso a la vuelta. Antes tomaremos Gandía, Chipre, Rodas y las islas Cícladas, y caeremos sobre Morea y la haremos nuestra. Dios guarde a Jerusalén, porque el soldán no es nadie ante vuestro poderío.

—Entonces podré reconstruir el templo de Salomón.

—No; esperad un poco: nunca seáis precipitado en ninguna de vuestras empresas. ¿Sabéis lo que decía Octavio Augusto? *Festina lente.* Os conviene primero tomar Asia Menor, Carye, Lidia, Persia y demás pueblos, hasta el Éufrates.

—¿Veremos Babilonia y el monte Sinaí?

—No. ¿Qué necesidad hay por ahora? ¿No estáis cansado después de atravesar el mar Hircano, las dos Armenias y las tres Arabias, pétrea, feliz y desierta.

—A fe mía que estamos fatigados. ¡Ay, pobres gentes!

—¿Por qué?

—¿Qué vamos a beber en el desierto? Porque Juliano Augusto y su ejército murieron allí de sed, según se cuenta.

—Lo hemos previsto todo: en el mar de Siria tenéis nueve mil catorce grandes navíos cargados de los mejores vinos del mundo, que llegarán a Iaffa; allí hay veintidós-cientos mil camellos y mil seiscientos elefantes cogidos en la cacería alrededor de Sigcilmes. Desde que entréis en Libia hasta que lleguéis a La Meca, ¿os proveerán del vino suficiente?

—¡Claro que sí! Pero no lo beberemos fresco.

—Nada más que por virtud del más pequeño pecado, un valiente, un conquistador, un aspirante al imperio del universo, puede no disfrutar de todas sus comodidades. Alabado sea Dios de que sanos y salvos hayáis llegado vos y vuestras gentes hasta las riberas del Tigris!

—¡Y qué hace mientras tanto la parte de nuestro ejército que marchó contra ese villano borracho de Grandgousier?

—No huelgan todavía; los encontramos a la vuelta. Os han conquistado Bretaña, Normandía, Flandes, Brabante, Artois, Holanda y Zelanda. Han pasado el Rin sobre el vientre de suizos y lansquenetes; han tomado Luxemburgo, Lorena, Champaigne y Saboya hasta Lyon; en cuyo lugar han encontrado a vuestras guarniciones que volvían de las conquistas navales del Mediterráneo y se han detenido en Bohemia luego de haber saqueado Soneve, Wiltemberg, Vannieres, Australia, Morvia y Stirge. Después han caído fieramente juntos sobre Lubek, Noruega, Suecia, Rich, Dace, Gothie y Groenlandia. Hecho esto, conquistaron las islas Orchades, Escocia, Inglaterra e Irlanda. Luego Prusia, Polonia, Lituania, Rusia, Valaquia, Transilvania, Hungría, Bulgaria y Turquía, y están en Constantinopla.

—Entonces vamos a escape con ellos, porque quiero ser emperador de Trebisonda.

—¿No mataremos todos esos perros turcos y mahometanos? ¿Qué diablos haríamos entonces? Es preciso matarlos y dar sus tierras a los que os han servido fielmente.

—Ésa es la razón, así lo quiero; ésta es la equidad. Os doy la Cerdeña, Siria y toda la Palestina.

—¡Ah, *ciro!* Sois muy bueno; ésa es una gran merced. Dios os hará prosperar continuamente.

Allí estaba con ellos un viejo gentilhombre, gran guerrero, de valor probado en diversas hazañas, llamado Echephron, el que, oyendo lo que hablaban, dijo:

—Yo tengo gran temor de que con esta empresa suceda lo que con el cacharro de leche, con el cual un zapatero se iba a hacer rico en poco tiempo: al momento se le rompió el cacharro y aquel día no tuvo qué almorzar. ¿Cómo hemos de hacer esas conquistas? ¿Cuál será el resultado de tantos viajes y travesías?

—Será —dijo Picrochole— que volveremos y reposaremos sobre nuestra gloria.

—¿Y si no volviéramos? Porque el viaje es largo y peligroso. ¿No sería mejor que descansáramos ahora sin meternos en esos azares?

—¡Oh! —dijo Espadachín—. He aquí un ser despreciable. Por su voto nos acostaríamos junto a la chimenea y allí pasaríamos con las damas nuestra vida y nuestro tiempo, ensartando perlas o hilando como Sardanápalo. Quien no se aventura, no tendrá caballo ni mula, como dijo Salomón.

—Pero «quien a mucho se aventura —le interrumpió Echephron—, pierde caballo y mula», como contestó Malón al sabio.

—Basta —objetó Picrochole—, pasemos a otra cosa: yo no pienso más que en esas endiabladas legiones de Grandgousier. ¿Y si mientras estamos en Mesopotamia nos pican la retaguardia, qué hacemos?

—Muy bien —contestó Merdaille—; una hermosa y pequeña comisión que enviaréis a los moscovitas, pondrá en un momento a vuestras órdenes cuatrocientos cincuenta mil combatientes elegidos; si me hacéis para con ellos vuestro lugarteniente, mataré cuanto encuentre a mi paso. Para matar, pinchar, golpear, atrapar, confundir y reinar, yo.

—Bien bien, —exclamó Picrochole, a quien todo le parecía de perlas—; el que me quiera, que me siga.[78]

78 Para los pueblos y lugares que actualmente no llevan estos nombres, véase el Diccionario rabelesiano.

Capítulo XXXIV

Cómo Gargantúa dejó la villa de París para socorrer a los suyos y cómo Gymnasta encontró a los enemigos

Gargantúa salió de París en el mismo momento en que leyó la carta de su padre; había pasado ya el puente de Nonnain, montado en su enorme borrica y acompañando de Ponócrates, Gymnasta y Eudemón, que habían tomado caballos de posta; el resto de su tren venía en jornadas ligeras, trayendo sus libros y sus instrumentos filosóficos. Cuando llegó a Parillé, le advirtió el arrendatario de Guouguet que Picrochole había tomado con un gran ejército la Roche Clemault y había enviado al capitán Tripet a asaltar el bosque de Vede y a Vaugaudri; que en ellos había corrido la pólvora hasta el lagar de Billard y su situación era muy difícil, pues los excesos que cometían en el país les infundían tal miedo, que no sabían qué hacer ni qué decir.

Ponócrates les aconsejó que acudieran al señor de la Vauguyón, que siempre había sido su amigo y aliado, y los enteraría bien de todos los asuntos. Hiciéronlo así y lo encontraron con muy buenos deseos y dispuesto a todo. Ordenó en seguida que algunas de sus gentes recorrieran el país a fin de ver la situación del enemigo y proceder como fuera más conveniente. Gymnasta se ofreció a ir, pero se acordó, para mejor resultado, que llevara a su lado prácticos que conocieran los bosques, revueltas y riberas de la comarca.

Al punto marcharon él y Prelinguand, escudero de Vauguyón, y sin peligro espiaron por todas partes. Mientras tanto, Gargantúa se repantingó y descansó un poco con su gente haciendo que dieran

a su borrica un piensecillo de avena, esto es, setenta y cuatro moyos y tres fanegas.

Tanto cabalgaron Gymnasta y su acompañante, que encontraron a los enemigos esparcidos, en desorden y devastando y saqueando todo lo que podían; tan pronto como los vieron cayeron sobre ellos a la desbandada para destrozarlos, y Gymnasta les gritó compungido:

—¡Señores, yo soy un pobre diablo y os suplico tengáis compasión de mí; todavía tengo un escudo y nos lo beberemos porque es *aurum potabile;* además venderemos mi caballo para pagaros mi bienvenida; hecho esto, retenedme entre vosotros, pues no hay quien sepa prender, robar, quemar, apresar, desmembrar y zurrar mejor que yo, y para mi *proficiat,* bebo a la salud de todos los buenos compañeros.

Entonces se levantó la celada hasta la nariz y bebió tranquilamente. Los bobalicones lo miraban con más de un pie de boca abierta, y sacando la lengua como los lebreles en el ojeo. En aquel momento llegó el capitán Tripet a ver qué ocurría; Gymnasta le ofreció la botella, diciendo:

—Tomad, capitán, bebed largamente; yo lo he probado en ayunas; es vino de la Faye Moniao.

—¡Cómo! —exclamó el capitán—. ¡Este borracho se burla de nosotros! ¿Quién eres tú?

—Yo, señor, soy un pobre diablo.

—¡Hola! Puesto que eres un pobre diablo, es de razón que pases adelante, porque los pobres diablos pasan por todas partes sin gabelas ni peajes; pero no es costumbre que vayan tan bien montados; por tanto, señor diablo, bajad de vuestra cabalgadura, que me pertenece, y si ella no me lleva, vos, señor diablo, me llevaréis, porque tengo mucho deseo de que un diablo como vos me lleve.

Capítulo XXXV

Cómo Gymnasta, astutamente, mató al capitán Tripet y a otros guerreros de Picrochole

Al suceder lo referido, algunos empezaron a tener miedo, y se santiguaban con las dos manos, pensando que fuese efectivamente un diablo disfrazado. Uno de ellos, capitán de los topinos,[79] que se llamaba Buen Juan, sacó de sus bragas el libro de *Horas* y gritó muy fuerte:

—*Hagios ho theos*. Si tú eres de Dios, habla; si eres del otro, vete de aquí.

Pero no se marchaba; visto lo cual por algunos del bando, huyeron temerosos de Gymnasta. Por fin, éste simuló bajarse del caballo, y cuando había levantado una pierna, se revolvió ágilmente sobre el estribo, y con su espada bastarda bajo el brazo se lanzó al aire, poniéndose de pie sobre la montura, con el culo frente a la cabeza del caballo, y dijo:

—Mi persona está a contrapelo.

Después dio un salto con un pie solo, y volviéndose hacia la izquierda, cayó montado como estaba al principio.

—¡Hola! —exclamó Tripet—. No haría yo eso por todo lo que hay en el mundo.

—Pues no es nada —replicó Gymnasta—. Ahora verás. Y con gran fuerza y agilidad dio una pernada a la derecha, puso el dedo pulgar de la misma mano sobre el arzón de la silla y levantó en el aire todo el cuerpo, sosteniéndose sobre el dedo, y repitiendo

---

79 *Topinos:* Milicia irregular de aquel tiempo que tenía fama muy extendida de perezosa y de aficionada al vino.

hasta tres veces el ejercicio. A la cuarta, volviéndose sin tocar en ninguna parte, se izó entre las dos orejas del caballo, sosteniéndose en el aire sobre el pulgar de la izquierda y dando vueltas de molinete; después golpeó con la palma de la mano derecha sobre la silla, y de un salto se sentó a dos piernas sobre la grupa, como las mujeres; enseguida pasó la pierna derecha por encima de la silla, y quedó como si fuera a cabalgar sobre la grupa, diciendo:

—Es mejor que no monte sobre los arzones.

Apoyóse sobre los dos pulgares, dio una voltereta en el aire y quedó montado en la forma ordinaria, de un salto se puso en pie sobre la silla, y allí dio más de cien vueltas con los brazos extendidos en cruz; hecho esto comenzó a gritar furiosamente:

—¡Que rabio! ¡Diablos! ¡Que rabio! ¡Atendedme, diablos! ¡Que rabio! ¡Diablos, sujetadme!

Mientras voltejeaba, los aldeanos, embobados, se decían unos a otros:

—Por la mierda que es un duende o un diablo disparado. *Ab hoste maligno libera nos Domine* —y huyeron a la desbandada, mirando atrás como perro que se lleva un pájaro.

Entonces Gymnasta, aprovechando su ventaja, descendió del caballo, desenvainó su espada y cargó sobre ellos, apaleando, tajando, cortando y matando, sin que nadie le hiciera frente, porque pensaban que era un diablo afamado, a juzgar por las maravillosas volteretas y por la conversación que había tenido con Tripet cuando éste le llamó pobre diablo. Tripet, a traición, quiso herirle en la cabeza con su espada de lansquenete; pero estaba bien armado y sólo sufrió un ligero golpe; de pronto se volvió, lanzó contra el capitán una estocada volante, y mientras se cubría por alto, le partió de un tajo el estómago, el recto y la mitad del hígado, con lo cual cayó a tierra y devolvió una gran cantidad de sopas y unos cuantos nísperos, y en medio de las sopas, el alma.

Hecho esto, Gymnasta se retiró, considerando que al azar no se le debe seguir hasta el fin, y que conviene a todos los caballeros tratar a la fortuna con mucha reverencia y no abusar de ella ni molestarla.

Montó en su caballo, lo arañó con las espuelas, y derecho, y seguido de Prelinguand, marchó hacia la Vauguyón.

Capítulo XXXVI

Cómo Gargantúa demolió el castillo de Vede y cómo pasaron el vado

Puntualmente, Gymnasta contó al llegar la forma en que había encontrado a los enemigos y la estratagema de que se había servido para luchar él solo contra toda la caterva, afirmando que no eran sino malhechores, ladrones, pilletes y vagabundos, ignorantes de toda disciplina militar, y que, poniéndose en camino con un poco de cautela, les sería muy fácil ahuyentarlos como a las bestias.

Montó Gargantúa en su descomunal borrica y marchó acompañado como antes. En el camino encontró un árbol muy alto y muy grueso, comúnmente llamado el árbol de San Martín, porque había crecido de un bordón que dicho santo dejó allí, y dijo:

—He aquí lo que me faltaba. Este árbol me servirá de bastón y de lanza.

Y lo arrancó fácilmente de la tierra, lo limpió de ramas y lo dispuso a su gusto. Mientras tanto, la borrica meó para aligerar el peso de su vientre, y lo hizo en tal abundancia, que produjo un diluvio en siete leguas de terreno; toda la orina derivó hacia el vado de Vede, y tanto hizo subir el nivel del agua, que a todo el bando enemigo lo ahogó horriblemente, excepto a algunos que caminaban por la orilla izquierda.

Cuando llegaron al bosque, Eudemón avisó a Gargantúa que alrededor del castillo había tropas enemigas; al oírlo éste, gritó con todos sus pulmones:

—¿Estáis ahí o no estáis? Si estáis, vais a concluir; si no, nada tengo que deciros.

Un bribonazo artillero que estaba junto a su máquina le hizo un disparo que vino a darle fuertemente en la sien derecha; pero le hizo tanto daño como si le hubieran tirado un grano de uva.

—¿Qué es eso? —volvió a preguntar Gargantúa—. ¿Nos tiráis las uvas así? ¡La vendimia os costará cara!

Y siguió creyendo con toda certeza que el balazo había sido con una uva. Los que estaban saqueando los alrededores del castillo, al oír el ruido, acudieron todos a la fortaleza y le hicieron más de nueve mil veinticinco disparos de escopeta y arcabuz enfilados todos a su cabeza. Cuando más tiraban dijo:

—Ponócrates, amigo mío, estas moscas me agobian. Dadme un ramo de sauce para espantarlas —pensando que las balas y las piedras de la artillería eran moscas bovinas.

Ponócrates le advirtió que allí no había tales moscas, sino los disparos que hacían desde el castillo. Entonces marchó con su gran árbol y a grandes golpes tiró al suelo torres y fortalezas, quedando aplastados todos los que estaban allí.

Marcharon al molino, en donde encontraron todo el vado cubierto de cadáveres, hasta el extremo de que el brocal de la mesa se había obstruido. Estos cadáveres eran de los que habían perecido ahogados por el diluvio úrico de la burra. Se detuvieron a pensar cómo podrían pasar el vado con el impedimento de los cadáveres, y dijo Eudemón:

—Los que han pasado han sido los diablos para llevarse las almas de todos éstos.

A lo que Gymnasta repuso:

—Si los diablos han pasado por aquí, yo también pasaré.

—¡San Treigran —dijo Ponócrates—, qué consecuencia!

Y Gymnasta, metiendo las espuelas a su caballo, sin que éste tuviera miedo de los muertos, pasó francamente a la otra orilla, pues lo había acostumbrado, según la doctrina de Elián, a no temer las almas ni los cuerpos muertos, no ya matando gente como Diomedes mató a los tracios, ni metiendo, como Ulises, a sus enemigos entre los pies de sus caballos, según cuenta Homero,

sino colocándole un fantasma entre el heno y haciéndole pasar por encima de él cuando le llevaba a tomar el pienso.[80]

Los demás siguieron sin vacilar, excepto Eudemón, cuyo caballo metió la pata hasta la rodilla en la panza de un villano grande y grueso que había muerto boca arriba, y no la pudo sacar, permaneciendo así hasta que Gargantúa, con la punta de su robusto bastón, hizo caer al agua las tripas del cadáver, y el caballo levantó el pie. Y, lo que es cosa verdaderamente extraña en hipiatría, se le curó un sobrehueso que tenía en aquella extremidad, por la compresión que en ella hicieron las morcillas del enorme aldeano.

80 Ello en su tratado de *Anim*, XVI y Homero en, *La Ilíada* X, dicen todo lo contrario de lo que apunta Rabelais en este pasaje.

Capítulo XXXVII

Cómo Gargantúa, peinándose, sacó entre sus cabellos las balas de cañón

Una vez pasado el río llegaron al castillo de Grandgousier, quien anhelante los esperaba. Cuando se reunieron, se abrazaron con tanto entusiasmo y con tanto gozo como nunca se ha visto, porque el *suplementum suplementi chronicorum* dice que Garganella murió de alegría; yo, por mi parte, nada sé, y tanto me importa de ella como de otra cualquiera.

Gargantúa se aligeró de ropa, y arreglándose la cabeza con su peine, que tenía cien varas de largo y estaba formado por colmillos de elefante enteros, hizo caer a cada golpe más de siete balas de cañón que durante la lucha se habían enredado entre sus cabellos. Viendo esto Grandgousier, pensó que eran piojos, y le dijo:

—¿Qué es esto, querido mío? ¿Nos traes hasta aquí los coraceros de Montagú?[81] Yo no creí que hubieras estado en tal sitio.

Entonces Ponócrates respondió:

—Señor, no penséis que yo le he llevado a ese colegio de piojería que se llama Montagú; mejor hubiera querido meterlo entre los andrajosos de San Inocente que no entre tanta crueldad y villanía, porque mucho mejor trato reciben los forzados entre los moros y los tártaros, los asesinos en sus prisiones, y muchísimo mejor los perros de vuestra casa que los desastrados estudiantes de dicho colegio. Si yo fuera rey de París, que me lleve el diablo

---

81 En tiempo del autor había en Montagú un colegio regido por franciscanos que se hizo famoso por el hambre y la miseria y la falta de limpieza. Dolet dice que allí se criaban piojos para toda Francia. Grandgousier llama *coraceros* de Montagú a los piojos de dicho colegio.

si no le prendía fuego y con él hacia arder al principal y a sus regentes, que cometen a la luz del día tantas inhumanidades.

Luego tomó, una de las balas y añadió:

—Estos son cañonazos que ha recibido vuestro hijo al pasar por el bosque de Vede, por la traición de vuestros enemigos; pero han tenido su justa recompensa, porque han perecido todos entre las ruinas del castillo, como los filisteos a manos de Sansón y aquellos otros a quienes aplastó la torre de Siloé. Soy de opinión de que sigamos contra ellos, porque parece que la suerte nos ayuda y la ocasión tiene todos sus cabellos en la frente; cuando ha pasado, ya no la podéis agarrar, porque es calva por detrás de la cabeza, y jamás vuelve sobre sus pasos.

—Pero eso —replicó Grandgousier— no ha de ser ahora, porque quiero festejaros esta tarde y celebrar vuestra bienvenida.

Dicho esto, prepararon la comida, para la que, como extraordinario, fueron asados dieciséis bueyes, tres terneras, treinta y dos terneros, sesenta y tres cabritos domésticos, trescientos noventa y ocho cochinillos de leche, doscientas veinte perdices, setecientas becadas, cuatrocientos capones de Loudonois y Cornausille, seis mil pollos y otros tantos pichones, seiscientos gallineros, mil cuatrocientas liebres y trescientas tres avutardas. Además tuvieron once jabalíes que les envió el abad de Turpenay, diecisiete ciervos que les regaló el señor Grandmon, ciento cuarenta faisanes del señor Essars y algunas docenas de palomas zoritas, cercetas, alondras, chorlitos, zorzales, ánades, avefrías, ocas, garzas, cigüeñas, aguiluchos, patos, pollos de la India y otros pájaros abundantes guisados y la mar de verduras. Todo ello fue muy bien dispuesto por Frippesaulce, Hoschepot y Pilluerius, cocineros de Grandgousier; Ianot, Micquel y Verrenet sirvieron de beber en abundancia.

Capítulo XXXVIII

Gargantúa se come seis peregrinos en ensalada

Impónese el que contemos aquí lo que les sucedió a seis peregrinos que venían de San Sebastián más allá de Nantes, y para albergarse aquella noche, por miedo a los enemigos, se ocultaron en el jardín, debajo de los troncos, entre las coles y las lechugas.

Gargantúa se hallaba un poco irritado y preguntó si podrían traerle unas lechugas para hacer ensalada. Sabiendo que allí las había mucho más hermosas que en todo el país, porque eran grandes como ciruelos y nogueras, quiso ir él mismo a buscarlas, trajo en las manos las que mejor le parecieron, y con ellas a los peregrinos, que ocultos entre sus hojas, tenían tanto miedo, que no se atrevían ni a toser ni a hablar. Al lavarlas primero en la fuente, los peregrinos se dijeron en voz baja:

—¿Qué es esto? ¡Parece que nadamos entre estas lechugas! ¡Queréis que llamemos? Pero si gritamos, nos matarán como a espías.

Como acordaron callar, Gargantúa los echó con las lechugas en una cazuela de la casa, grande como la tina de Cisteaux, y con aceite, vinagre y sal, se los comió para refrescar antes de la cena. Ya se había engullido cinco, y el sexto estaba oculto tras de una hoja, asomando solamente su bordón; Grandgousier lo vio y dijo a Gargantúa:

—Me parece que hay ahí un cuerno de limaco; no te lo comas.

—¿Por qué? —repuso éste—. Todo es bueno.

Y cargando con todo, hasta con el bordón, se comió lindamente al peregrino. Después bebió un largísimo trago de vino seco para que le abriera el apetito.

Los peregrinos así derivados se tendieron debajo de las encías lo mejor que pudieron, y pensaron que los habían encerrado en algún sótano. Cuando Gargantúa bebió el gran trago, procuraron nadar en su boca, porque el torrente de vino los arrastraba hasta la boca del estómago, y saltando con sus bordones como hacen los *miquelots*,[82] se pusieron en salvo metiéndose entre sus dientes; pero, por desgracia, uno de ellos, tanteando el terreno para ver si estaban seguros, golpeó rudamente con su palo en el hueco de una muela cariada, hiriéndole el nervio de la mandíbula, con lo que ocasionó a Gargantúa fortísimo dolor y comenzó a gritar rabiosamente. Para buscar algún alivio, hízose traer su limpiadientes, y escarbándose con el grueso nogal, sacó de su boca a los señores peregrinos.

A uno lo atrapó por las piernas, a otro por las espaldas, a otro por la alforja, a otro por la bolsa, a otro por los pies, y al que lo había herido lo agarró por la bragueta; por cierto que le hizo un gran favor, pues le reventó un bubón chancroso que lo martirizaba desde que pasaron por Ancenys. Los peregrinos desaparecieron al trote largo y el dolor desapareció.

En aquel momento, Eudemón le llamó a cenar, pues todo estaba ya dispuesto.

—Voy entonces —dijo— a mear mis malos humores.

Y meó tan copiosamente, que la orina alcanzó a los peregrinos y se vieron obligados a refugiarse en el bosque; pero allí cayeron todos, excepto Fournillier, en una trampa que habían hecho para cazar lobos, de la que pudieron escapar gracias a la industria del que se había salvado, que rompió todos los lazos y cuerdas. Salieron y pudieron acabar de pasar la noche en una casa cerca de Couldray.

82 Los *miquelots* eran jovenzuelos que iban a la romería de Saint Michel en Provenza recorriendo a saltos todo el camino.

Allí se consolaron de sus desgracias con las buenas palabras de uno de ellos, llamado Lasdeller, quien demostró que esta aventura había sido profetizada por David, salmo... «*Cum exurgerent homnies in nos forte vivos deglutissent nos* (Cuando nosotros fuimos comidos con aquella ensalada con tanta sal); *Cum irasceretur euror forum in nos, forsitam aqua absorbuisset nos* (Cuando él bebió su gran trago); *Torrentem pertransivit ánima nostra* (Cuando pasamos la gran riada); *Forsitem pertansisset ánima nostra aquam intolerabilem* (De su orina, que estuvo a punto de ahogarnos en el camino); *Benedictus Dominus qui non dedit nos in captionem dentibus eorum. Anima nostra sicut passer arepta est de laqueo vennatium* (Cuando caímos en la trampa); *Laqueus contritus est por Fournillier et nos liberati sumus. Adjutorium nostrum*», etc.[83]

83 He aquí la traducción de lo que dicen en latín los peregrinos: «Cuando los hombres se levantaron contra nosotros y parecía que iba a envolverlos.
Como su furor se irritaba contra nosotros parecía que el agua iba a envolvernos.
El torrente envolvió nuestras almas.
Acaso nuestra alma hubiera podido pasar por sí misma el torrente inabordable:
Bendito sea el señor, que no nos hizo presa de sus dientes.
Nuestra alma, como el pajarillo, se escapó del lazo de los cazadores.
El lazo de rompió.
Y nosotros nos libramos.
Del señor llegó nuestra ayuda».

Capítulo XXXIX
Cómo fue el monje festejado por Gargantúa y la grata conversación que de sobremesa tuvieron

Sentados a la mesa empezaron a servir los platos, y Grandgousier comenzó a contar el origen y la marcha de la guerra que sostenían con Picrochole; llegó a punto de narrar cómo el hermano Juan de Entomeures había triunfado en la defensa del claustro de la abadía, y colocó su proeza por encima de las de Camilo, Escipión, Pompeyo, César y Temístocles.

Gargantúa dispuso que al punto se le llamara para consultar con él lo que debían hacer. Se ofreció a buscarle el mayordomo y lo guió gozoso con su palo de la cruz a la presencia de Grandgousier y a caballo en la mula que éste le enviara. Cuando lo vio, le hizo mil caricias y le dio mil abrazos y parabienes.

—¡Ay, hermano Juan! ¡Amigo mío! ¡Hermano Juan, mi gran amigo! ¡Hermano Juan, por vida del diablo, abrázame, apriétame el cuello, cojonazos, que te desriñone a fuerza de abrazarte! ¡Valeroso hermano Juan, no hay hombre más gracioso ni más cortesano que tú!

—¡A ver! —dijo Gargantúa—, un escabel aquí, pronto, a mi lado.

—Lo acepto —repuso el monje—, puesto que así lo mandáis. Agua, paje, agua para refrescarnos la boca, para gargarizar.

—*Depositata capa* —intervino Gymnasta—; colguemos ese escapulario.

—No, no, por Dios —protestó el monje—, mi gentilhombre, hay un capítulo en mi orden, *in satatus ordinis*, que lo prohíbe.

—¡Mierda! —exclamó Gymnasta—. ¡Mierda para vuestro capítulo! Ese escapulario os rompe las espaldas, tiradlo al suelo.

—Dejádmelo, amigo mío, porque con él bebo mejor; me lleno el cuerpo de júbilo, y si lo dejo, harán con él los pajes escarapelas, como me sucedió una vez en Coulaines. Ahora no tengo apetito, pero si con él puesto me siento a la mesa, beberé por Dios, por ti y por tu caballo, y a todo esto, que Dios libre de mal a la compañía. Yo ya he cenado, pero por esto no comeré un punto menos; tengo el estómago cubierto de tachuelas como las botas de San benito, y siempre abierto como la bolsa de un abogado.

—De los pescados, la tenca; de las perdices, las alas; de las beatas, los muslos[84] ¿No es ridículo morir cuando todavía se endereza el miembro viril? A nuestro prior le gusta con exceso lo blanco de los capones.

—En eso —intervino Gymnasta— no se parece a los zorros, porque de los capones, pollos y gallinas que cogen, jamás se comen lo blanco.

—¿Por qué?

—Porque no tienen cocineros que se los tuesten, y si no están bien asados, permanecen rojos y no se ponen blancos. El rojo en las carnes es indicio de que no están bien asadas o cocidas, excepto a las langostas y cangrejos, que los cardenaliza el fuego.

—¡Gran Dios! Entonces Bayard, el enfermero de nuestra abadía, no tiene aún bien cocida la cabeza, porque tiene los ojos encarnados como escudillas de aliso... Este muslo de liebre es cosa buena para los golosos.[85] Y, a propósito, ¿por qué están siempre frescos los muslos de una dama?

—Ese problema —dijo Gargantúa— no está en Aristóteles, ni en Alejandro Afrodisio, ni en Plutarco.

—Por tres causas —explicó el monje—, en virtud de las cuales puede un lugar estar fresco siempre: *primo,* porque el agua lo recorre de arriba abajo; *secundo,* porque es un lugar sombrío,

---

84 Se refiere al verso de J. V. Metulimus:
Qui monaca potitur, virga tendente moritur.

85 Transcribe aquí el autor una opinión de Plinio.

oscuro y tenebroso, en el cual no entra el sol ni la luz, y *tertio*, porque está recibiendo continuamente vientos del culo, de la camisa y con frecuencia de la bragueta. ¡Paje! ¡Bebida! ¡Crac, crac, crac! ¡Qué bueno es Dios, que nos da este vino tan rico! ¡Voto a Dios, que si yo hubiera vivido en tiempos de Jesucristo, habría evitado que los judíos lo prendieran en el huerto! El diablo me lleve si no les hubiera cortado las garras a los señores apóstoles

que huyeron tan cobardemente después de haber cenado bien, dejando a su maestro en peligro. ¡Mal veneno para los hombres que huyen cuando llega la hora de sacar los cuchillos! ¡Por qué no habré sido yo rey de Francia hace ochenta o cien años! ¡Qué bien hubiera metido en calzas prietas a los fugitivos de Pavía! ¡La fiebre cuartana! ¡Por qué no morirían antes que abandonar al buen príncipe! ¿No es mejor y más honrado morir virtuosamente batallando que vivir huyendo villanamente? Ya no comeremos más ocas este año. ¡Ay, amigo mío! Dame de ese cochinillo. ¡Diablo! ¿No hay más mosto? *Germinabit radix lesse*. Yo entrego mi vida. Muero de sed. Este vino no es de los peores. ¿Qué vino bebíais en París? ¡Qué me lleve el diablo si no tengo al año más de seis meses mi bodega abierta para todos los que vengan! ¿Conocéis al hermano Claudio de los altos Barroys? ¡Oh, qué buen compañero es! ¿Pero qué mosca le habrá picado? No hace más que estudiar desde yo no sé cuándo. Yo, por mi parte, nunca estudio. En nuestra abadía nunca estudiamos por miedo a los zumbidos de oídos. Nuestro fiel abad dijo que es cosa monstruosa ver a un monje sabio. Por Dios, señor, amigo mío, *magis magnos clericos non sunt magis magnos sapientes*. Jamás habéis visto tanta liebre como hay aquí este año. Nunca he podido cazar un buitre ni un alcotán. El señor de la Bellonière me había prometido un alcotán; pero después me ha escrito que le ha salido pelón.[86] Las perdices este año nos comerán las orejas. No me gusta cazar con red, porque me enredo en ella. Si no corro ni salto no estoy en mis cabales. Saltando a las hayas y a los robles, a mi escapulario se le

86 Esta frase es un ingenioso juego de palabras porque alcotán en francés *es lanier*. También son juegos de palabras casi todas las frases que el autor pone en este capítulo (XXXIX) en boca del fraile para presentarlo casi embriagado.

cae el pelo. He encontrado un gran lebrel. Me doy al diablo si se le escapa una liebre. Un lacayo amenazó al señor de Maulevier y yo lo destrocé. ¿Hice mal?

—No hermano Juan, de ningún modo —contestóle Gymnasta.

—Duro contra esos diablos mientras vivan. ¡Por el corazón de Dios, que me proporciona gran placer el ponerles los cuernos!

—¡Cuánto juráis! —objetó Ponócrates.

—No lo hago más que para adornar mi lenguaje; éstos son
floreros y colores de la retórica ciceroniana.

Capítulo XL

Por qué los monjes han huido del mundo y por qué unos tienen la nariz más grande que otros

—Bien en cuidado me pone —dijo Eudemón—, a fe de cristiano, el considerar la sabiduría de este fraile, que aquí nos ha deslumbrado a todos. ¿Por qué se rechaza a los monjes de todas las buenas compañías, llamándolos turbafiestas, como las abejas rechazan a los moscones de alrededor de sus panales? *Ignanum fucos pecus a presepibus arcent,* escribió Marón.

Y contestó Gargantúa:

—La verdad es que el escapulario y la cogulla atraen los oprobios, injurias y maldiciones, como el viento cecias atrae las nubes. La razón de esto se encuentra en que comen la mierda del mundo; es decir, los pecados, y como a tragamierdas, se los encierra en los retretes, que son los conventos y abadías, separados de la cortesía, como los retretes de las casas. Si sabéis por qué los ratones se ven siempre perseguidos a muerte, os explicaré el que los frailes sean siempre rechazados por viejos y jóvenes; el ratón no guarda la casa como el perro, no tira del arado como el buey, no produce leche ni lana como la oveja, no lleva carga como el caballo; no hace más que robar, destruir y devastar, y por eso se le recibe con persecuciones y apaleamientos. Asimismo, un fraile, y hablo de los frailes ociosos, no trabaja como el campesino, no guarda el país como el soldado, no combate las enfermedades como el médico, no predica ni educa al mundo como el buen doctor evangélico y el pedagogo, no proporciona las comodidades ni las cosas necesarias a la república como el mercader. Esta es la causa de que todos huyan de él y todos le aborrezcan.

—Ten en cuenta —interrumpió Grandgousier— que ruega a Dios por nosotros.

—Nada menos que eso —replicó vivamente Gargantúa—. Verdad es que molestan a todo el vecindario repicando continuamente sus campanas.

—¡Ah! —exclamó el monje—. Una misa, unos maitines, unas vísperas que se han repicado bien, están ya medio dichos.

—Ellos —prosiguió Gargantúa— rezan muchas leyendas y salmos que no entienden. Ensartan gran número de *Padrenuestros* entremezclados de *Avemarías*, sin pensar en lo que hacen, y a esto le llamo yo engañar a Dios, no rezar. Así los ayude Dios como ruegan por nosotros, y no por sus migas y sus sopas grasientas. Sólo los verdaderos cristianos de todos los estados y todos los lugares y en todo tiempo ruegan a Dios; el espíritu santo intercede y ruega también por ellos, y Dios los acoge en su gracia. No he querido aludir a nuestro buen hermano Juan, que aunque vive bajo sus hábitos, como todos, no es santurrón ni antipático, sino discreto, alegre, avisado y buen compañero. Trabaja, se afana, protege a los oprimidos, socorre a los menesterosos y guarda la abadía.

—Hago mucho más que eso: en acabando los maitines y aniversarios, con el jarro al lado, tuerzo cuerdas de ballestas, hago flechas y billardas de cazar conejos; jamás estoy ocioso. Pero… bebamos, bebamos. ¡Venga mosto! Estas son castañas del monte de Estrocs; con el vino nuevo, la mejor compostura para los pies. Vosotros no estáis todavía apostillados. Por Cristo, que yo bebo a todo gaznate, como el caballo de un promotor.

—Hermano Juan —dijo Gymnasta—, comeos esa cereza que os cuelga de la nariz; no, no. *¿Quare? ¿Quia?* ¡Oh el agua!

Puede salir bien; de que entre no hay cuidado,
que con fuertes pámpanos estoy pertrechado.

¡Ay, querido amigo! Quien llevara botas en invierno, de cuero muy fuerte, difícilmente podría pescar ostras, porque unas botas así jamás toman agua.

—¿Por qué —preguntó Gargantúa— tiene tan hermosa nariz el hermano Juan?

—Dios lo ha querido así —replicó Grandgousier—; porque nos hace según su divino arbitrio, como el alfarero sus cazuelas.

—No —añadió Ponócrates—; es porque llegó de los primeros al reparto de narices, y pudo tomar la más hermosa y la más grande.

—Tampoco aciertas —concluyó el monje—. Según la verdadera filosofía monástica, es porque mi nodriza tenía las tetas gordas y blandas, y al mamar las hundía allí como en manteca, y así se expansionaba y crecían como la pasta en la amasadera. Las tetas duras de las nodrizas hacen los niños chatos. Pero, ¡ay, ay, ay!, *ad forman nasi, cognoscitud ad te levavi*. Yo no como confituras. ¡Paje! ¡Bebida! ¡Vengan también tostones!

Capítulo XLI

Cómo el monje hizo dormir a Gargantúa y de las horas de su breviario

Termina la cena, hablaron del negocio pendiente y se acordó que alrededor de la medianoche saldrían de escaramuza, para ver en qué se ocupaba el enemigo, y hasta la hora convenida reposarían un poco, para estar mejor dispuestos.

Gargantúa estaba tan impaciente, que no podía conciliar el sueño, y el fraile le dijo:

—Yo no duermo a mi gusto sino cuando estoy en un sermón o cuando me pongo a orar. Recemos los dos los siete salmos, para ver si con ellos nos quedamos dormidos.

La proposición fue del agrado de Gargantúa, y comenzaron el primer salmo; al llegar al párrafo *«beati quorum»* se durmieron uno y otro; pero el monje, como estaba acostumbrado a los maitines claustrales, no dejó de despertar a medianoche.

Ya levantado, despertó a los demás, cantando a todo pulmón:

—¡Oh Renault, levántate y leva!
¡Oh Renault, levántate![87]

Cuando todos estuvieron de pie, dijo:

—Señores, sabido es que se empiezan las mañanas tosiendo y las cenas bebiendo; procedamos a contrapelo, comenzando nuestra mañana por beber, y a la hora de la cena ya toseremos a cuál mejor.

---

87 Canción bélica, muy popular en la época.

—¿Cómo? —preguntó Gargantúa—. ¿Beber así al despertar? Esto no está admitido por la medicina. Es preciso antes limpiar el cuerpo de residuos y excrementos.

—Bien medicinado —repuso el monje—; pero cien mil diablos me salten en el estómago si no hay más borrachos viejos que viejos médicos. Yo tengo tan bien enseñado a mi apetito, que se acuesta conmigo y se levanta y me acompaña todo el día; limpiaos como queráis, que yo me vuelvo a mi «acompañante».

—¿Qué acompañante tenéis?

—Mi breviario; porque así como los halcones, mientras pastan sus pájaros, a veces les hacen traer algún muslo de gallina para limpiarse de flemas y abrirse el apetito, del mismo modo, yo con mi breviario me curo muy bien el estómago y me preparo a beber.

—¿A qué usanza decís vuestras horas?

—A la de Fécamp:[88] tres salmos, tres lecciones o lo que quiero; no me gusta sujetarme a las horas; las horas se han hecho para el hombre, y no el hombre para las horas, y así yo hago con las mías lo que con los estribos: las acorto o las alargo, como mejor me parece.

Brevis oratio penetrat coelos
Longa potatio evacuat seyphos.[89]

Pero *venite adoptemus*.

Después prepararon grandes tostadas de manteca y suculentas sopas de «prima»[90], y el monje bebió a su gusto; unos lo acompañaron y otros no. Después comenzaron a armarse y pertrecharse, haciéndolo también con el fraile, contra su voluntad, pues no quería más armas que su escapulario delante de su estómago y su palo de la cruz en la mano; fue, sin embargo, cubierto de acero de pies a cabeza, montado sobre un buen corcel de la tierra y provisto de una espada corta y ancha.

88 Rezar las horas a la usanza de Fécamp debía ser sinónimo de no rezarlas, pues la abadía de este nombre, en el país de Caux, era muy conocida por el relajamiento en que vivían sus frailes.

89 «Una oración corta entra en los cielos; un trago largo vacía los vasos.»

90 Véase la nota 64.

Con él marcharon Gargantúa, Ponócrates, Gymnasta; Eudemón y veinticinco de los más valientes soldados de Grandgousier, todos muy bien armados, lanza en ristre y montados, como San Jorge, cada uno con un arcabucero a la grupa.

Capítulo XLII

Cómo el monje infundió valor a sus compañeros y cómo se colgó de un árbol

Sin ninguna precaución van los nobles campeones a sus aventuras, bien ajenos de pararse a pensar qué encuentro han de provocar y de cuál han de guardarse cuando llegue la hora de la terrible batalla. El fraile les infunde valor, gritando:

—¡Hijos míos! No tengáis temores ni dudas; yo os guío seguramente. Dios y San Benito vienen con nosotros. Si yo tuviera tanta fuerza como valor, yo solo los desplumaba como patos. No temo a nada más que a la artillería, pero sé una oración que nos ha enseñado el subsecretario de nuestro convento que preserva contra todas las bocas de fuego pero no me servirá para nada, porque no tengo fe. Sin embargo, mi palo de la cruz hará diablos y los emplearé también contra aquellos de vosotros que huyan. Que me lleven los demonios si no he de hacerle monje en mi puesto y encabestrarlo con mi escapulario. Es el mejor médico para la cobardía de las gentes. ¿No habéis oído hablar del lebrel del señor de Meurles, que no ladrará más por estos campos? Pues éste mismo le colgó un escapulario en el cuello; por el corazón de Dios, que no se le escapaba liebre ni zorro y corría a todos los perros del país, pero para en adelante ya está curado de *frigidis et maleficaties*.

Cuando el monje decía colérico estas palabras, pasó por debajo de un nogal junto a la saucera, y en una de sus ramas se enganchó la visera de su yelmo; metió las espuelas a su caballo, y como para desenredarse había soltado la brida de la mano y se había cogido el árbol, el caballo siguió corriendo y él quedó

colgado, clamando a lo vivo y a lo muerto y protestando de traición.

Eudemón fue el primero que lo vio, y llamando a Gargantúa, le dijo:

—*¡Ciro!* ¡Venid y veréis a Absalón colgado!

Cuando llegó Gargantúa y vio la situación del fraile y la forma en que pendía, contestó a Eudemón:

—Le habéis comparado mal, porque Absalón se colgó de los cabellos; pero el monje, rapado como está, se ha colgado de las orejas.

—¡Ayudadme, por todos los diablos! —gritaba el monje— ¿Es éste momento de burlas? Os parecéis a los predicadores decretalistas cuando dicen que el que vea a otro en peligro de muerte debe, bajo pena de excomunión trisulce,[91] amonestarlo y confesarse y ponerse en estado de gracia antes de ayudarle. Como yo os viera en el río o colgado de este nogal, en lugar de socorrerles y darles la mano, les haría un hermoso y largo sermón de *contempto mundi et fuga soeculi*, y cuando ya estuvieran a punto de morir, acudiría a absolverlos.

—No te quejes, querido —dijo Gymnasta—, que ya voy a descolgarte, puesto que eres un gentil y agradable fraile:

Monachus in claustro
non valet ova duo,
sed quando est extra
bene valet triginta.[92]

He visto colgados a más de quinientos; pero no vi ninguno que tuviera tan buena gracia; si yo la tuviera así, querría estar colgado toda mi vida.

---

91 *Excomunión trisulce.* En el derecho canónico no hay excomunión que así se llame. Quiere decir excomunión de tres dientes, como el tridente de Neptuno, sin duda más amplia aún que la llamada *latoe setentos.*

92 Un monje en el claustro no vale dos huevos; pero cuando está fuera bien vale treinta.

—¿Habéis predicado bastante? Ayudadme, por Dios ya que por todos los diablos no queréis hacerlo. Por el hábito que llevo, que de ello os arrepentiréis; *tempore et loco prelibatis*.

Bajó Gimnasta de su caballo, y subiendo al nogal, con una mano levantó al monje por la garganta, y con la otra, le desenredó la visera y bajaron los dos. El fraile entonces se desnudó de su arnés, y pieza por pieza lo fue tirando por el campo. Después requirió su garrote, montó en su caballo, que Eudemón había logrado atajar, y contentos ya todos, tomaron el camino de la saucera.

Capítulo XLIII

Gargantúa encuentra las avanzadas de Picrochole, mata el monje al capitán Tiravant y cae prisionero de los enemigos

Picrochole, al oír la relación de la derrota, en la que Tripet fue destripado, tuvo un gran ataque de ira, que aumentó al saber que los suyos habían sido acometidos por los diablos. Pasó en consejo toda la noche; Hastiveau y Toucquedillón afirmaron que su poder era tal que bien podían desafiar a todos los diablos y derrotarlos si vinieran. Picrochole no lo creyó del todo y comenzó a tomar precauciones.

Dirigidos por el conde Tiravant para que reconocieran el país, envió mil seiscientos caballeros como avanzada, montados en ligeros corceles, bien «aspergeados» de agua bendita, y con una estola cada uno por corbata, para que si encontraban a los diablos, tanto por virtud del agua gregoriana como de las estolas, les hicieran huir y desvanecerse.

Corrieron hasta lo alrededores de Vauguyón y Maladerye pero no encontraron ni personas con quienes hablar; se dirigieron hacia abajo, y en la casa y tugurio pastoral de Couldray encontraron a cinco de los seis peregrinos y los apalearon y ataron como si fueran espías, no obstante sus exclamaciones, juramentos y protestas.

Bajando hacia Sevillé, fueron vistos por Gargantúa, quien dijo a sus gentes:

—Compañeros, aquí hay encuentro, y vienen en número diez veces mayor que el nuestro. ¿Los acometeremos?

—¿Qué diablos hemos de hacer sino acometerlos? —exclamó el monje—. ¿Contáis los hombres por el número o por el valor y la destreza? ¡Peleemos, diablos, peleemos!

Oyeron esto los enemigos y pensaron que efectivamente eran diablos, con lo que comenzaron a huir a rienda suelta todos, excepto Tiravant, que puso su lanza en ristre y cayó sobre el monje, hiriéndole en medio del pecho; pero al tropezar con el escapulario horrorífico se dobló el hierro como una velita de cera oprimida contra un yunque. Entonces el fraile, con su palo de la cruz, le golpeó tan rudamente entre cogote y cuello, que le hizo perder todo sentido y movimiento y caer a los pies del caballo.

Al ver la estola que llevaba, dijo a Gargantúa:

—Estos no son más que presbíteros, que es el principio de los monjes por san Juan, que, como soy monje perfecto, he de matarlos como moscas.

Luego salió a galope en persecución de los que huían, y logrando encontrar a los últimos, los molió como a sal, golpeando a tuerto y derecho.

Gymnasta preguntó a Gargantúa si debían imitarle, a lo que Gargantúa contestó:

—De ninguna manera. Según la verdadera disciplina militar, no es justo ni conveniente poner al enemigo en punto de desesperación, porque entonces se multiplica su fuerza y acrece su valor, que ya estaba decaído y desfallecido. No hay mejor camino de salvación para los vencidos y abatidos que el no esperarla de ninguna parte. ¡Cuántas victorias han arrancado los vencidos de las manos de los vencedores por no haberse detenido en el punto de la verdadera razón y haberlos querido matar y destruir a todos sin dejar uno solo para que llevara la noticia! Abrid siempre a vuestros enemigos todas las puertas y caminos, y para que huya, ponedles un puente de plata.

—Así es; pero ellos tienen allí al monje.

—¿Tienen ellos al monje? Sobre mi honor, que será para su daño. Pero al fin de precaver contra todos los azares, no vayamos más allá y esperemos aquí en silencio, porque yo creo conocer el

sistema de nuestros enemigos; se guían por la suerte, no por la reflexión.

Y allí quedaron ocultos bajo las hogueras, mientras el monje perseguía y apaleaba a diestro y siniestro, sin tener compasión de nadie, hasta que encontró a un jinete que llevaba a la grupa uno de los pobres peregrinos, y cuando comenzaba contra ellos el ataque, gritó:

—¡Señor prior, amigo mío, salvadme, yo os lo ruego!

Al oír esto, se volvieron todos de repente, y, viendo que allí no había nadie más que el monje, y que el sólo les causaba el descalabro, cayeron sobre él, y le dieron más palos que lleva el borrico de un leñador pero tenía la piel tan dura que no le hacían ningún daño, como si descargaran sobre el escapulario todos los golpes. Después encargaron de su custodia a dos arqueros; volviendo riendas, no vieron a nadie contra ellos, y pensaron que Gargantúa habría huido con su gente. Entonces volvieron hacia los nogales con gran rapidez, dejando atrás al fraile con los arqueros.

Cuando Gargantúa oyó el ruido de los caballos y arneses, dijo a los suyos:

—Compañeros, oigo a nuestros enemigos, y veo algunos de ellos que vienen como locos contra nosotros; quedémonos aquí y extendámonos por líneas a lo largo del camino; de esta manera, los podremos recibir como cumple a su desgracia y a nuestro honor.

Capítulo XLIV

Cómo el monje se desprendió de sus guardias y cómo la avanzada de Picrochole fue deshecha

El monje, al verlos marchar así en desorden, conjeturó que iban a cargar sobre Gargantúa y los suyos y se condolió amargamente de no poderlos socorrer. Al mismo tiempo admitió la continencia de los dos arqueros, que de buena gana hubieran ido con la tropa para pescar algo como botín, y miraban recelosos el valle por donde con él descendían.

Después, silogizando, se dijo:

«Estas gentes no están ejercitadas en hechos de armas, porque nada me han preguntado, ni siquiera se han detenido a quitarme la espada».

De pronto, tiró de ella, hiriendo al arquero que iba a su derecha; le cortó enteramente la yugular, el esófago y las dos glándulas. En otro golpe le abrió la medula espinal, entre la segunda y la tercera vértebra, y cayó al suelo, muerto. Volviendo el caballo a la izquierda, se fue contra el otro, que, viendo muerto a su compañero y comprendiendo su peligro, comenzó a gritar:

—¡Señor prior! ¡Yo me entrego! ¡Señor prior, amigo mío, señor prior!

El monje le contestaba en el mismo tono:

—¡Señor posterior, amigo mío, señor posterior, llegó vuestra hora postrera!

El arquero seguía gimoteando:

¡Ay, señor, querido mío, que Dios os haga abad!

—Por el hábito que llevo, he de haceros cardenal. ¿Os gustan las gentes de iglesia? Pues por mi mando tendréis ahora mismo un sombrero rojo.

—¡Señor prior, señor prior, señor abad futuro, señor cardenal, señor todo! ¡Ay, señor prior, buen señor prior, querido señor prior, me rindo, me rindo!

—Y yo te rindo a todos los diablos.

Entonces, de un golpe, le tajó la cabeza por entre los dos temporales, partiéndole por medio el cerebro y el cerebelo, que se abrieron, cayendo como un bonete doctoral, negro por abajo y rojo por arriba, con lo cual cayó en tierra, muerto también.

Hecho esto, picó de espuelas a su caballo y siguió las huellas de los enemigos, los cuales habían encontrado a Gargantúa y sus compañeros en el camino. Tanto habían disminuido en su número por las bajas que les habían causado Gargantúa con su árbol, Gymnasta, Ponócrates, Eudemón y los otros, que comenzaban a retirarse con presteza, espantados y perturbados de sentido y entendimiento como si vieran en su propia especie y forma a la muerte delante de sus ojos. Así como habréis visto a un burro que cuando tiene en el culo un tábano junónico[93] o una mosca que le pica corre acá y allá sin ruta ni camino, tirando por tierra su carga, rompiendo el freno y la cincha, sin pararse a respirar y sin saber la causa de su fuga, pues tan sólo les persigue el terror pánico que han concebido ante las armas.

Viendo el monje que todo su pensamiento lo tenían en los pies, bajó de su caballo y subió sobre una piedra que había en medio del camino, y con una espada de plano, sin hender ni cortar, siguió golpeando a los fugitivos, tanto que el acero se le partió por medio.

Entonces pensó en sí mismo, pues estaba molido y quebrantado, y consideró que el resto debía vivir para llevar las noticias. Cogió el hacha de uno de los muertos y se sentó sobre su piedra para ver pasar, tropezando con los cadáveres, a sus enemigos, a quienes les hacía rendir sus picas, espadas, lanzas y arcabuces; cuando llegaron los que llegaban atados a los peregrinos, los puso a pie y les dio los caballos a los pobres hombres reteniéndolos consigo provisionalmente. A Toucquedillón lo hizo prisionero.

93 *Tábano junónico.* Una especie de mosca bovina que según la mitología envió la diosa Juno para que mortificara a la ninfa Io, convertida en vaca por Júpiter.

Capítulo XLV

Cómo trató el monje a los peregrinos y las buenas palabras que le dijo Grandgousier

Una vez terminada la aventura, se retiró Gargantúa con sus gentes, excepto el monje, y al despuntar el día se volvió a casa de Grandgousier, quien en su lecho rogaba a Dios por la salud y la victoria. Viéndolos a todos sanos y salvos, los abrazó cordialmente y les pidió noticias del fraile. Gargantúa le contestó que sin duda lo tenían sus enemigos.

—No tendrán nada bueno —replicó Grandgousier—, porque para estos casos es la frase «regala el monje a alguno».

En seguida dispuso que se les preparara un gran almuerzo para reconfrontarlos. Cuando estaba todo dispuesto llamaron a Gargantúa; pero éste, apenado por la desaparición de su amigo, no quiso beber ni comer.

En esto llegó, y, desde la puerta del patio, comenzó a gritar:

—¡Vino fresco! ¡Gymnasta, amigo mío, vino fresco!

Salió Gymnasta y vio al hermano Juan, que consigo traía los cinco peregrinos y a Toucquedillón prisioneros, avisado Gargantúa, salió y le hizo el mejor recibimiento imaginable. Guiado a la presencia de Grandgousier, éste le preguntó lo sucedido, y el monje lo contó todo: cómo le hicieron prisionero, cómo se deshizo de los arqueros, su nueva lucha en el camino, su descubrimiento de los peregrinos y la prisión del capitán.

Después se pusieron todos a banquetear alegremente Grandgousier preguntó a los peregrinos de qué país eran, de dónde venían y adónde iban. Lasdaller contestó por todos:

—Señor, yo soy de San Genou de Berry; éste, de Paluan; este otro, de Onzay; aquél, de Argy, y aquel otro de Villebrenin. Veníamos de San Sebastián, más allá de Nantes, en pequeñas jornadas.

—¡Qué ibais a hacer en San Sebastián?

—Íbamos a ofrecerle nuestros votos contra la peste.

—¡Oh pobres gentes! ¿Pensáis que la peste viene de San Sebastián?

—Verdaderamente, nuestros predicadores lo afirman.

—¿De manera que los falsos profetas os dicen tal despropósito? ¿Blasfeman de este modo contra los justos y los santos hasta hacerlos iguales a los diablos que son los que traen el mal a los hombres? Así como Homero escribió que la peste fue enviada por Apolo a la armada de los griegos, y los poetas fingen un gran pozo de divinidades malhechoras, así predicó un hipócrita en Sinays que San Antonio manda el fuego a las piernas, san Eutropio hace los hidrópicos, san Gildas los locos, san Genou los gotosos. Yo los castigaría tan ejemplarmente, aunque me llamasen herético, que después ningún hipócrita habría de entrar en mis tierras. Me asombra que vuestro rey deje predicar en su reino tales escándalos; porque estas cosas son más punibles que los hechos de aquellos que por arte mágico o por cualquier otro expediente introdujeron la peste en el país; porque la peste no mata más que el cuerpo y los impostores envenenan las almas.

En este punto entró el monje, muy determinado, y les preguntó:

—¿De dónde sois, desgraciados?

—De San Genou —dijo uno de ellos.

—¿Cómo marcha el abad Tranchelion, el gran bebedor? Y los monjes, ¿están gordos? ¡Corazón de Dios! ¡Bien se apañarán con vuestras mujeres mientras vais de romería!

—Yo por la mía —dijo Lasdaller— no tengo cuidado. El que la vea de día no se romperá la cabeza por visitarla de noche.

—Este es un zorro. Podrá ser tan fea y tan arisca como Proserpina; pero caerá, puesto que hay monjes alrededor; porque un buen artífice hace todas las piezas. Que me entre gálico si no

las encontráis embarazadas a vuestro regreso. Sólo la sombra del campanario de una abadía las fecunda.

—Entonces —dijo Gargantúa— es como el agua del Nilo en Egipto si hemos de creer a Estrabón y Plinio, libro séptimo, capítulo tercero.

—¡Idos! ¡Idos! ¡Pobres gentes! —intervino Grandgousier—. En nombre del Dios creador, que os tenga en guarda perpetua. Pero en lo sucesivo, no os entreguéis a estos ociosos e inútiles viajes. Atended a vuestras familias, trabajad cada uno en vuestro oficio, educad a vuestros hijos y vivid como os manda el apóstol san Pablo... Si así lo hacéis, tendréis con vosotros la ayuda de Dios, de los ángeles y de los santos, y no habrá peste ni mal que os haga daño.

Después Gargantúa los condujo al comedor para que almorzaran, pero ellos no hacían más que suspirar, y le dijeron:

—¡Qué feliz es el país que tiene por señor un hombre así! Más nos hemos instruido y educado en esta conversación que con él hemos tenido, que en todos los sermones que nos han predicado en nuestro pueblo.

—Eso mismo —les contestó Gargantúa— es lo que dice Platón, libro quinto *de La república:* «Las repúblicas no serán felices hasta que los reyes filosofen o los filósofos reinen.»

Después les hizo llenar sus alforjas de víveres y sus botellas de vino, y le dio un caballo a cada uno para que hicieran su camino, y algunos «carolus» para que bebieran.

Capítulo LXVI

Cómo Grandgousier trató humanamente a su prisionero Toucquedillón

Llevado Toucquedillón a presencia de Grandgousier, éste le preguntó sobre la empresa y asunto de Picrochole y el fin que se proponía con tan tumultuaria batahola. El prisionero contestó que su propósito era conquistar, si podía, todo el país por la injuria hecha a sus pasteleros.

—Eso —replicó Grandgousier— es pretender mucho, y quien mucho abarca poco aprieta. El tiempo no es de conquistar reinos, y mucho menos en los dominios de su cristiano aliado y amigo, esta imitación de los antiguos Hércules, Alejandros, Aníbales, Escipiones, Césares es contraria a los principios del evangelio, que nos encomienda guardar, regir y salvar y administrar cada uno sus tierras y no invadir hostilmente las de los demás. Eso que los mencionados sarracenos y bárbaros llamaban proezas, debemos nosotros llamar bandidajes y maldades. Mejor hubiera hecho en sostenerse en su casa gobernándola lealmente que en insultar la mía y saquearla, porque gobernandola bien la hubiera aumentado, y por saquear la mía será destruido. Idos en nombre de Dios; servid las buenas causas; señalad a vuestro rey los errores que conozcáis, y jamás le pongáis en riesgo por vuestro provecho personal, porque con lo común se pierde también lo propio. Lo que importa, vuestro rescate, os lo regalo enteramente; os devolveré, además, vuestras armas y vuestro caballo, porque así se debe hacer entre vecinos y buenos amigos, visto que ningún motivo hay para la guerra que sostenemos, que hablando con propiedad no debe llamarse guerra. Platón decía que cuando los griegos levantaban sus armas unos contra otros

no eran guerras, sino sediciones lo que sostenían. Puesto que así, por desgracia, sucede entre nosotros, conviene que se use de toda moderación. Si la llamáis guerra, no es más que superficial, porque no sale del profundo gabinete de nuestro corazón. Ninguno de nosotros ha sido ultrajado en su honor y, en suma, sólo se trata de rehabilitar cualquier falta cometida contra nuestras gentes, es decir, por las vuestras y las nuestras, que puesto

que las conocéis debíais dejarlas a un lado: los querellantes están más obligados a contener que a impulsar, mucho más ofreciendo satisfacciones excesivas, como yo las he ofrecido. Dios será justo apreciador de vuestra diferencia y le suplico me quite la vida y mis bienes antes de que por mí o los míos seáis ofendidos.

Dichas estas palabras llamó al monje, y delante de todos le preguntó:

—Hermano Juan, mi buen amigo, ¿sois vos quien ha preso al capitán Toucquedillón, aquí presente?

—*Ciro*, presente está; tiene discreción y edad y prefiero que lo sepáis por su confesión a que lo sepáis por mi palabra.

—Entonces —dijo Toucquedillón—, señor, es él en verdad quien me hizo prisionero y a él me rindo francamente.

—¿Lo habéis puesto a rescate? —volvió a preguntar Grandgousier.

—De eso —contestó el monje— no me cuido.

—¿Cuánto queréis?

—Nada, nada; eso ya no me importa.

Entonces mandó Grandgousier que, a presencia del prisionero, se contaran 62.000 *saluts* de oro, y se entregaran al monje como indemnización; después preguntó a Toucquedillón si quería permanecer a su lado o regresar junto a su rey; éste contestó:

—Tomaré el partido que me aconsejéis.

Y Grandgousier lo mandó volviera con los suyos y le deseó que Dios les acompañara a todos.

Después le regaló una hermosa espada de Viena con la vaina de oro, adornada con preciosas viñetas de orfebrería, y un collar que pesaba 702.000 marcos, de oro también guarnecido de piedras finas y estimadas en 160.000 ducados. Además entregó en dinero 10.000 escudos.

Toucquedillón montó en su caballo. Gargantúa, para que fuera seguro, le rodeó de 30 hombres armados y 120 arqueros, al mando de Gymnasta, que le acompañaran hasta las puertas de la Roche-Clermould, si allí quería ir.

Cuando el prisionero partió, el monje devolvió a Grandgousier el dinero que había recibido, diciéndole:

—*Ciro,* todavía no es hora de que hagáis estos dones. Esperad el fin de la guerra, porque no se sabe qué azares podrán sobrevenir. La guerra hecha sin buena previsión de plata, no es más que bostezo de vendimiador. El nervio de las batallas es el dinero.

—Entonces —concluyó Grandgousier—, al final os daré la merecida recompensa, a vos y a todos los que me hayan servido bien.

Capítulo XLVII

Cómo Grandgousier mandó reunir sus legionarios y cómo Toucquedillón mató a Hastiveau y después fue muerto por disposición de Picrochole

Mandaron aquellos mismos días, los de Besse, Marché, Saint Jacques de Traineau Partillé, Rivera, Roches de San Paoul, Vaubreton, Pautille, Brehemont, Bourder, Puente de Clain, Cravant, Grandmont, Villaumere, Huymes, Sergé, Husse, Saint Lovant, Panzoust, Coldreaux, Verron, Coulaines, Chose, Verennes, Bourgueil, Isla de Bouchard, Croullay, Narsay, Montsoreau y otras villas vecinas, embajadas a Grandgousier para decirles que estaban enterados de todas las demasías de Picrochole, y en atención a sus alianzas le ofrecían todo su poder, soldados, dinero y municiones de guerra.

El dinero que entre todos le enviaron sumaba 134 millones y dos escudos y medio de oro.

Los soldados eran: 15.000 hombres de armas, 32.000 de caballería ligera, 89.000 arcabuceros, 140.000 aventureros,[94] once mil doscientos cañones, dobles cañones, basiliscos y espirales y 47.000 peones; todos con sus sueldos pagados y provistos de municiones para seis meses y cuatro días; Gargantúa ni aceptó ni rehusó del todo la oferta.

Agradecióselo mucho y les dijo que en aquella guerra él se las compondría de modo que no fuera necesario emplear tantos hombres de bien. Sólo dispuso que se ordenaran las legiones

94 *Aventureros.* Infantería francesa de los tiempos de Luis XII y Francisco I, que no tenía sueldo y vivía únicamente de los botines de guerra.

que tenían las plazas de Chauviny, Gravot y Quinquenaly, que sumaban 2.500 hombres de armas, 66.000 infantes, 26.000 arcabuceros, 200 piezas de artillería gruesa, 22.000 peones y 6.000 de caballería ligera, todos bien equipados, aproximadamente, armados y asistidos de todos los servicios de guerra tan bien instruidos en el arte militar, tan, tan conocedores y obedientes de sus enseñas, tan pronto a seguir las órdenes de sus capitanes, tan ágiles para marchar, tan fuertes para chocar, tan prudentes para las aventuras, que parecían el aparato armónico de un órgano o el mecanismo de un reloj más bien que un ejército.

Cuando llegó Toucquedillón se presentó Picrochole y le contó todo lo que había visto y oído, aconsejando con sólidas razones que se hicieran las paces con Grandgousier, que le había demostrado ser el hombre más de bien que había nacido en el mundo, añadiendo que no era preciso ni razonable molestar así a unos vecinos, de los cuales no habían recibido más que favores, y, sobre todo, que de aquella empresa no habían de obtener más que daños y desgracias, porque el poderío de Picrochole no era tan grande que Grandgousier no pudiera destruirlo a su gusto.

No bien había pronunciado estas palabras, cuando Hastiveau dijo en alta voz:

—¡Qué desgraciado es el príncipe que se ve servido por gentes tan fácilmente corrompibles como Toucquedillón! Veo su valor tan cambiado, que seguramente se hubiera unido a nuestros enemigos para combatirnos y atraillarnos si le hubieran querido admitir; pero como la virtud es apreciada por todos, amigos y enemigos, la maldad es por todos conocida y sospechada, y puede ser que de ella se sirvan ahora nuestros enemigos por medio de traidores abominables.

Al oír esto Toucquedillón, impaciente, sacó su espada y atravesó a Hastiveau por un poco más debajo de la tetilla izquierda, con lo cual murió en el acto. Al verle caer dijo colérico:

—¡Así parecen los que vituperan a los fieles servidores!

Picrochole se puso furioso, y viendo el acero ensangrentado fuera de su vaina, interrogó a Toucquedillón:

—¿Te había yo dado esa espada para matar traidoramente en mi presencia a tan buen amigo mío y como lo era Hastiveau?

En seguida mandó a los arqueros que lo cortaran en pedazos, lo que hicieron tan cruelmente que la estancia llegó a encharcarse de sangre. Hizo inhumar con todos los honores el cuerpo de Hastiveau, y los pedazos de Toucquedillón se arrojaron al foso del castillo.

La noticia de estas barbaridades comenzó a circular en seguida por todo el ejército, en donde muchos comenzaron a murmurar contra Picrochole; tanto, que Grippepinault le dijo:

—Señor, yo no sé cuál será el resultado de esta guerra; no veo a la gente muy valerosa; consideran que estamos muy mal aprovisionados de víveres, y en dos o tres encuentros que hemos tenido perecieron muchos. Además, nuestros enemigos están recibiendo muchos refuerzos, y si de una vez nos asaltan llegará nuestra ruina total.

—¡Mierda, mierda! —dijo Picrochole—. Os parecéis a las anguilas de Melun: chilláis antes que os desuellen. ¡Dejadlos venir, dejadlos venir!

Capítulo XLVIII

Gargantúa combate a Picrochole frente a la Roche Clermauld y deshace a su ejército

Gargantúa llevaba el mando supremo de las tropas; su padre permaneció en el castillo, y al despedirlo le infundió valor con buenas palabras y prometió grandes favores a los que realizaran proezas.

Los expedicionarios ganaron el vado de Vede y con barcos y puentes diestramente construidos pasaron rápidamente a la otra orilla. Después estudiaron la situación de la Roche, que era ventajosa por su altura, y durante la noche deliberaron acerca de lo que debían hacer, hasta que Gymnasta dijo:

—Señor: tal es la naturaleza y complexión de los franceses, que no valen más que para el primer encuentro; después ya son peores que los diablos, y si descansan, menos que mujeres. Opino que ahora mismo, en cuanto hayan respirado un poco, demos el asalto.

Así se acordó y comenzaron a preparar la gente y dotarla de todo lo necesario; el monje tomó seis batallones de infantería y doscientos hombres armados; rápidamente atravesó los cenagales y ganó una colina junto al ancho camino de Loudun.

Mientras realizaban el asalto, la gente de Picrochole no sabía si era mejor salir a recibirlo o guardar la villa sin moverse. Por fin salió furiosamente de su casa, al mando de algunos guerreros, y fue recibido y festejado con grandes cañonazos, que venían de las alturas en donde los gargantuistas habían situado la artillería, mientras que las demás tropas estaban en el valle. Los atacados

se defendían lo mejor que podían, pero sus proyectiles pasaban todos muy altos, sin herir.

Algunos que se habían salvado de los cañonazos cayeron fieramente sobre nuestros soldados, que los recibieron con bravura y los hicieron rodar por tierra; viendo esto se quisieron retirar, pero el monje les había cortado el camino, por lo cual huyeron sin orden ni concierto. Algunos quisieron darles caza, pero el fraile los retuvo, advirtiéndoles que por seguir a los fugitivos podían perder sus posiciones, y enterado el enemigo caería sobre ellos con ventaja. Esperó un poco, y viendo que nadie le acometía, envió al duque Prontiste para que dijera a Gargantúa que avanzase hasta ganar la altura del lado izquierdo, para impedir por allí la retirada de Picrochole. Gargantúa lo hizo inmediatamente, enviando cuatro legiones de la división de Sebaste; pero no pudieron ganar del todo el alto, porque se encontraron en sus barbas con Picrochole y sus acompañantes.

Cargaron sobre ellos rudamente, pero rudamente también se vieron dañados por los disparos que hacían los que estaban en los muros; viéndolo así Gargantúa, corrió a socorrerlos y comenzó la artillería a disparar sobre aquel cuartel de murallas; reunióse toda la fuerza de la villa, y el monje, dejando custodiada por guardas la posición que había conquistado, marchó hacia el fuerte con algunos de los suyos. Conocedor de que más daño y miedo causan los que provocan un conflicto que los que combaten por la fuerza, dejó atrás doscientos hombres para los azares que pudieran sobrevenirle y avanzó silenciosamente hasta que todos hubieron ganado la muralla.

Después gritó horriblemente, y los suyos le imitaron; asustados los guardas de aquella puerta, se dejaron matar sin resistencia; la puerta se abrió y corrieron con ferocidad hacia la de oriente, en donde se estaba verificando el choque, y atacaron a la fuerza enemiga por retaguardia.

Viendo los sitiados que los gargantuístas habían entrado en la villa por todas partes, se rindieron al monje a discreción. Hízoles entregar las armas y los garrotes y los cerró en las iglesias

(después de haber quitado todos los palos de las cruces), dejando guardias en las entradas para impedirles la salida.

Después, abriendo aquella puerta oriental salió en socorro de Gargantúa; Picrochole pensó que de la villa venían refuerzos para él y se enardeció cobrando valor y fuerza, hasta que Gargantúa, conociendo lo que pasaba, comenzó a gritar:

—¡Hermano Juan, amigo mío! ¡Hermano Juan! ¡Con qué oportunidad llegas!

Entonces conocieron Picrochole y los suyos que todo estaba perdido y emprendieron la fuga. Gargantúa los persiguió hasta cerca de Vaugauduy, matando y destrozando. Después mandó tocar retreta.

Capítulo XLIX

Cómo Picrochole se vio sorprendido, huyendo por la mala fortuna, y lo que hizo Gargantúa después de la batalla

Desesperado, Picrochole huyó hacia la isla de Bouchard, y en el camino de Rivière su caballo cayó a tierra; indignado y desesperado, lo mató con su acero; después, no encontrando nadie que le diera otro, quiso apoderarse de un asno en el molino que cerca de allí había; pero los molineros lo molieron a palos, le destrozaron todas sus ropas y le dieron para cubrirse un infamante casacón. Marchó de allí el pobre hombre rabioso y furibundo. Después, atravesando agua, llegó a Port Huausl y una vieja hechicera le predijo que su reino le sería devuelto a la llegada de los *gallicisnegrullas*.[95] Luego nadie sabe adónde fue a parar, aunque a mí me han dicho que ahora está en Lyon y allí no es más que un insignificante ganapán, tan colérico como de costumbre. Todos los días pregunta a los extranjeros noticias acerca de la llegada de los gallicinesgrullas, esperando, con toda seguridad, que cuando esto suceda, según la profecía de la vieja, ha de serle devuelto su reino.

Gargantúa, mientras tanto, contó su gente y vio que eran muy pocos los que habían perecido en la batalla; tan sólo algunos de la compañía del capitán Tolmere y Ponócrates, que recibió un tiro de arcabuz en el jubón sin lamentables consecuencias. Después les hizo descansar y ordenó a los tesoreros que pagaran la comida para todos, disponiendo que nadie hiciera daños en

95 *Gallicisnegrulla* (Cocquecigre). Pájaro imaginario, mixto de gallo, cisne y grulla. A la venida de los gallicisnegrullas, es como decir jamás.

aquella viña, puesto que era suya. En concluyendo de comer, debían presentarse todos delante del castillo y allí se les pagaría el sueldo de seis meses.

Hecho esto mandó comparecer ante su presencia en dicha plaza a todos los que allí quedaban del bando de Picrochole, y reunidos todos con sus príncipes y capitanes, les dijo lo que sigue:

Capítulo L

El discurso que dirigió Gargantúa a los vencidos

—Nuestros padres, nuestros abuelos, nuestros antepasados de tiempo inmemorial, han pensado siempre que las batallas consumadas por ellos tienen por mejores signos los monumentos levantados por la gracia en los corazones de los vencidos, que los levantados por la arquitectura en los territorios conquistados, porque estimaban mucho más la soberanía viva, conquistada por la libertad, que la muda inscripción de los arcos, columnas y pirámides, sujetas a las inclemencias del tiempo y a las envidias de los hombres. Recordaréis la mansedumbre de que usaron con los bretones en la jornada de Saint Aulbín de Corner y en la demolición de Parthenay. Habéis oído y admirado el buen trato que dispensaron a los bárbaros de Spagnola, que había pilleado, saqueado y devastado los confines marítimos de Olona y Talmondys. Todo este cielo está lleno de alabanzas y gratulaciones que vosotros mismos y vuestros padres pronunciasteis cuando Alpharbal, rey de Canarre, contento con su fortuna, invadió furiosamente el país de Onys, ejercitando la piratería en las islas Armóricas y regiones adyacentes. En justa batalla fue combatido, vencido y preso por mi padre, de quien Dios sea guarda y protector, y mientras los demás reyes y emperadores que se hacen llamar católicos le trataban miserablemente, duramente, lo aprisionaban y le vejaban con extrema crueldad, él lo trató cortésmente, amablemente; lo dejó en su palacio y con la bondad increíble lo envió a su país en salvoconducto, cargado de dones, cargado de gracias, cargado de presentes y testimonios de amistad. ¿Qué ocurrió con esto? Que cuando volvió a sus estados hizo reunir en asamblea

a todos los príncipes de su reino, les expuso la humanidad con que habíamos tratado y les rogó hicieran entre todos algo que el mundo pudiera servir de ejemplo, y puesto que lo tenía de nuestra graciosa prudencia, lo tuviera también de su prudente gracia. Allí mismo se acordó por unanimidad que se nos ofrecerían por entero sus tierras, dominios y reino para disponer de ellos según nuestro arbitrio. Alpharbal en persona vino en seguida con nueve mil treinta y ocho grandes buques de porte, trayendo no solamente los tesoros de su casa y real familia, sino de todo el país, porque cuando se estaba embarcando para hacer el viaje con viento nordeste, cada uno a su vez echaba en ellos oro, plata, sortijas, pendientes, tapicerías, drogas y ungüentos aromáticos, papagayos, pelícanos, monos, gatos de Algalia, jinetas y puercoespines. No hubo hijo por de buena madre reputado que allí no llevara lo mejor que tenía. Cuando llegó quiso besar los pies de mi padre; pero esto lo consideramos indigno y no se lo consentimos, abrazándole en cambio amistosamente. Ofreció los regalos y no fueron aceptados porque perecieron excesivos; se ofreció mancipe y siervo voluntario, él y todos los suyos, y no lo aceptamos porque no nos pareció equitativo; nos ofreció el documento de cesión de los estados y tierras de su reino, sellado, signado y ratificado por todos los que debían hacerlo, y para rehusarlo totalmente arrojamos al fuego la escritura. El término de todo fue que mi padre se puso muy afectado y lloró copiosamente al ver el corazón franco y la sencillez de los canarrienses. Con palabras exquisitas y razones congruentes restó importancia al favor que les había hecho diciendo que no merecía de recompensa ni un botón,[96] y puesto que en nada les había servido, nada tenía que agradecerle, y mucho menos tan pródigamente como quería hacerlo Alpharbal. ¿Cuál fue el resultado? En lugar de conseguir, extremando las cosas tiránicamente, una indemnización de veinte veces cien mil escudos, reteniendo prisioneros en garantía a sus hijos primogénitos, voluntariamente se hicieron tributarios perpetuos, y se obligaron a pagarnos cada año dos millones de

96 Esta frase y otras están literalmente traducidas.

oro afinado a veinticuatro quilates: el primer año no los pagaron exactos; el segundo, con sorprendente liberalidad, nos trajeron dos millones trescientos mil escudos; el tercero, trescientos mil escudos más; el cuarto, tres millones, y tanto iban de buen grado aumentando, que nos vimos obligados a prohibirles que nos pagaran más... Esta es la verdadera naturaleza de la gratitud; el tiempo, que cercena y disminuye todas las cosas, acrecienta y

aumenta las relativas a los beneficios, porque un favor hecho liberalmente a un hombre razonable crece con el pensamiento y el recuerdo generoso y noble. No queriendo yo degenerar en cuanto a benevolencia hereditaria de los míos, os dispenso de toda carga y os autorizo para que os marchéis tan francos y tan libres como os encontrabais antes de la guerra. Además, a la salida por las puertas, se os pagarán tres meses de salario para que podáis vivir en vuestras casas con vuestras familias; a fin de que los campesinos no os ultrajen ni molesten, os acompañarán seiscientos hombres de armas y ocho mil de infantería, al mando de mi escudero, Alejandro. Dios sea con vosotros. Lamento de todo corazón que no esté aquí vuestro rey Picrochole, porque le hubiera dado a entender que esta guerra se ha hecho sin mi consentimiento y sin que yo haya puesto en ella propósito ni esperanza de aumentar mis bienes ni mi nombre; pero como se ha desvanecido sin saber en dónde ni cómo, quiero que su reino pase a su hijo, quien por ser demasiado joven, pues todavía no ha cumplido cinco años, será dirigido e instruido por los viejos príncipes y hombres sabios de sus dominios. Considerando que un reino así gobernado sería con facilidad convertido en ruinas si no se refrenan la ambición y la avaricia de sus administradores, quiero y ordeno que Ponócrates ejerza autoridad sobre todos y permanezca asiduamente con el niño hasta que lo reconozca idóneo para poder regir y gobernar por sí solo. Yo considero que perdonar con facilidad y liberalidad a los malhechores da ocasión a sus desatinos, porque adquieren en la gracia una confianza perniciosa. Yo considero que Moisés, el hombre más bondadoso que en su tiempo hubo sobre la tierra, castigó agriamente los motines y sediciones del pueblo israelita. Yo considero que Julio César, emperador magnánimo, de quien

dice Cicerón que tenía por la mejor fortuna imaginable y por la mejor de todas las virtudes el salvar y perdonar a cualquiera, castigaba cruelmente en algunos casos a los sediciosos y autores de rebeliones. Atendiendo a estos ejemplos, quiero que me entreguéis antes de partir, primeramente al gran Marquet, que con su temeridad ha sido causa y origen de esta guerra. Después, a sus colegas, los pasteleros, que no pusieron freno en el momento a su cabeza, oficiales y domésticos de Picrochole, pues ellos seguramente son los que le han incitado, inducido y excitado a salir de sus límites para aniquilarnos.

Capítulo LI

Cómo fueron recompensados los vencedores gargantuístas después de la batalla

Cuando terminó Gargantúa su discurso, le fueron entregados los sediciosos que había pedido, excepto Espadachín, Merdaille y Menuail, que se habían escapado seis horas antes de la batalla, el uno hasta el collado de Laignel, de una carrera, el otro hasta el valle de Vyre y el otro hasta Lagroine, sin volver la vista atrás ni cazar perros por el camino, y dos pasteleros que habían perecido en la jornada. No quiso hacerles daño; únicamente los dedicó a manejar las prensas de una imprenta que acababa de poner.

Después enterró los muertos con todos los honores en el valle de Noisettes y en el campo de Bruslevielle, hizo curar y cuidar a los heridos en su gran nosocomio[97] y los perjuicios que la villa había sufrido, los hizo pagar todos de su dinero, sin más prueba que el juramento.

Por último, determinó levantar un gran castillo y dispuso guarnición y patrulla para defenderlo en lo sucesivo de los asaltos y asonadas que pudieran sobrevenir.

Antes de marchar recompensó largamente a todos los soldados de sus legiones que habían estado en aquel encuentro y los envió a sus cuarteles de invierno, excepto a los de la legión duodécima, a quienes había visto realizar algunas proezas, y a los capitanes de los bandos, pues a unos y a otros los llevó consigo a la presencia de Grandgousier.

97 *Nosocomio.* (Del griego) Enfermería.

A la vista y llegada de todos, el pobre hombre se puso tan gozoso como no sería posible describir. Organizó el festín más magnífico, más abundante, más delicioso que se ha visto desde los tiempos del rey Assuero. Al levantarse de la mesa, distribuyó entre todos el servicio de su comedor, que estaba valuado en un millón ochocientos mil catorce marcos de oro, entre grandes vasos antiguos, grandes platos, grandes jarras, grandes tazas, copas, soperas, candelabros, gavetas, floreros, dulceras, timbales, ramilleteros y otras piezas de vajilla, todas de oro macizo, con pedrería, esmaltes y orfebrería que duplicaban su valor.

Después abrió sus cofres, hizo contar a cada uno un millón doscientos mil escudos, y además les dio a perpetuidad —salvo en el caso de que murieran sin herederos— sus castillos y tierras vecinas, pudiendo elegir las que más le conviniesen.

A Ponócrates le dio la Roche Clermauld; a Gymnasta, Couldray; a Eudemón, Montpensier; a Togere, Le Rivau; a Ithivole, Montsoreau; a Acamas, Claude; a Chironacte, Varennes; a Sebaste, Gratrot; a Alejandro, Quinquenays; a Sophone, Ligre, y así las demás plazas.

Capítulo LII

Cómo Gargantúa hizo preparar para el monje la Abadía de Thelema[98]

Faltaba sólo recompensar al monje, y Gargantúa quiso hacerlo abad de Sevillé; pero él rehusó. Quiso darle luego la abadía de Bourgueil o de Saint-Florent, la que más le agradase de las dos; pero en seguida contestó que no quería carga ni gobierno de monjes; porque, como él decía: «¿Podría yo gobernar a otro cuando yo mismo no sabría gobernarme? Si os parece que os he hecho algún servicio y que en adelante podré haceroslo, autorizadme para fundar una abadía a mi gusto».

La iniciativa fue del agrado de Gargantúa y le ofreció todo su país de Thelema, junto a la ribera del Loire, a dos leguas del gran bosque de Port Huault; además le requirió a que instituyese su religión al contrario de todas las demás.

—Primeramente —decía Gargantúa—, no hará falta fortificar la abadía ni circundarla de murallas como las otras.

—Verdaderamente —replicó el monje—, y donde hay muros hay murallas, envidia y conspiración mutua.

Se dispuso que así como en ciertos conventos es costumbre cuando entra alguna mujer, es decir, las honestas y púdicas, limpiar los sitios por donde aquéllas hubieran pasado, si religioso o religiosa entrasen por caso fortuito, se limpiaran religiosamente todos los lugares que hubieran atravesado.

Puesto que en todas las religiones del mundo está todo acompasado, limitado y regulado por horas, se decretó que allí

98 *Thelema*, palabra griega que significa voluntad.

no habría relojes ni cuadrantes de ninguna clase, sino que las labores serían distribuidas según las oportunidades y ocasiones, porque, como decía Gargantúa, la mayor pérdida de tiempo está en contar las horas, pues de ello no viene ningún bien, y la mayor desazón del mundo está en gobernarse al son de una campana y no por los dictados del entendimiento y del buen sentido.

Item: puesto que en aquel tiempo no entraban en religión más mujeres que aquellas que se encontraban tuertas, borrachas, gibosas, feas, contrahechas, locas, insensatas, tocadas de maleficios y enviciadas, ni más hombres que los asmáticos, mal nacidos, inútiles y vagabundos, se dispuso que allí no se recibieran sino las hermosas, bien nacidas y bien formadas y a los hermosos, bien formados y bien nacidos.

—A propósito —dijo el monje—. Una mujer que no es buena ni es bella, ¿para qué vale?

—Para monja —repuso Gargantúa.

—Y para hacer camisas.

Item: como en los conventos de mujeres no entran hombres más que engañosa y clandestinamente, se decretó que allí no habría mujeres en el caso de que no hubieran hombres, ni hombres si no había mujeres.

Item: puesto que tantos unas como otros, una vez profesos después del año del noviciado, estaban forzados y compelidos a permanecer allí toda su vida, se dispuso que entraran y salieran libremente cuando les pareciera oportuno.

Item: como ordinariamente hacen tres votos, de obediencia, pobreza y castidad, se acordó que allí pudieran casarse honorablemente, que todos y cada uno pudieran ser ricos y viviesen en completa libertad.

En cuanto a la edad de ingreso para las hembras, debía de ser de diez a quince años, y para los varones, de doce a dieciocho.

Capítulo LIII

Cómo fue abastecida y dotada la abadía de los thelemitas

Quedó abastecida y surtida la abadía con la entrega que hizo Gargantúa de dos millones setecientos mil ocho carneros de mucha lana, y por cada año, hasta que todo estuviese dispuesto, un millón seiscientos sesenta y nueve mil escudos al sol y otros tantos a la estrella pollera. Para la fundación y entretenimiento dio a perpetuidad dos millones trescientos sesenta y nueve mil quinientos catorce nobles a la rosa indemnes, amortizados y pagaderos cada año a la puerta de la abadía, y de todo ello entendió concluyentes contratos.

El edificio se hizo en figura hexagonal, y en cada ángulo se levantó una torre gruesa y redonda, de capacidad de sesenta pasos de diámetro, todas análogas en forma y construcción.

La ribera de Loyre extendíase al lado septentrional, y a la torre de aquel ángulo se le llamó Ártica; a la del lado de oriente, Calaer; a la siguiente, Anatolia; a otra, Mesembrina; a otra, Hespeyria, y a la última, Crière. Entre cada dos torres había un espacio de trescientos doce pasos. El edificio constaba de seis pisos, contando por uno las cuevas; el segundo estaba construido en la forma de un asa de cesta. El sexto aparecía revestido de yeso de Flandes, en caprichosos dibujos. El pavimento de pizarra fina, con abrazaderas de plomo en figura de muñecos y animales bien educados y dorados. Los canalones que salían fuera de la muralla por entre las ventanas, estaban pintados en líneas diagonales de oro y azul hasta llegar a la tierra, en donde penetraban sus dos grandes tubos para salir por debajo del edificio a la ribera.

La construcción era mucho más magnífica que Bonivet, Chambourg, y Chantilly; tenía nueve mil trescientas treinta y dos habitaciones, cada una de ellas provistas de antecámara, retrete, guardarropa, capilla y salida a la gran sala. Entre cada torre, y en medio del lienzo de pared correspondiente, había una gran escalera de dos cuerpos, cuyos escalones eran de pórfido, piedra numídica y mármol serpentino, de treinta y dos pies de largo y tres dedos de alto; entre cada descanso había doce, y en cado uno
de estos descansillos dos arcos góticos daban paso a la claridad, pues comunicaban con una claraboya de la altura total de la escalera, que concluía sobre el tejado, extendiéndose en forma de pabellón. Por la escalera se entraba por uno de los dos lados en la gran sala y por el otro en las demás habitaciones.

Desde la torre Ártica a la de la Crière estaban las hermosas librerías de griego, latín, hebreo, francés, toscano y español, colocadas en los diversos estantes, según los lenguajes.

En medio había una maravillosa escalera que tenía la entrada por la parte baja del edificio en un arco magnífico. Tenía tal capacidad, que seis hombres de armas con la lanza en la cuja podrían de frente y juntos subir hasta el tejado.

Desde la torre Anatolia hasta la Mesembrina había grandes galerías, todas cubiertas de pinturas con antiguas proezas, historias y descripciones de la tierra; en medio estaba la gran puerta principal del lado de la ribera, y sobre ella, escrito en gruesas letras antiguas, lo que se expone en el capítulo siguiente.

Capítulo LIV

Inscripción colocada sobre la gran puerta de Thelema

Aquí jamás entréis, odiosos santurrones,
necios, hipocritones, crapulosos, beodos,
aborrecidas bestias, golosos, rezongones,
cabezas achatadas, bobos más que los godos
y que los ostrogodos, que en todas las naciones
lo fueron siempre todos. Miserables glotones,
trapaceros, buscones, inmundos carcamales,
marchad lejos, muy lejos a vender vuestros males.
Vuestros males impíos,
los dulces goces míos
turbarán.
Secarán
las plantas y los ríos
vuestros males impíos.
Aquí jamás entréis, clérigos ambiciosos,
gastrónomos, odiosos, del pueblo azote rudo,
escribas criminales, fariseos, leprosos;
coléricos, rabiosos, con gesto el más sañudo.
¿Quién fue el que poner pudo la ira en vuestro escudo?
¡Marchad! Que al veros sudo, y aquí no se hizo exceso
para que rebuznando nos mováis un proceso.
El proceso entablado
junto al sepulcro helado
nada es.
¿No lo ves
caer sobre ti pesado

el proceso entablado?
Aquí jamás entréis, malvados, usureros,
ladrones, cicateros, hediondos, lameplatos,
simiescos, holgazanes, iracundos, arteros,
poltrones, vagabundos, avinagrados, chatos,
dientones y beatos. Mil tesoros enteros
encerráis timoratos allá en vuestros calderos.
¡Quiera el cielo, mauleros, que la muerte implacable
os coja en esa obra tan sucia y miserable!
¡Oh miserable faz,
antítesis de paz!
No abriré.
Marcha. Ve.
¡No turbe mi solaz
tu miserable faz!

Aquí jamás entréis, mastines ladrones,
villanos o señores, infames sediciosos,
del mal sois cortesanos, diablos enredadores,
cual lobos aulladores, inquietos, envidiosos,
orugas y raposos, alcotanes y azores.
¡Marchad, perturbadores! Jauría de ambiciosos.
¡Marchaos, galicosos, que me infundís pavor,
al veros recubiertos de sarna y deshonor!
Honor es la ilusión
de toda esta mansión;
oíd bien,
que de quien
conserva el corazón
honor es la ilusión.

Entrad cuando queráis, sed siempre bien venidos,
seréis bien recibidos los nobles caballeros
honrados y gentiles, gallardos, bien nacidos,
por la piedra traídos, ni aviesos ni groseros;
llegad, que son sinceros mis corteses cumplidos.

Viviréis reunidos con hombres placenteros,
alegres, no dormidos, y ya desde este día
gozaréis para siempre su grata compañía.
Compañeros gentiles,
alegres y sutiles,
¡Sociedad!
¡Hermandad!

A eso ellos son hostiles
compañeros gentiles.

Entrad cuando queráis: mi casa es fortaleza;
no mora la vileza y sí la fe profunda
que del santo evangelio recibe su firmeza;
guarde él vuestra cabeza, que loca baraúnda
impone ya el que cunda el cisma y la tibieza.
Mientras uno bosteza, mientras el otro reza,
veréis cómo se empieza la gran labor que espanta
a todos los rebeldes a la palabra santa.
La palabra divina
aquí se coordina.
Venceréis,
ya veréis
que a todos nos fascina
la palabra divina.

Entrad cuando queráis, damas encopetadas,
entrad, y, confiadas, venidnos a ayudar;
flores de la belleza, mejillas encaradas,
gargantas torneadas, manos de acariciar;
venid y laborar, que son todas honradas
las ideas guardadas por mis puertas blindadas,
con oro chapeadas, con oro que un señor
dio para dotar esta morada del honor.
El oro y el honor
de aquí son esplendor,
respetad,

venerad
al noble donador
del oro y del honor.»

Capítulo LV

El interior del edificio de los thelemitas

Ocupaba el centro del patio una magnífica fuente de alabastro, sobre la que estaban las tres gracias con cuernos de la abundancia y arrojaban aguas por las tetas, bocas, orejas, ojos y demás aberturas del cuerpo. Alrededor del edificio, en el mismo patio, había una gran columna con pilares de celedonia y pórfido, y junto a ellos galerías largas y anchas, adornadas de pinturas, cuernos de ciervo, unicornio, rinoceronte, hipopótamo, dientes de elefante y cosas por el estilo.

El alojamiento de las damas comprendía desde la torre Ártica hasta la puerta Mesembrina. Los hombres ocupaban el resto. Y delante de la habitación de las damas estaban el hipódromo, el teatro y los natatorios, con sus baños miríficos de triple suelo, provistos de todos los aparatos y del sifón de agua de mirra.

Al lado de la ribera estaba el hermoso jardín de recreo y en medio de él el gran laberinto.

Entre las otras dos torres se habían establecido los juegos de palma y pelota.

Del lado de la torre Crière estaba la huerta, llena de árboles frutales, muy bien ordenados, y a su extremo el parque abundante de sauces.

En la tercera torre estaban los depósitos para los arcabuces, arcos y ballestas.

Las oficinas, en la torre de Hespeyria, a piso lleno.

La servidumbre, al lado de las oficinas, y junto a ella la halconería, gobernada por los halconeros expertos y surtida

anualmente por los canarrienses, venitienses y sármatas de toda clase de pájaros: águilas, gerifaltes, halcones, azores, alcotanes y otros, tan bien cuidados y domesticados que cuando salían del castillo a esparcirse por el campo, cazaban todo lo que encontraban.

El cazadero estaba más lejos, por el lado del parque.

Todas las salas, cámaras y gabinetes estaban tapizados de diversas maneras, según las estaciones del año; el pavimento cubierto de bayeta verde y los techos de brocado.

En cada antecámara había un espejo de cristal con marco de oro guarnecido de perlas alrededor, de tal magnitud, que podía representar toda la persona.

A la salida de los aposentos de las damas estaban los perfumeros y peluqueros, por cuyas manos pasaban los hombres cuando iban a visitarlas; por las mañanas proveían los cuartos de las damas de agua de rosas, de napha y de los ángeles, colocando además en cada uno la preciosa cazoleta o pebetero evaporante de todas las drogas aromáticas.

Capítulo LVI

Cómo estaban vestidos los religiosos y religiosas de Thelema

Vestíanse las damas, al principio de la fundación, a su placer y arbitrio. Después, por propia voluntad, establecieron su indumentaria en la forma siguiente: calzas de escarlata o de color de granada hasta debajo de la rodilla, tres dedos justamente; en este extremo concluían con bellos bordados y volantes. Las ligas eran de color de los brazaletes y abarcaban la pierna por encima y por debajo de las rodillas. Los zapatos, escarpines y pantuflas de terciopelo carmesí, rojo o violeta, destacadas en barba de cangrejo. Sobre la camisa vestían la bella basquiña de seda; sobre ella el jubón de tafetán blanco, rojo, gris, etc.; encima, la cofia de tafetán plateado, con bordados de oro fino, hechos con aguja o tejidos, o bien de satén, damasco, terciopelo, naranja, cuero, verde, citrón, azul, etc., según el tiempo y según las fiestas.

Las ropas, también según la estación, eran de diversos colores, tejidos y hechuras. En verano, algunos días llevaban manteletas de la compostura indicada o mantos a la morisca de terciopelo violeta con adornos azules, con bordados de canutillo de plata o cordoncillo de oro, guarnecidos en las costuras con pequeñas perlas índicas. Siempre el bonito penacho de color del manguito adornado con mariposillas de oro. En invierno, ropa de tafetán de los colores que conocemos, forradas de piel de lobo, ciervo, jineta negra, marta de Calabria, cebellina y otras pieles preciosas. Los dijes, amuletos y rosarios eran de rubíes, diamantes, zafiros, esmeraldas, turquesas, granates, ágatas, perlas y otras piedras preciosas. Se cubrían la cabeza de diversas maneras, según el tiempo: en invierno, a la moda francesa; en primavera, a

la española; en verano, a la turca, excepto las fiestas y domingos, que llevaban siempre gala francesa, porque es más seria y sentaba mejor a su pudicia matronil.

Los hombres se vestían a su modo: calzas bajas de paño, sarga o estameña, de escarlata, granada, blancas o negras. Calzas altas de terciopelo de los colores ya repetidos o de otros aproximados a ellos, bordadas y acuchilladas según su intención. El jubón, de paño de oro, plata, terciopelo, satén, damasco o tafetán de los mismos colores y con los mismos adornos, y los broches, de oro esmaltado. Los sayos y chamarretas, de paño de oro, plata, o terciopelo, bordado a capricho. Las ropas eran tan preciosas como las de las damas. Los cinturones, de seda, de color de jubón; cada uno llevaba su espada al costado, con el puño de oro; la vaina, de terciopelo, del color de las calzas, y la contera, de oro también y orfebrería; el puñal, lo mismo que la espada. El bonete, de terciopelo negro, guarnecido de frunces, lazos y botones de oro; la pluma, blanca por encima, delicadamente partida con hilillos de oro, de cuyos extremos colgaban gargantillas de esmeraldas, rubíes, etc.

Pero no existía entre hombres y mujeres la suficiente simpatía para que siempre se vistiera en parecida forma, y para estos servicios había ciertos gentileshombres encargados de decir a todos por la mañana el traje que las damas querían llevar aquel día, puesto que allí, según el arbitrio de las damas se hacía todo.

Estos vestidos, tan propios, tan adaptados, tan adornados y tan ricos, no penséis que ninguno perdía el tiempo para atenderlos y cuidarlos; los encargados del guardarropa tenían siempre dispuesta la indumentaria correspondiente desde por la mañana, y las sirvientes de las damas tan bien dispuestas y enseñadas estaban, que en un momento las vestían de pies a cabeza.

Para guardar todas estas galas en las mejores condiciones, había en el bosque de Theleme un gran cuerpo de edificio de media legua de largo, muy claro y ventilado. Allí estaban los orfebres, lapidarios, bordadores, sastres tiradores de oro, tejedores de terciopelo, tapiceros, etc., trabajaban cada uno en su oficio para dichos religiosos y religiosas.

Estaban surtidos y aprovisionados de las primeras materias por el señor Nausicleto, que todos los años les enviaba de las islas de Perlas y Caníbales siete navíos cargados de lingotes de oro, seda cruda, perlas y pedrería.

Si algunas perlas tendían a la vetustez perdiendo su brillo argentado, las restauraban dándoselas a comer a los gallos o metiéndolas entre los excrementos de los halcones.

Capítulo LVII

Cómo tenían los thelemitas su manera de vivir

Tenían empleada su vida, no según leyes, estatutos ni reglas, sino según su franco arbitrio.

Se levantaban de la cama cuando buenamente les parecía; bebían, comían, trabajaban, dormían cuando les venía en gana; nada les desvelaba y nadie les obligaba a comer, beber ni hacer cosa alguna; de esta manera lo había dispuesto Gargantúa.

En su regla no había más que esta cláusula: «Haz lo que quieras».

Porque las gentes bien nacidas, libres, instruidas y rodeadas de buenas compañías, tienen siempre un instinto y aguijón que les impulsa a seguir la virtud y apartarse del vicio; a este acicate le llaman honor. Cuando por vil sujeción y clausura se ven constreñidos y obligados, pierden la noble afición que francamente los inducía a la virtud y dirigen todos sus esfuerzos a infringir y quebrantar esta necia servidumbre, porque todos los días nos encaminamos a lo prohibido, y constantemente ambicionamos lo que se nos niega.

Por efecto de esta libertad, llegaron a la plausible emulación de hacer todos lo que a uno le fuera grato; si alguno o alguna decía bebamos, todos bebían; si decían juguemos, todos jugaban; si decían vamos a pasear por el campo, todos paseaban. Si decían vamos a cazar, las damas, montadas en sus bellas hacaneas, con su palafrén y su guía, llevaban cada una en su mano enguantada delicadamente un esmerillón o un alcotancillo; los demás pájaros los llevaban los hombres.

Tan noblemente estaban educados, que entre ellos no había uno solo que no supiera leer, escribir, cantar, tocar instrumentos de música, hablar cinco o seis idiomas y componer en prosa o verso. Jamás se han visto caballeros tan discretos, tan galantes, tan ágiles a pie y a caballo, tan fuertes para remar y para manejar todas las armas, como los que allí había.

Cuando para alguno, por llamamiento de sus deudos o cualquiera otra causa, llegaba la hora de salir fuera, llevaba consigo una de las damas que de antemano le había escogido por suyo, y por consecuencia, estaban ya juntos y casados; si en Theleme habían vivido en inclinación y amistad mutua, las continuaban con aumento en el matrimonio, tanto que llegaban hasta el fin de sus vidas habiéndola pasado toda como el primer día de novios.

No quiero prescindir de describiros un enigma que se encontró en los cimientos de la abadía grabado en una gran lámina de bronce. Vedlo en el capítulo siguiente:

Capítulo LVIII

Enigma en profecía

Humanos: levantad los corazones
y escuchad, desgraciados, mis razones
si creéis que los astros estudiando
se puede adivinar el cómo y cuándo,
y por ende sin duda predecir
las cosas que nos guarda el porvenir.
A mí fue la divina inspiración
quien del futuro diome noción,
y así he de señalar en mi discurso
del tiempo venidero suerte y curso.
Hago saber sin farsa y sin engaño
que en el glacial invierno de este año
de esta mansión saldrá valientemente
robusto grupo de animosa gente
cansada del reposo y la alegría,
que a voz en grito y en el pleno día
conquistará hombres, grupos y facciones
aunque tengan diversas opiniones,
pues no ha de haber quien deje de escuchar
lo que en plazas y templos han de hablar.
Provocarán debates aparentes
entre amigos y próximos parientes,
y el hijo no ha de hallar pena infamante
cuando contra su padre se levante.
Los nobles, de linajes estimados,
serán por sus vasallos asaltados;

Los deberes de honor y reverencia
perderán para largo su existencia,
pues se dirá que a todos ciertamente
les es dado subir por la pendiente
para luego bajar de un solo salto
cuando hayan alcanzado lo más alto.
Sobre esto han de entablarse tantas lides,
tantos choques de argucias y de ardides,
que la historia, de fábulas henchida,
no consigna una cosa parecida.
Hombres habrá de brío y de valor
bajo presión de juvenil calor,
que en alas de su fe tirana y fuerte
volarán en los brazos de la muerte.
No dejará ninguno esta labor,
cuando en ella haya puesto su vigor,
sin conseguir llenar de ruido el cielo
y la tierra de sombra y desconsuelo.
No gozarán menor autoridad
hombres sin fe que gentes de verdad,
pues ha de ser su fuente, norma y guía
la multitud ignara, necia, impía,
que ha de hacer juez al menos virtuoso.
¡Oh diluvio dañino y doloroso!
Pues diluvio será que inunde todo
y que todo lo manche con su lodo,
hasta que haga venir el ciego acaso
quien les haga salir en raudo paso.
Y hasta aquellos que fueron más templados
se verán con la muerte castigados;
pues que su corazón endurecido
no hubiera tentaciones concedido
a las horas de bestias inocentes,
pues los nervios y tripas impudentes
se aplican de los hombres en servicio;
no para hacer a dioses sacrificio.

Ayudadme, queridos, a pensar
si este golpe se puede desviar
y que ha de ser al cabo de la guerra
del rudo cuerpo de la fértil tierra.
Harán los que la toman por su mano
mil bastardías, ¡proceder insano!;
desbordarán sin duelo la aflicción
para ellos sostener su posesión,
y la pobreza humana desolada
a servidumbre se verá lanzada:
en vez de luz, el sol en gran derroche
le arrojará las sombras de la noche,
y del cielo, favor y claridad
perderá con su cara libertad.
Ya después de esta ruina dolorosa
en su pecho una cólera espantosa
por siempre guardará viva y latente
aunque no la demuestre exteriormente,
que la que el Etna fiero le arrojaba
al hijo de Titán fue menos brava.
Ha de ser, pues, de pronto colocada
en tan terrible estado y tan cambiada,
y así la heredarán los descendientes
de aquellas que la sufren, pobres gentes;
pero al fin llegará el feliz momento
de que acabe tan hórrido tormento:
el agua iniciará su retirada
de la tierra que tuvo embarrancada;
pronto aparecerá por el oriente
llama y calor de fuego incandescente
que llegando por fin a tocar tierra
terminará las aguas y la guerra.
Y ya estos accidentes concluidos,
tendrán ventura y paz los elegidos,
pues además de goces celestiales
no han de faltarles bienes materiales…

Desnudos quedarán a la sazón
los otros, que es derecho y es razón
tengan todos al fin de la jornada
la suerte que les fue predestinada.
Que conste así: debéis reverenciar
al que pudo hasta el fin perseverar»[99].

Terminada la lectura, Gargantúa dijo a los presentes:

—No es de ahora el que las gentes que abrigan la creencia evangélica se vean perseguidos; pero dichoso el que no se deja perseguir por el escándalo, porque alcanzará el fin que Dios por su querido hijo nos ha predestinado, si, como digo, no da rienda suelta a sus aficiones carnales para divertirse.

Y repuso el monje:

—¿Qué pensáis, con arreglo a vuestra inteligencia, que puede significar este enigma?

—El curso y vicisitudes de la verdad divina.

—¡Por san Goderán, que no opino lo mismo! El estilo es del profeta Merlín. Suponed todas las alegorías y pensamientos tan graves como queráis, y vos y todo el mundo interpretad como tengáis por conveniente; por mi parte, no creo que tenga otro sentido en sus oscuras palabras que la descripción de un partido de pelota. Los sobornadores de las gentes son los arregladores de los partidos, que son ordinariamente amigos. Como los dos han hecho su pacotilla, sale fuera el que estaba dentro y el que entra es el que esta fuera. Las aguas son el sudor de los jugadores. Los nervios y las tripas en servicio de los hombres son las pelotas. Después del juego se secan delante de una llama y se cambian de camisas. Y luego banquetean todos; pero más gozosamente los que han ganado. Y pasadlo bien.

99 Esta composición no es de Merlín el encantador, sino de Merlín de Saint-Gelais, contemporáneo de Rabelais, a quien pertenecen únicamente los diez primeros versos y los dos últimos.

Índice

Los 3.000 **ejemplares** de este título
se terminaron de imprimir durante el mes de
OCTUBRE DE 2008
en la **Fundación Imprenta Ministerio de la Cultura**



CARACAS, VENEZUELA

